



Familia

raza y nación

en tiempos de posfascismo

Fundación de los Comunes (ed.)

traficantes de sueños

útiles

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

útiles

Útiles es un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales. Alienta la creación de nuevos terrenos de conflicto en el trabajo precario y en el trabajo de los migrantes, estimula la autorreflexión de los grupos feministas, de las asociaciones locales y de los proyectos de comunicación social, incita a la apertura de nuevos campos de batalla en una frontera digital todavía abierta.

Útiles recoge materiales de encuesta y de investigación. Se propone como un proyecto editorial autoproducido por los movimientos sociales. Trata de poner a disposición del «común» saberes y conocimientos generados en el centro de las dinámicas de explotación y dominio y desde las prácticas de autoorganización. Conocimientos que quieren ser las herramientas de futuras prácticas de libertad.

© del texto, sus autoras y autores, 2020.
© de la edición, Traficantes de Sueños, 2020.



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

1ª edición: 1000 ejemplares.

Junio de 2020

Título:

Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo

Autoría:

Fundación de los Comunes (ed.)

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13, 28012 Madrid.

Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-121259-4-8

Depósito legal: M-7126-2020

**Familia, raza y nación
en tiempos de
posfascismo**

Fundación de los Comunes (ed.)

traficantes de sueños

útiles

Índice

Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos. A modo de introducción. <i>Isidro López Hernández</i>	13
1. Fascismo: ¿nuevo, viejo u otra cosa? <i>Emmanuel Rodríguez López</i>	41
2. ¿Un fascismo obrero y anticapitalista? <i>Brais Fernández</i>	55
3. Objetivo Europa. La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0 <i>Steven Forti</i>	65
4. Migración y derechas radicales en Europa <i>Samuel Pulido</i>	79
5. Instrumentalización de la defensa de los derechos de las mujeres y racialización del sexismo <i>Marisa Pérez Colina</i>	99
6. Defender a la familia contra migrantes y mujeres: convergencias entre antifeminismo y soberanismo <i>Nuria Alabao</i>	111
7. «Ideología de género» y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos. El caso de EEUU <i>María Fernanda Rodríguez López</i>	127
8. Crisis del empleo y derechización social: hacia una crítica antifascista del trabajo <i>Álvaro Briales</i>	147
9. Vox y el dilema de las derechas <i>Pablo Carmona Pascual</i>	161
Sobre l*s autor*s	187

Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos

A modo de introducción

Isidro López Hernández

DE UN TIEMPO A ESTA PARTE se ha generalizado en la *medioesfera* occidental el tema del «regreso de los fascismos», hasta el punto de convertirse quizá en el principal tema político actual a nivel global. En esta forma convencional hay dos elementos centrales que alimentan la gigantesca cantidad de artículos, reportajes o libros colectivos e individuales que se centran en esta cuestión. Por un lado, el paralelismo más o menos forzado entre las expresiones políticas del pasado y las actuales. Por otro, y de forma necesariamente relacionada, la comparación entre la coyuntura del periodo de entreguerras europeo y el paisaje global —y muy especialmente europeo— tras la crisis de 2008.

«Fascismo» y «fascista» son dos de esos términos políticos, como «democracia» o «libertades», que en sus usos populares presentan tal saturación conceptual que pueden significar todo y nada. En la cultura popular de la era de Internet es famosa la Ley de Godwin establecida por los primeros que usaron los chats, entonces emergentes. Esta ley determina que a medida que se alarga una discusión en la red la probabilidad de que aparezca una comparación con los nazis o con Hitler tiende a cien. El que aparezca tal comparación supone que la discusión está agotada y, en términos competitivos, quien la usa pierde el debate. Evidentemente el objetivo de esta ley informal era evitar utilizar el fascismo, en concreto el nazismo, como figura trivializada y polifuncional del mal por excelencia, no impedir que se hablara sobre los fascismos. El argumento típico que quería señalar la ley era: 1) te gustan los perros; 2) a Hitler también le gustaban los perros; 3) eres un nazi y has perdido este debate por ello.

Como país que tuvo su ración de nacional-catolicismo, España tiene su propio folk cultural relativo a esta cuestión. El término «facha» se ha convertido en una pieza más de la ideología de acompañamiento del ordenamiento del régimen del 78. En concreto, «facha» es todo aquello que no es «progre», siendo lo progre todavía la figura central culturalmente hegemónica en el modelo político español. Esto quiere decir que, en situaciones de estabilidad política, ambos términos —lo progre y lo facha—, agotan e incluyen el campo de las diferencias políticas «legítimas» sobre el que se encabalgan y se reproducen desde los programas de los partidos políticos, hasta las conversaciones de bar, pasando por todo el espectro de la comunicación política.

En determinados momentos de la ola política que comenzó en 2011, esta división del mundo en «progres» y «fachas», que pone en bandeja una versión ritualizada y protocolaria del conflicto político genuino, se resquebrajó. Se resquebrajó temporalmente por la izquierda, o mejor dicho «por abajo», en todo lo que tenía que ver con un 15M que solo fue posible a costa de la muerte temporal del PSOE, entendido este como forma político-institucional dominante de todo un espectro social más o menos izquierdista. Pero esta no ha sido la única grieta. En aquel acto fundacional de Vox en Vista Alegre hubo algo que sonó especialmente amenazante: la parte del discurso de Abascal en la que demolía la categoría «fachas» reduciéndola a un cliché manido que el militante de Vox debe llevar «como emblema». Lo amenazante de este discurso es precisamente la intención de destrozarse los contenedores del conflicto utilizados por el modelo bipartidista. Queda por comprobar si Vox lo podrá llevar adelante tras su entrada en unas instituciones que, muy posiblemente, tenderán a absorber a estos herederos de Don Pelayo.

Hay algo, sin embargo, que subyace a esta trivialización folk de la extrema derecha, y que hace que un libro como este, no escrito fundamentalmente por especialistas académicos sino por militantes, tenga sentido. Los efectos del ascenso de nuevas fuerzas reactivas, nacionalistas, heteropatriarcales, racistas y autoritarias van mucho más allá de su irrupción en el mundo de las instituciones políticas y su aparato mediático legitimador. En esta recopilación de textos, lo que interesa es las múltiples formas de penetración de la reacción en lo social, no la taxonomía

académica, ni la perspectiva del analista político. Interesa empezar allí donde termina la cobertura mediática de los fenómenos políticos emergentes, en las situaciones cotidianas en las que los señalados por el nuevo populismo de derechas —los migrantes, los disidentes sexuales o las mujeres— puedan ver sus condiciones de vida empeoradas por la extensión de un nuevo sentido común de época que les acusa nada menos que de «privilegiados», gracias a los juegos de espejos invertidos de las guerras culturales. Precisamente, podemos saber que estamos en uno de esos momentos históricos de reflujo, cuando algo tan evidente como la creciente segmentación de los nichos políticos hasta convertirlos en abismos funciona en contra de los intereses de todos los explotados y los dominados.

Quienes aportamos a este libro coincidimos en creer que el problema principal hoy no es el Valle de los Caídos y otros lugares similares, aunque nunca podamos librarnos del todo del peso de estas imágenes. El problema es, en cambio, Tarajal, Lampedusa y los CIEs, o la violencia machista contra mujeres y trans. Creemos también que el dispositivo antifascista más eficaz que ha conocido este país recientemente no es un pacto de las izquierdas institucionales a los que se apela en las cada vez más frecuentes elecciones, sino la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), el movimiento de vivienda en general y las organizaciones sociales similares. En estos textos no se avala una política de gestos y una reproducción de las posiciones preconcebidas, tan queridas por la izquierda, sino una serie de aportaciones, necesariamente incompletas, que pretende dibujar algunos elementos que permitan discutir el fenómeno y sus respuestas desde la perspectiva de la única política de emancipación posible hoy. Aquella que sume desde la pluralidad y la diferencia constitutivas de las distintas luchas en un proyecto de derrocamiento del actual orden de dominio y explotación.

¿Otro periodo de entreguerras?

El fascismo histórico nació del desmoronamiento del orden liberal global del siglo XIX durante los años que median entre 1917 y 1943. No fue la única tendencia política del momento. Tres macroposiciones políticas lucharon

por dar el tiro de gracia y suceder al orden liberal basado en el patrón oro y el «libre comercio» bajo la hegemonía del capitalismo colonial del imperio británico. Dos de ellas pueden ser calificadas como soluciones internas de las élites capitalistas y otra como antisistémica. En la primera categoría, entraron los fascismos y el keynesianismo/fordismo que tiene su expresión principal en el New Deal de Roosevelt y cuyas políticas se extendieron después, de una manera u otra, a buena parte del occidente capitalista. En la segunda, el triunfo de los bolcheviques en 1917 inauguró la existencia del socialismo real como visión antisistémica. Esta tuvo un enorme peso en los movimientos de descolonización y liberación nacional que se desarrollaron durante los años cincuenta. En realidad, en cada una de estas tres posiciones se escondía una aspiración a suceder al poder hegemónico británico: Alemania, EEUU y la recién nacida Unión Soviética.

Si el nazismo se ha convertido en una especie de metáfora cultural del mal, el periodo de entreguerras ha vivido algo semejante como metáfora del hundimiento de los aparatos institucionales sobre los que se sostiene el Estado nación y del desenganche entre el Estado nación y sus poblaciones. Como no podía ser menos, la crisis permanente de representación y legitimidad que vivieron las democracias neoliberales tras la gran crisis del capitalismo financiarizado de 2007 ha sido comparada con el anterior periodo histórico de turbulencias económicas y políticas. No son comparaciones políticamente inocuas; normalmente sirven al argumento de la necesidad de resucitar la política de «frente popular» como mecanismo de contención del avance del fascismo. Tampoco por casualidad suelen ser los partidos socialdemócratas europeos los que ondean esta bandera del frentepopulismo.

Otro elemento del ascenso del fascismo en el periodo de entreguerras tiene que ver con lo que Arno Meyer llamó «la persistencia del Antiguo Régimen». En términos generales, nos referimos a algo que podríamos llamar «la huida de la burguesía de su misión histórica». Salvo en los contextos centrales del capitalismo atlántico, Estados Unidos, Gran Bretaña y, quizá, Holanda, la burguesía ha tendido más a recaer en las formas de ritualización del poder de las viejas aristocracias terratenientes que a pelear por su programa político de fe en el progreso universal. La

buguesía siempre ha percibido la amenaza, casi una maldición, formulada por Karl Marx de que el orden burgués parlamentario y liberal forzosamente hacía engordar a su verdugo: la clase obrera. Esta clase burguesa asustadiza y frágil subjetivamente, sobre todo cuanto más se encuentra en la periferia del orden capitalista, no ha dudado en volverse autoritaria y en utilizar la violencia política cuando se ha sentido amenazada.

Tenemos un ejemplo extraordinariamente cercano en la Guerra civil española, donde burguesías, muy concentradas territorialmente en Cataluña y Euskadi, fueron incapaces de dirigir el proceso de acumulación y la construcción de un capitalismo nacional sin la eliminación física de aquellos que querían subvertirlo. Otro ejemplo todavía mejor es el que relaciona los dos contextos en los que creció el fascismo en su sentido más pleno —no el simple conservadurismo autoritario—, Alemania e Italia, con las sacudidas revolucionarias previas en ambos países. Muy especialmente en Alemania, donde parece claro que la aquiescencia con el auge del fascismo llegó hasta el mando del partido socialdemócrata. En concreto, el entonces ministro Gustav Noske pactó, con la milicia nacionalista y anticomunista prenazi conocida como *Freikorps*, la eliminación violenta del ala izquierda de la socialdemocracia alemana, el espartaquismo consejista. Este había protagonizado el episodio revolucionario alemán de finales de 1918 y principios de 1919. Los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht —cabezas visibles de la revuelta— sellaron este pacto entre fascismo ascendente y socialdemocracia reformista.

No debe escaparse tampoco la interconexión entre el ascenso del nazismo y el pulso por la hegemonía capitalista mundial que enfrentó a EEUU con Alemania en un contexto de vuelta a los marcos nacionales —hasta el punto de rozar la autarquía—, de lo que había sido el modelo de economía global liberal liderado por el Imperio Británico en el siglo XIX. Fue el giro de Estados Unidos hacia el New Deal y el keynesianismo lo que dio un horizonte de supervivencia al modelo capitalista liberal y aseguró la victoria norteamericana en el conflicto por la hegemonía global. La extensión de este modelo a la posguerra europea mediante el Plan Marshall y la construcción de la Comunidad Europea terminó de sellar la hegemonía

americana en el mundo capitalista y dio paso a la Guerra fría y a la confrontación con la URSS. Se puede decir que Estados Unidos tuvo que ganar dos guerras, la propiamente geopolítica y militar y otra, mucho más complicada, en clave social y económica. En otras palabras, la solución que permitió la continuidad del capitalismo en los términos que habían sido reconocibles en los tres siglos anteriores, llegó mediante la integración de la clase obrera en el modelo redistributivo y por medio del consenso generado en torno al modelo de la sociedad de consumo. En aquellos años, Estados Unidos gozaba de una apabullante superioridad económica y de la posibilidad de encontrar arreglos redistributivos en el modelo de capitalismo industrial transnacional que lideraba. Hoy sin embargo nos encontramos con unos Estados Unidos en fase de decadencia y un capitalismo financiarizado incapaz de proponer otro modelo social que no sea el de la rapiña y el saqueo.

La retórica contra el globalismo y el multilateralismo que han gobernado las relaciones entre los países en las últimas cuatro décadas se encuentra contestada por la derecha, al menos a nivel discursivo. La soberanía nacional se ha convertido en el nuevo fetiche de los movimientos reactivos. También conviene recordar que el Estado nación se derrumbó sin remedio tras la crisis del 29. El peso del aislamiento llevó a un sistema monetario que encajonaba las monedas locales, aún referenciadas en el patrón oro, hasta implicar casi el colapso del comercio mundial, y como consecuencia, del gigantesco malestar de unas poblaciones europeas golpeadas por la guerra, la inflación y el paro. Este desplome de la figura central con la que se construyó el sistema-mundo capitalista como sistema de Estados nación, no fue exactamente casual, sino que precisamente fue el resultado de las políticas que Estados Unidos puso encima del tablero global antes del giro al New Deal. Estados Unidos replegado sobre sí mismo estableció el cierre de las fronteras a la inmigración y el uso sistemático de aranceles que blindaban el gigantesco mercado de consumo americano frente a las exportaciones de sus rivales. El resultado fue, como se ha dicho, el desplome de los Estados nación que ya entonces eran plenamente dependientes de la esfera global y que, tal y como defiende Alan Milward, encontraron su condición de posibilidad en la integración europea que les permitía aparecer ante

sus poblaciones como proveedores de bienestar y un modelo de consumo de masas, con mecanismos de lucha de clases incorporados al aparato institucional del Estado —como la negociación colectiva o los grandes sindicatos socialdemócratas o comunistas convertidos en aparatos de Estado—. El propio Milward se encarga así de recordar a los partidarios de la vuelta a los Estados nación algo importante: estos ya eran entidades geopolíticas incapaces de sostenerse sin una buena parte de sus funciones materiales descargadas sobre algún tipo de transnacionalidad. En el caso de Europa, el más palmario, este proceso se realizó a través de la Comunidad Económica Europea y el GATT, tratado de libre comercio americano, del que el proyecto europeo no fue originalmente más que una especificación. Si esta hipótesis resulta cierta en la posguerra europea, más lo es hoy en día en un escenario extraordinariamente vinculado a los mecanismos de articulación transnacional de las cadenas de valor que conocemos como globalización.

La globalización y sus descontentos

Hace tan solo veinte años parecía que el mundo había llegado a una *pax neoliberal*. Los descontentos del sistema estaban firmemente situados en los márgenes, tanto en la escala de las relaciones entre países como en el interior de cada Estado. Cada cosa parecía en su sitio, incluidas las crisis del sistema financiero de 1992 y 1998, y se avistaba un nuevo ciclo tecnológico relacionado con las tecnologías de la comunicación que prometía una prosperidad material no vista desde mediados de los años sesenta. Los grandes medios *mainstream* se congratulaban del éxito del capitalismo financiero y su particular versión de las democracias liberales. Clinton en Estados Unidos, la Tercera Vía de Blair en Gran Bretaña y, sobre todo, la moneda única europea, aspiraban a transmitir una seguridad plena en la reproducción del modelo de ordenación capitalista del mundo.

La joya de la corona de este modelo fue la relación comercial y productiva entre Estados Unidos y China ¿Qué otro triunfo para la hegemonía capitalista estadounidense que convertir al mayor país del mundo, nominalmente comunista, en un gigantesco taller al servicio de los capitales

occidentales atenazados por la crisis de rentabilidad, las luchas de clases y la competencia? El cierre del modelo se producía cuando los capitales productivos que migraron a China volvían convertidos en flujos monetarios y financieros a los mercados financieros de Estados Unidos y Europa. Llegar a este punto no fue fácil; antes Estados Unidos tuvo que derrotar a su primer competidor asiático, Japón, obligándole a revalorizar el yen frente al dólar en los Acuerdos del Plaza de 1985. La amenaza exportadora de Japón quedó conjurada. Con el verdadero gigante continental, todo iba a funcionar de otra manera.

La fórmula de la nueva gobernanza estaba servida. Los gobiernos no debían plantear obstáculos a la movilidad de los capitales ni intentar confinarlos en sus espacios nacionales si no querían ver cómo, por medio de la competencia tradicional, o de los ataques financieros a la moneda, sus territorios se convertían en un residuo del nuevo modelo y sus poblaciones en superfluas y excedentes. En definitiva, si no querían perder en el nuevo juego de la globalización, los poderes políticos tenían que poner toda la infraestructura necesaria para atraer a los capitales móviles y esperar a ver si estos consideraban su territorio como digno de posarse. Tampoco era algo del todo novedoso, pocas crisis desde el principio del capitalismo, sea en la definición amplia o restringida de la palabra, no han implicado la recomposición de la clase capitalista en la esfera transnacional y el confinamiento de cualquier fuerza democratizadora o antagonista en sus espacios nacionales.

Sin embargo, frente a la ampulosa celebración del nuevo orden global, lo cierto es que el mundo capitalista estuvo lejos de convertirse en un espacio liso, donde el territorio quedaba como simple soporte de unos capitales perfectamente móviles. El Estado nación, tal y como había existido en el orden fordista-keynesiano, quedó malherido para siempre, pero la globalización necesitaba de determinado tipo de territorios y sociedades, al igual que sus precedentes. En este caso, las escalas geográficas y sociales saltaron por los aires. Donde antes había unidades de Estado nación medianamente coherentes, ahora había países, regiones y megarregiones, ciudades y áreas metropolitanas convertidos en espacios de acumulación o relegación. La fragmentación territorial posglobalización fue la expresión de una fractura social quizá menos visible

pero que en última instancia resultó determinante. Territorios, regiones y ciudades quedaron escindidos entre aquellos que lograban subir en la jerarquía de inversiones establecida por la globalización, con su pirámide social propia, y aquellos que quedaban marginados de la nueva prosperidad financiera.

Los grandes mercados financieros metropolitanos, los conglomerados de producción tecnológica vinculados a las universidades, las regiones especializadas en ingeniería o diseño que retuvieron posiciones monopolistas en las nuevas cadenas de valor productivas, las grandes zonas logísticas, los territorios puestos al servicio de los ciclos inmobiliarios o los paraísos fiscales y *off shore*, emergieron como un nuevo mapa financiero, productivo y social que desbordaba los estrechos límites del Estado nación. Cada una de estas especializaciones tenía detrás un grupo social ganador: los *brokers* y los *traders* en los mercados financieros, los ingenieros informáticos, las grandes redes de distribución vinculadas al agronegocio de exportación, los expertos en logística y reordenación de la producción, una legión de servicios especializados a la producción: servicios jurídicos, consultoría, auditoría, servicios contables, informáticos y audiovisuales. Y su contrapartida, la emergencia de una nueva clase trabajadora de los servicios, feminizada y racializada, subordinada a las anteriores categorías.

En las brechas abiertas por esta división tripartita entre ganadores, relegados y nuevo proletariado metropolitano de los servicios creció el caldo de cultivo de los movimientos reactivos, los populismos de derechas, al menos en los países de mayor centralidad en el arreglo global. En los países del Este, sin embargo, han sido las formas fascistas más clásicas las que hoy se encuentran en auge. Salvo en casos de larga duración como el del Front National, hoy Agrupación Nacional francés, que viniendo de la ortodoxia ultraderechista se han reciclado en soberanista y antiglobalista, las nuevas expresiones políticas del populismo de derechas en Italia, Reino Unido, Alemania, Holanda o Austria comienzan con una defensa del trabajador nacional, blanco y hombre, frente a las fuerzas de la globalización que destruyen su patria y, por tanto, su posición jerárquica con respecto del Estado, el mercado de trabajo y los procesos sociales informales.

En este fenómeno, tan propio de los países europeos centrales, el caso de Estados Unidos, como veremos, es otro. Esto tiene mucho que ver con la propia forma en que se ha manifestado la crisis capitalista. El caso más palmario de lo sucedido en el Sur fue el de España, antiguo ejemplo de éxito del neoliberalismo globalizador, pero donde en los años más agudos de la crisis todos los grupos sociales salvo el 20 % más rico perdieron posiciones en ingresos y patrimonio en apenas los dos años que van de 2008 a 2010. Pero, más importante, la crisis política que se abrió con el 15M, y que respondía a una caracterización sociológica fundamentalmente de clase media en rápido desclasamiento, fue un resultado de la volatilización de las expectativas y horizontes de esa misma clase media en tanto polo ganador en el reparto global. El 15M impuso una lectura de la crisis como responsabilidad de los poderes financieros, casi tanto como de los poderes políticos, que gracias a su dimensión de masas ha estado vigente hasta que la nueva política se encargó de liquidarla.

Frente a este tipo de gigantesco maremoto de acción y reacción, la crisis de los países de Europa central respondía a un modelo de acción mucho más lenta pero inexorable. La capacidad de financiación del Estado, tanto por sus superávits comerciales como por la mayor facilidad para el endeudamiento en los mercados secundarios de deuda, ha sido fundamental para contener una crisis aguda, pero no lo suficiente como para contrarrestar la tendencia al estancamiento económico y a la crisis permanente de baja intensidad. La consecuencia más visible de este modelo es la caída en goteo de sectores de la población por debajo de la línea que marca la plena integración social y política. De ese enorme agregado central, la clase media, sobre la que se construyeron los Estados europeos de posguerra, aquellos que se integraron desde posiciones de clase obrera fordista ascendente han sido los que han ido cayendo en la relegación.

En estos países, en los que se negó que hubiera crisis alguna, no ha existido un momento de efervescencia colectiva capaz de fijar una lectura de la crisis y de sus instancias financieras responsables. Es más, los estragos de la crisis en los países centrales coincidieron en el tiempo con la mal llamada «crisis de los refugiados», que en una definición más ajustada debería llamarse crisis de

los países centroeuropeos. Aunque el flujo de refugiados obviamente creció durante la guerra de Siria, lo cierto es que el número de demandantes de asilo y refugiados sigue siendo muy bajo en comparación con otros momentos históricos en los que el continente estaba en situación de expansión económica. El «no hay para todos» que abre el señalamiento de migrantes y refugiados como incompatible con el bienestar material de las antiguas clases obreras blancas, implica un trayecto diametralmente opuesto al que marcó el 15M. En este planteamiento los penúltimos culpan a los últimos de sus crecientes miserias en lugar de señalar al poder financiero.

En la medida en que las finanzas, el verdadero poder global hoy, quedan subsumidas en el globalismo sin mayor especificación, todas las nuevas expresiones reactivas dejan intactas las verdaderas fuentes del poder político capitalista hoy. Digamos que «la nación» cumple con su vieja función de suturar el conflicto interno entre clases, a fuerza de buscar un enemigo territorial externo. De este modo, todas las nuevas formas de privatización y sumisión del poder político a los intereses financieros que permiten que el proceso de acumulación por desposesión del que viven las finanzas y que ha permitido sortear temporalmente la larguísima y agónica crisis de la producción capitalista en sus sectores productivos, especialmente los manufactureros, quedan fuera del campo de la impugnación política. Un ejemplo clarísimo es el de la invisibilidad relativa de los bancos centrales, organismos público-privado y lugar central de la toma de decisiones frente a unos poderes políticos nacionales sumisos.

Trump o la decadencia del imperio

Estados Unidos, la potencia hegemónica y país central en este relato, fue posiblemente la sociedad occidental que, de una manera más cruda, tuvo que admitir el desmoronamiento de franjas enteras de su orden social, con todo lo que esto supone en términos de visibilización de la decadencia interna de la potencia hegemónica. La brutalidad del impacto de la crisis hipotecaria, así como la evidencia de un sector financiero incapaz de hacer otra cosa que parasitar la riqueza socialmente construida, fue el detonante

de un profundo malestar en la sociedad americana, especialmente entre todos aquellos que, de golpe, aparecieron claramente como dejados de la mano del reparto entre las élites globales.

El estallido de descontento en ese país se sintió de forma inusitada en la revuelta Occupy Wall Street (OWS). Una protesta al estilo de las que ya habían sucedido en la Primavera árabe, en Islandia o en la Europa meridional, especialmente Plaza Syntagma en Grecia y el 15M en España. Ocupación de plazas, asamblearismo y horizontalidad fueron las divisas de OWS, que además dejó un eslogan que aún durará muchos años, *We are the 99%* (Somos el 99%). Con esta declaración, OWS quiso poner en el centro la gigantesca dimensión de las desigualdades económicas, sociales y políticas en el capitalismo financiarizado, donde el 1 % mas rico acapara más riqueza que en ningún otro momento histórico, frente a la inmensa mayoría de la población que ve como pierde posiciones sociales, progresiva o bruscamente, dependiendo de cada contexto nacional.

Sin duda, como sucedió con el 15M, las consecuencias políticas de OWS han durado mucho más allá de que los acampados en Zucotti Park decidieran levantar sus tiendas. En realidad, OWS avanzaba lo que está siendo posiblemente la mayor radicalización política de los Estados Unidos de America desde la sacudida contracultural de los años sesenta. La emergencia de todo un movimiento, así lo llaman sus protagonistas, de federación de luchas e intervención política como es DSA (Democratic Socialism for America), que cristaliza en la figura de Bernie Sanders y constituye una pelea política dentro del partido demócrata, le debe todo a aquel levantamiento de OWS.

Pero esta no ha sido la única implosión del régimen político estadounidense. El lado republicano del sistema electoral también saltó en pedazos con la crisis de 2007. Primero el crecimiento, por momentos fulgurante, del llamado Tea Party. Esta suerte de movimiento social conservador llegó a provocar mediante la presión a los congresistas de derechas un bloqueo en la aprobación de los presupuestos que redundó en el cierre del gobierno. A la manera característica en que los movimientos han operado en la arena electoral en los países anglosajones, especialmente en EEUU, los candidatos que recibían el aval del

Tea Party se comprometieron a respetar un decálogo en el que se incluía el mandato de impedir el crecimiento del gasto público. El cierre del gobierno supuso una ruptura entre el campo neocon, ahora devenido movimiento, y los componentes del Partido Republicano más tradicional, mucho más preocupados por la estabilidad del modelo.

Otro elemento importante para la captación política del malestar entre la derecha sociológica estadounidense fue también la página web de agitación y propaganda Breitbart News. La autodenominada Alt-right tomó buena nota del éxito de sus predecesores, los neocon en su estrategia de golpear desde lo social, antes que desde los partidos políticos y los medios establecidos. Un pequeño chiringuito on line de noticias, especialmente diseñado para la guerra cultural, puede poner en jaque a un gobierno y ser una fábrica de notables que no tienen que pasar antes por las estructuras de partido. Además, la agilidad y el escaso coste de una operación comunicativa de este estilo permite golpear a la propia derecha institucional, a la que se suele acusar de criptoprogre y tibia.

La sorprendente —desde el punto de vista de los medios y la política *mainstream*— llegada de Donald Trump a la Casa Blanca debe sin duda bastante a este ambiente de descontento dentro de la derecha estadounidense. Muy diferente en algunos aspectos de los neocon, comparte con ellos la utilización propagandística de los medios afectos y el gusto por la guerra cultural como terreno preferente de la política. No obstante, Trump ha añadido elementos de la tradición conservadora americana que estaban completamente fuera del espectro ideológico de los neocon. Desde las primarias, centró sus ataques sobre parte de las élites norteamericanas, acusadas de llevarse las inversiones a China. Al tiempo aseguró que cerraría las fronteras a cal y canto, con la promesa de la construcción de un muro en el borde con México, síntesis simbólica de este cierre de fronteras. Además, desde un primer momento Trump dejó claro que su posición con respecto de la presencia militar de Estados Unidos en el mundo tenía más que ver con un aislacionismo nacionalista que con la continuidad del rol de gendarme mundial. Desde luego, esta posición tiene poco que ver con ningún tipo de pacifismo y mucho con lo que Trump considera unos costes desorbitados que rinden poco a Estados Unidos.

La vuelta al nacionalismo proteccionista, credo de la derecha vinculada al capitalismo industrial americano hasta el cambio de estatus hegemónico que supuso el New Deal y la Segunda Guerra Mundial, le valió a Trump captar mucho voto en el antiguo cinturón industrial de los Grandes Lagos, el *rustbelt*, área en completa decadencia desde la crisis de 1973. Efectivamente, las imágenes que Trump movilizó en campaña, y que desde su gobierno sigue movilizándolo sobre todo mediante la instrumentalización interna de la guerra comercial con China y la UE, son ideales para captar el malestar de determinados sectores obreros, blancos y masculinos, resentidos con los enemigos externos, China y los migrantes, y al mismo tiempo poco proclives a extender ese malestar a las propias élites económicas estadounidenses *per se*, sino en la medida en que son unos vendepatrias.

Trump se estrenó en la Casa Blanca con la mayor bajada de impuestos a los ricos jamás vista en la historia de Estados Unidos. Este gesto fue inequívocamente saludado por las élites americanas. Sin embargo, a partir de comienzos de 2017, lanzó lo que fue su gran apuesta política, apuesta de resultado incierto pero de extraordinaria ambición. Nada menos que una reordenación del espacio transnacional conforme a criterios ajenos a lo que fueron los años de consenso en torno a la globalización. El gobierno de Donald Trump se ha lanzado a una guerra arancelaria con China y de manera indirecta con la UE. Por el camino ha liquidado los modelos de acuerdo multilateral que durante décadas ha estado imponiendo la OMC y antes el GATT. Tratados como el TTIP para Europa o el TPP para Asia y el Pacífico han muerto a manos de la nueva estrategia americana. La *entente cordiale* que mantenía *Chimérica*, híbrido funcional entre EEUU y China, ha terminado; con ella se tambalea el orden mundial que asignaba a cada territorio una función en la división internacional del trabajo.

Los motivos del giro de Trump son tanto internos como externos. Un primer motivo populista interno obvio: dar al estrato de votantes procedentes del *Midwest* un conflicto con su peor enemigo imaginario, China. Un motivo externo relacionado: Estados Unidos no está dispuesto a presenciar pasivamente su decadencia como potencia hegemónica en medio de un capitalismo estancado desde hace tres décadas en su capacidad de producir ciclos de

expansión material de alcance global y no solo regional, por efecto de la exportación de capital y los juegos entre las divisas. La constatación, por un lado, de que las políticas de expansión monetaria de los bancos centrales de todo el mundo no han tenido apenas efecto sobre la inversión en Occidente, aunque hayan llenado las manos de los bancos y agentes financieros de liquidez. Y por otro lado, de que China, en parte como consecuencia de sus programas de inversión pública masiva de 2012, ha alcanzado a Estado Unidos en la competencia por los sectores tecnológicos de mayor valor añadido —en este caso, las redes 5G— dejando de ser un mero *outlet* para la inversión manufacturera menos cualificada.

Europa en disputa

La otra arista del giro de Trump tiene que ver con un enemigo no declarado: la Unión Europea en tanto zona transnacional dependiente de Alemania. Por motivos históricos y diplomáticos, Estados Unidos no puede declarar una guerra comercial abierta a Europa, ni acusarla de espionaje industrial y falta de respeto a las leyes de propiedad intelectual como hace con China. Sin embargo se ha lanzado a ello sin la misma cobertura política, pero con la misma o mayor intención política y estratégica. En enero de 2019 entró en vigor una primera ronda de aranceles del 25 % a los productos del acero europeo. Esta fue respondida con otra tanda de aranceles europeos a los mismos productos. En octubre de 2019 entró en vigor una segunda ronda de aranceles a los productos agrícolas de la UE: vinos, quesos, aceites, etc. Para completar, se impusieron 75.000 millones de euros en aranceles a Airbus a los que responderá la UE en 2020 con una cantidad similar para Boeing. Queda pendiente el gran temor alemán y francés: los aranceles a la industria automovilística. Por supuesto, nada tiene de casual que precisamente estas rondas arancelarias selectivas vayan a golpear a los mismos sectores sociales (clase obrera cualificada en decadencia, agricultura subvencionada por la PAC, etc) que están en la base de los movimientos nacionalistas reactivos en Europa. A mayor malestar entre estos sectores sociales más problemas para la Unión Europea.

Desde un punto de vista político, la ofensiva arancelaria intenta terminar con la hegemonía regional alemana sobre Europa, y muy especialmente la zona euro, y aspira en última instancia a romper la UE. En este sentido, todos los movimientos de reacción nacionalista de distinto pelaje en la Unión Europea son aliados objetivos de la nueva estrategia estadounidense. Dos puntos son primordiales para la estrategia europea de Trump: la Gran Bretaña del *brexít* y la Italia de La Lega. En el primer caso, el trumpismo considera el triunfo del *leave* en el referéndum de 2016 como un precedente de su propia victoria electoral. Desde los primeros momentos de su presidencia puso encima de la mesa un tratado bilateral *posbrexít* entre ambos países, con la condición siempre de un gobierno *tory* en el poder, que aspira a servir de modelo al nuevo orden posmultilateral que Trump quiere imponer en el resto del mundo. Los países y territorios que tengan gobiernos nacionalistas afines a Trump serán los agraciados con un tratado bilateral que les de acceso al mercado de consumo estadounidense, mientras que para el resto habrá aranceles y fronteras cada vez más cerradas. La libre circulación de personas quedará restringida a los nacionales de ambos países. Y la libre circulación de capitales entre ambos países garantizará el acceso de los capitales norteamericanos a las nuevas rondas de privatizaciones: en el caso del Reino Unido, apunta al Sistema Nacional de Salud británico, última rodaja de propiedad pública apetecible después de los treinta años de neoliberalismo thatcheriano y blairita. En todo caso, el desarrollo efectivo del *brexít* ha resultado tan caótico y poco controlado por los diferentes jefes de gobierno *tory*, que es dudoso que el trumpismo alcance sus objetivos.

Italia es una pieza más delicada dentro de este mismo esquema. Señalada como la siguiente ficha en caer de la permanente crisis europea, sumergida en ya más de tres décadas de atonía económica, un modelo de Estado profundamente clientelar y unos niveles de deuda pública crecientes, Italia ha sido el laboratorio de una profunda crisis de la representación política. Una crisis que está llegando al resto del occidente capitalista bajo las distintas formas de la «antipolítica» y sus hibridaciones con los nuevos populismos nacionalistas. La llegada al poder de la nueva Liga, que ya no es Liga Norte —que ya no es el partido de la Padania, sino de toda Italia—, y la emergencia del que hasta hace poco ha sido hombre fuerte del

gobierno de coalición con Cinco Estrellas, deben su éxito a la estela de Berlusconi, una suerte de figura venal que partía de la premisa de la corrupción total de la sociedad italiana, un «vosotros perdonáis mis pecadillos y yo perdono los vuestros». Hay que tener en cuenta que los gobiernos de Berlusconi jamás aplicaron los planes de austeridad y ajuste de la UE, trabajo que desde los tiempos del gobierno de Romano Prodi y del acceso a Maastricht han hecho los restos de la izquierda italiana. De otro lado, la Lega ha crecido en la medida en que ha sustituido sus ataques a los *terroni*, los paisanos del sur de Italia, acusados de vagos y parásitos en los primeros tiempos leguistas frente a los probos y sacrificados nortños, por otro ataque centrado en los migrantes extracomunitarios. El cambio de enemigo ha permitido a la Lega crecer por el flanco sur del país.

Desde el punto de vista de la nueva estrategia norteamericana, Italia es un bastión dentro de la zona euro favorable a sus intereses. Desde los tiempos en que el estratega de la Alt-right, Steve Bannon, intentó montar algo parecido a una internacional del populismo nacionalista y designó a Matteo Salvini como el Trump europeo, los paralelismos entre el eficaz y ultraoportunista ministro de Interior y Trump se han sucedido. El propio Salvini se postulaba en su visita a Washington en junio de 2019 como el delegado europeo del proyecto hegemónico de Trump:

Mi partido aprecia la Administración Trump, no solo por su postura respecto a la inmigración, sino también por el impulso económico a la creación de puestos de trabajo, la protección de las empresas estadounidenses, el crecimiento económico, los recortes de impuestos. Por lo tanto, ser uno de los socios favoritos de los Estados Unidos en la Unión Europea será muy importante. También a nivel geopolítico, ya que el enfoque de Italia en algunas situaciones es diferente del de la Unión Europea o de algunos países grandes como Francia y Alemania. Lo hemos visto en el pasado. En Irán y otras situaciones.

Sin embargo, el apoyo personal a Salvini desde Washington no ha sido tan visible. Y esto debido a que toca uno de los puntos más oscuros del gobierno de Trump, las relaciones bajo cuerda con Vladimir Putin. Salvini es un declarado defensor de Putin, los apoyos personales a Salvini

han sido discretos y se han repartido con el apoyo a otra candidatura ultraderechista, los Hermanos de Italia encabezados por Andrea Melloni. En cualquier caso, el gobierno de Trump sabe, al igual que el gobierno alemán, que Italia es el teatro para una nueva crisis en la zona euro que represente la batalla entre el globalismo y el nacionalismo de nuevo cuño. Desde un punto de vista anticapitalista, este enfrentamiento supone una simple elección entre dos males, pero es probable que se lleve por delante a buena parte de la izquierda euroescéptica europea. Una izquierda que está intentando desde hace tiempo acercarse al campo trumpista-nacionalista como ala legitimadora rojiparda. Esto solo sería posible confundiendo dramáticamente la globalización con el capitalismo financiarizado, lo que, por cierto, no le sucede a Donald Trump. Tal y como dijo en la sesión plenaria de la ONU de 2017, «[pretendo] acabar con la globalización para salvar el capitalismo».

Una nueva ronda de segmentación del mercado de trabajo

Como señala un reciente perfil de Matteo Salvini en la *New Left Review*,¹ extensible a otras formas de populismo nacionalista, las críticas a Bruselas/Berlín han ido poniéndose en sordina. En su lugar han surgido con fuerza dos ejes de acción política que, no por casualidad, coinciden con las líneas clásicas de segmentación del mercado de trabajo capitalista: el género y la raza. Cada uno de ellos requiere una estrategia propia, pero ambos convergen en una promesa tácita de restitución jerárquica al trabajador varón blanco fordista: pase lo que pase ahí fuera siempre habrá alguien por debajo de él para servirle, ya sea racializado o mujer. Esto se realiza mediante una fuerte diferenciación de las escalas salariales y de derechos, un mecanismo clásico del capitalismo histórico: desde su hibridación con el sistema de dominio patriarcal, para la relegación de las mujeres al trabajo reproductivo no pagado, hasta la asignación de los empleos de menor remuneración y escala jerárquica a los sujetos coloniales y poscoloniales, como base de la construcción de la posición diferencial

¹ Matteo Pucciarelli, «El hombre fuerte de Italia», *New Left Review*, núm. 116-117, mayo-agosto de 2019, pp. 11-34.

del trabajador blanco varón en los distintos modelos de acumulación capitalista.

En el caso de la lucha contra los derechos de las mujeres, o en los términos de las nuevas expresiones reactivas —«la ideología de género»— por delante tienen una lucha contra lo que ha sido el movimiento social de mayor expansión global en los últimos cinco años. La campaña antifeminista se puede considerar la principal batalla política que tienen por delante los populismos nacionalistas de nuevo cuño, al menos en términos de las resistencias que están encontrando para sacar adelante sus posiciones. Sin duda, antes que afrontar una pelea frontal contra el contenido último de la movilización feminista global, van a intentar llevar el conflicto al terreno de las guerras culturales y la política de gestos para sacarlo de sus componentes materiales y macrotransformadores. La operación central en este sentido consiste en intentar desvincular el movimiento feminista de una supuesta lucha por la igualdad que estaría liberada de las cadenas «supremacistas femeninas» de la «ideología de género». A su vez, el núcleo de esta operación consiste en negar cualquier posibilidad de un sujeto político propio a las mujeres, que quedan subsumidas en categorías generales en el discurso y encerradas en los nichos políticos y culturales tradicionales en la práctica. La mera formulación de la existencia de un sujeto feminista se salda presentándolo como una operación antihombres.

A lo que no renuncian las nuevas derechas es a cabalgar de forma oportunista las partes más cercanas al punitivismo dentro del movimiento feminista con sus propios intereses políticos. Demostración de esta práctica es la vinculación de la islamofobia con una supuesta defensa de los derechos de las mujeres o, incluso, de los colectivos LGTBI. La caracterización del Islam como una religión de opresión de las mujeres, que en su expansión no dudará en someter a las mujeres europeas, corresponde con reivindicar la pena de muerte o la cadena perpetua para violadores. Se trata poco más que de una instrumentalización de temas que en los últimos años han ganado presencia pública gracias al fenomenal auge del feminismo. Con esta manipulación de algunas de las brechas abiertas por el movimiento feminista se trata de introducir dos de los temas clásicos de la extrema derecha europea: el racismo,

especialmente el islamófobo, y la exaltación de la violencia de Estado. En casos de larga duración como el del Front National en Francia se puede decir que, con el apoyo del cerril laicismo republicano francés, esta operación ha estado presente en las sucesivas oleadas de legislación contra el hiyab, el chador, el burka, etc.

En última instancia, que estas nuevas derechas utilicen lo que en la jerga politológica se suele llamar el *frame* o marco discursivo abierto por el movimiento feminista global da una ventaja de partida al feminismo. Pero para que esta ventaja de partida se convierta en la derrota de las nuevas derechas parece fundamental, a tenor de las coyunturas recientes, que se evite la capitalización de la lucha feminista por parte de la muy decadente socialdemocracia progresista global. Un movimiento hegemonizado por sus sectores progres pone en bandeja la continuidad de la táctica —heredada de los neocon— en sus guerras culturales: dar la vuelta al enunciado para intentar representar lo progre como elitista y la reacción neocon como un desvelamiento del «verdadero carácter privilegiado» del feminismo en este caso, aunque este tipo de *detournement* neoderrechista se ha extendido a casi todos los ámbitos y movimientos que se consideran herederos del 68.

Para el éxito de este movimiento táctico en el discurso, ha sido necesaria una narrativa del acomodamiento de los protagonistas de aquel 68 a la vista de las capas medias blancas en proceso de desclasamiento procedentes del trabajo manual cualificado y la pequeña propiedad; una narrativa especialmente dirigida a la movilización del resentimiento de los hombres de estos estratos. El «hombre común», el «español medio», «la mayoría silenciosa», en esta lectura, habrían quedado definitivamente sepultados jerárquicamente por la nueva ola feminista. Es necesario remarcar que esta interpretación, en la línea de la «lucha de clases» invertida que puso encima de la mesa el periodista Thomas Frank en su influyente ensayo *Qué pasa con Kansas*,² tiene muchas más posibilidades de extenderse y tener éxito en situaciones como las últimas elecciones norteamericanas en las que una marioneta de Wall Street y Hollywood como Hillary Clinton quedó como última

² Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Madrid, Acquarela, 2008.

línea de defensa de la salvaguarda de las luchas por los derechos de mujeres, las minorías racializadas y los disidentes sexuales frente a Donald Trump. Precisamente la toma de conciencia, por parte de los movimientos, de que estos son asuntos demasiado importantes para estar tutelados por una monigote socioliberal al servicio de las élites está en la base de la agudización de la reciente radicalización de la política norteamericana.

En el otro gran eje histórico de segmentación del mercado de trabajo —la división étnica y las migraciones— la estrategia ha funcionado de una manera diferente al no enfrentarse, salvo quizá en el caso de Black Lives Matter, a un movimiento en ascenso como lo es el feminismo. En esta ocasión, el movimiento de desplazamiento operado llevaría desde el racismo biologicista hacia el racismo cultural en las expresiones más cercanas a la ultraderecha tradicional que parecen prosperar en el este de Europa; o bien hacia un racismo de corte malthusiano relacionado directamente con argumentos izquierdistas ideológicamente distorsionados acerca de la «escasez», el mercado de trabajo y la crítica al Estado de bienestar europeo. Aunque es importante hacer notar que estos son tipos ideales y que las derechas populistas continentales están más orientadas a los problemas del mercado de trabajo, estas pueden utilizar también argumentos plenamente culturalistas. Es el caso de la lectura demográfica sobre las dificultades de los sistemas de pensiones, o del envejecimiento a ojos vista de las pirámides de población de estos países. Estos argumentos corresponden con un natalismo de nuevo cuño que enfatiza la necesidad del fomento de la natalidad en las familias nativas frente a la entrada de migrantes. Un punto este que, de paso, vuelve a introducir un discurso propiamente patriarcal de tensionamiento y sujeción de las mujeres como medio de producción de la fuerza de trabajo.

En el primer caso, el sesgo culturalista/eticista pone el foco en la pérdida de los «valores europeos» que supone la llegada de migrantes al continente. Esos supuestos valores esenciales (familia, religión, etc.) se oponen fundamentalmente a las sociedades multiculturales. En este sentido, se explica por sí mismo que hayan tenido mucho más éxito en aquellas sociedades europeas que siguen siendo abrumadoramente blancas, blandiendo el fantasma del miedo a la otredad. Los países del grupo de

Visegrado (Hungría, República Checa, Eslovaquia y Polonia), las reservas blancas de la periferia europea, son los que llevan la batuta de este tipo de racismo. Tampoco debe escaparse que siendo el lugar de estos países en la división europea del trabajo fundamentalmente el de la provisión de fuerza de trabajo para las operaciones de deslocalización económica internas a la UE, este discurso redundante en la generación de ventajas comparativas de estos territorios frente a los territorios del Sur global especializados también en la provisión de fuerza de trabajo.

En los países que ya no son solo blancos, algunos desde hace varias décadas y otros más recientemente, y que forman el núcleo de la Unión, el discurso de estas nuevas derechas populistas es otro y está directamente relacionado con el mercado de trabajo. Por tanto, al menos en apariencia, el discurso está menos mistificado que las ensañaciones culturalistas de los países al otro lado del antiguo telón de acero. En estos casos, se recicla un discurso malthusiano de la escasez, como resultado de la superpoblación relativa, que como se ha sostenido más arriba, es consecuencia directa de la forma de la crisis económica y política en los países centrales de la UE y de la ausencia de momentos de impugnación de masas del poder financiero continental como el 15M o Plaza Sintagma. Por supuesto, este planteamiento de la superpoblación relativa afecta a los pobres o a los segmentos en desclasamiento, los lugares en los que la brutal desigualdad de recursos y las políticas de austeridad logran concentrar la competencia por los escasísimos recursos que, efectivamente, quedan socializados en forma de salarios directos o indirectos tras las abrumadoras operaciones de captación de riqueza de las finanzas. Es la pelea por las migajas del modelo de acumulación la que constituye el discurso social de los nuevos populismos reaccionarios europeos.

En este punto hay una ruptura visible con los modelos neoliberales atlánticos y neocon. No en el sentido que sostienen los apologistas de izquierdas de este modelo de segmentación de la fuerza de trabajo, siempre felices de culpar a las políticas «globalistas» por querer la entrada masiva de migrantes a fin de rebajar los salarios de los trabajadores nativos. Nada menos que los George Soros del mundo estarían detrás del flujo continuo de migrantes a través del Mediterráneo y cada barco o patera

interceptada y rechazada sería un golpe al hígado de esos mismos George Soros. Estos sectores rojipardos, comparsas de los gobiernos y de los partidos de la nueva derecha populista, llegan incluso a utilizar el muy marxista término «ejército laboral de reserva», en el muy poco marxista sentido de procurar la perpetuación de su existencia como instancia de ruptura de la fuerza de trabajo frente a su eliminación por la igualación de derechos de todos los trabajadores independientemente de su origen y color de piel. La circunstancia que separa definitivamente estos movimientos de las derechizaciones con un origen liberal más o menos distorsionado tiene que ver con la recuperación de una visión del Estado corporativo o estamental. Esta daría preferencia a los trabajadores nativos frente a los migrantes, un elemento recuperado de los primeros fascismos pero también de las tradiciones conservadoras autoritarias continentales. En el marco neoliberal se rechaza, al menos discursivamente, la intervención del Estado para favorecer a trabajador alguno en tanto se rechazan las grandes categorías colectivas y se pone énfasis en una meritocracia estrictamente individual, sancionada únicamente por el mercado donde es responsabilidad única del pobre o del relegado estar en una situación de pobreza o relegación.

Aquí es importante remarcar las diferencias entre el neoliberalismo realmente existente y su vulgata ideológica. El discurso de la responsabilización del pobre ha servido sobre todo en los contextos anglosajones para, en un doble movimiento, estigmatizar a los perceptores de ayudas públicas —en el caso estadounidense mayoritariamente afroamericanos— y lanzar una ofensiva securitaria correlativa que logró un crecimiento absolutamente meteórico de la población encarcelada —muy especialmente afroamericana—. Este modelo se traspasó a Europa continental con pocas variaciones, singularmente en lo que se refiere a la psicosis securitaria. Pero es absolutamente delirante plantear que el neoliberalismo «globalista» haya, contra toda evidencia, dejado las fronteras abiertas de par en par con el oculto fin de inundar los mercados laborales europeos de migrantes extracomunitarios lanzados al *dumping* laboral para perjudicar a los trabajadores blancos nativos. Un repaso somero a las políticas migratorias de la Unión Europea o los gobiernos de Obama y Clinton debería dejar claro que no son en esencia diferentes de las de un Trump o un Salvini. La diferencia reside en la

capitalización política explícita de estas mismas políticas frente a la hipocresía socialdemócrata y demócratacristiana que cierra las fronteras y pacta con los distintos sátrapas del otro lado del Mediterráneo, siendo responsable de la muerte de cientos de miles de personas en tránsito hacia Europa, al tiempo que mantiene un discurso de universalidad de los derechos y las intervenciones humanitarias.

En última instancia, el fin de las políticas migratorias europeas no deja de ser el mismo que el de las nuevas derechas populistas. Ambos saben perfectamente que el flujo de migrantes no va a descender por muy autoritario que sea el régimen de fronteras. Pero también saben que una frontera formalmente cerrada a migrantes o refugiados supone un estigma casi irreversible para quienes la atraviesan, lo que dificulta enormemente sus reivindicaciones de plena ciudadanía y derechos iguales a los nativos. Como históricamente no ha dejado de demostrarse, este régimen redundante en peores condiciones salariales y sociales, indirectamente destruye las posiciones de los obreros nativos mediante la competencia salarial en el mercado de trabajo. Estos últimos, si quieren una mejora de sus condiciones materiales de vida no tienen más remedio que abandonar las ensoñaciones nativistas y empezar a pensar en una alianza con los trabajadores migrantes de primera, segunda y tercera generación —estos dos últimos solo mantenidos políticamente en la condición de migrantes mediante la estigmatización racial— que facilite una nueva oleada de luchas de clases sin el recurso a la segmentación del mercado de trabajo. Tal segmentación no es más que el viejo *divide et impera* que el poder capitalista ha utilizado históricamente para vencer a la clase trabajadora organizada en formas dependientes del Estado nación.

De la guerra cultural permanente a las políticas de una nueva clase diversa y plural

Como se podrá ver a lo largo de las páginas de este libro, nos enfrentamos a una ola reactiva global difícilmente calificable bajo un solo término o taxonomía, en gran medida porque nos encontramos ante un fenómeno aún en mutación, y solo abordable como una recolección de posiciones y síntomas más o menos comunes a distintos contextos sociales y territoriales. Estas expresiones

son cambiantes, en gran medida, porque forman parte de una lucha en curso que tiene como mar de fondo la larga crisis del capitalismo financiarizado. Desde sus orígenes en el desenganche del dólar del patrón oro en 1973, el control de las finanzas bajo el mando hegemónico de Estados Unidos no ha generado ningún modelo de sociedad viable más allá de la rapiña financiera. Este modelo de primacía del capital-dinero sobre el capital productivo no ha logrado, ni siquiera superficialmente solucionar el problema de sobrecapacidad productiva mundial que se manifestó con toda su virulencia en la crisis de los años setenta. Las burbujas tecnológicas e inmobiliarias basadas en el crédito fácil y masivo, que tan bien conocemos en el Estado español, supusieron durante algunos años la ilusión de un nuevo ciclo de crecimiento global. La crisis de 2007 destrozó tal espejismo y devolvió el capitalismo global a sus atolladeros históricos del exceso de capacidad productiva y la caída secular de la tasa de beneficio.

En términos políticos la erosión económica permanente ha supuesto la destrucción progresiva de eso que los politólogos vinieron a llamar el centro político y que, en gran medida, venía a coincidir con la gran clase media fordista. Este gran estrato social central tenía como forma constituyente el rechazo del conflicto de clases como expresión de seguridad económica actual y proyectada, y sobre ella se encabalgó la estabilidad política de las sociedades capitalistas occidentales hasta su crisis en las últimas décadas. La decadencia de la clase media tuvo también su momento de visibilización en la crisis de 2007 y sus posteriores sacudidas en la zona euro. La desaparición progresiva de la clase media, el centro político y, con ella, el encaje legitimador del Estado de posguerra ha tenido como consecuencia una gigantesca crisis de la representación política, que para pánico de los comentaristas políticos *mainstream* amenaza una y otra vez con romper los partidos políticos tradicionales. Los partidos, patas del Estado y constructores discursivos del campo de las diferencias políticas legítimas en el que han operado los grandes medios de comunicación, están en franca crisis. En esta fase de la larga crisis en la que nos encontramos existe una separación ya abismal entre los mecanismos de la representación, medios de masas y partidos políticos, y las políticas de lo cotidiano con sus fuertes bolsas de malestar social que son

el reloj de arena que mide el tiempo, ya de prestado que viven los partidos de Estado tradicionales.

En su lugar hemos visto como las dos grandes oleadas de renovación de las derechas globales, primero los neocon y ahora las nuevas derechas populistas, han hecho un uso extraordinariamente eficiente de mecanismos como los pequeños medios en Internet o el marketing político. A partir de la extensión al infinito de su terreno de lucha preferido, las guerras culturales, han emprendido políticas de gestos que definen los campos de «lo facha» y «lo progre» sin apenas coste material en relación con su pegada publicitaria. Los propios liderazgos han cambiado completamente desde la irrupción de pioneros como Berlusconi que sustituían los aparatos de partido por una relación afectiva y emocional con el electorado mediada por los medios de comunicación y las encuestas electorales. Como hemos visto en el Estado español, esto dista mucho de ser patrimonio de las nuevas derechas. La así llamada nueva política que orbitaba en torno a Podemos y las candidaturas municipalistas ha crecido tan rápido como se ha desplomado a los pies del *establishment* debido al uso de estos hiperliderazgos destinados al giro oportunista permanente. Como bien ilustra el caso de Podemos y su constelación, o del otro lado, Ciudadanos, la caída de estas formas es tan fulminante como su ascenso.

En este sentido, las nuevas derechas populistas son tan frágiles como las que más; comparten con partidos como Podemos la renuncia total a la construcción de organizaciones políticas estables que puedan suponer una sujeción de sus figuras mediáticas. Dependen de golpes de viento favorables en las esferas comunicativas. Todo ello las diferencia enormemente de los fascismos clásicos, lo que debería de suponer una ventaja para los movimientos transformadores y de emancipación en su lucha contra la extensión al cuerpo social de la dinámica segregadora, racista, heteronormativa y patriarcal de los nuevos populismos de derechas. Como bien se demostró en los años posteriores al 15M, al «neofascismo» se lo combate parando desahucios, defendiendo los derechos de las camareras de piso o las trabajadoras domésticas, defendiendo la propiedad pública ante los recortes o en las masivas manifestaciones del 8 de marzo. Expresiones todas ellas que aúnan el contenido material, la multiplicidad de identidades inherente a la nueva clase trabajadora y la presencia en el territorio.

Los sistemas de representación en decadencia son el mejor aliado del crecimiento de estos nuevos populismos de derechas, monstruosos en el sentido gramsciano, el de las formas políticas que crecen en ese claroscuro en el que lo nuevo no termina de nacer y lo viejo no termina de morir. Las versiones cada vez más autoparódicas de la cantinela «que viene el fascismo, votad al PSOE», incluyendo la versión amplia del PSOE —el universo entero de lo progre que ha abrazado sin vuelta atrás la nueva política— nos alejan del verdadero combate contra la reacción en la medida en que integran en el modelo de la representación en crisis las fuerzas de transformación social, que son las únicas que pueden vencer el neofascismo. Desde Trump a Salvini, pasando por Boris Johnson, todas las figuras políticas de la reacción se han podido presentar como *outsiders* al sistema, simplemente porque las izquierdas han sido absorbidas plenamente por las instituciones políticas y en ese movimiento han dejado libre el carril de lo ajeno al *mainstream* político y mediático por el que se ha colado el oportunismo de derechas.

No hay mayor prioridad política que evitar la extensión de una deriva autoritaria de reafirmación de los valores dominantes conservadores en lo social. Pero para empezar a dar esa batalla es necesario liberarse definitivamente de las mediaciones que, una y otra vez, nos chantajejan con «la llegada del fascismo» y de las delegaciones en forma de voto y acatamiento de la política de gestos en las guerras culturales como toda forma de conflicto posible. Los bloques de izquierdas o progresistas para «parar a la derecha y al fascismo» son la condición de posibilidad de la reproducción del poder social de la reacción. En su lugar, hay que plantear la recuperación del territorio mediante formas organizativas nuevas que partan de la multiplicidad de posiciones étnicas, ecológicas, de género, sexuales, religiosas, de edad como la verdadera riqueza revolucionaria de clase hoy; y no como un lastre para la reconstrucción de una clase obrera imaginaria que solo puede existir en la mente de los comentaristas de izquierdas. La clase revolucionaria, la que vencerá al nuevo fascismo y terminará con la dominación financiera, solo puede ser una alianza de los diferentes para sacudirse el yugo de la dominación y la explotación.

1. Fascismo: ¿nuevo, viejo u otra cosa?

Emmanuel Rodríguez López

UNA TERCERA OLEADA de movilización popular autoritaria, un tercer giro tras los fascismos del periodo de entreguerras y los neofascismos de los años setenta, un anuncio de que el siglo XXI podría repetir los excesos del siglo XX. El presagio parece que no se pospone al futuro: en Europa, especialmente en la vieja Europa, pero también en Estados Unidos, en Brasil, muchos dicen asistir a las palpitaciones del huevo de la serpiente. Pero ¿se puede decir con rigor, y más allá de determinado agit-prop de eficacia por demostrar, que esta nueva ola autoritaria es propiamente fascista, que entre los nuevos autoritarismos populares y los fascismos de los años veinte y treinta del siglo XX hay algo más que paralelismos y comparaciones posibles?

Partamos de una definición convencional: el fascismo no es (no fue) una forma del conservadurismo, no es exactamente un movimiento reaccionario, no reivindica la vuelta a las jerarquías del pasado y a la norma de nuestros padres (o en nuestro caso, de nuestros bisabuelos); y esto, aun cuando su propaganda y su simbología fueran las del mito originario de la raza, o la de una Antigüedad eterna y dispuesta a su renacimiento. La romanidad de Mussolini y la teatralidad de la nueva Italia según formas inspiradas en el Imperio romano no fueron un ejercicio de tradición, sino de invención política y de proyección sobre el futuro. Lo mismo se puede decir del Tercer Reich de Hitler, predestinado a durar un milenio y a someter al mundo al dominio legítimo de la raza aria.

En esta línea, el fascismo no es exactamente una ideología de las viejas élites conservadoras, dirigida a la imposición autoritaria del orden de siempre sobre un pueblo

pasivo. Su elitismo, su pretensión de construir una nueva élite, se valida esencialmente como movilización popular, de hecho como movilización popular permanente. El fascismo es principalmente un ejercicio de masas. Pertenece por derecho propio a la política moderna de la nación, de las grandes concentraciones, de la radio, del cine, de la movilización popular y entusiasta en guerras criminales. El fascismo no corresponde, por tanto, a la forma de las dictaduras militares, como las de Franco o Salazar fundadas en los años treinta, o a las de Pinochet y las numerosas jefaturas militares autoritarias del último tercio del siglo XX, aun cuando todas estas tomaran símbolos y retóricas de inspiración fascista. Frente a la voluntad de impresionar, de movilizar, de entusiasmar a su pueblo, propios del fascismo y el nazismo, todos estos «caudillajes militares» parecen dictaduras nostálgicas y sin vida.

El fascismo, en tanto movimiento social popular, en tanto captura de la subjetividad, inversión social, régimen de movilización se deja, por eso, investigar también como un fenómeno de psicología social. De ahí la multitud de aproximaciones que han explorado el fenómeno desde los rudimentos conceptuales del psicoanálisis y de toda la clase de variantes de la psicología social. La lista es larga: las primeras aproximaciones de Freud; los trabajos de la primera generación de su escuela, principalmente Viktor Frankl y Wilhelm Reich; la hibridación de marxismo y psicoanálisis entre los primados de la escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse, Fromm); la crítica de los setenta al fascismo y al «microfascismo» de la mano de la antipsiquiatría y el esquizoanálisis; hasta llegar a las múltiples aproximaciones del psicoanálisis moderno y las escuelas de psicología no psicoanalíticas.¹

De cualquier manera, el motivo común de esta perspectiva es que el fascismo existe en tanto arraiga en la dimensión molecular de la política; encarnándose, por hablar en viejos términos, en una «forma de la personalidad», la

¹ La nota bibliográfica a este respecto debería ser por eso extensísima incluyendo como poco: Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Buenos Aires, Herder, 2015; Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo*, Bilbao, DDT Banaketak, 2014; Th. W. Adorno, *Estudios sobre la personalidad autoritaria* en *Estudios sociológicos II*, vol. 1, Madrid, Akal, 2009; Eric Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 2009.

personalidad «f» de Adorno. Un solo ejemplo, de los más conocidos, sobre las ventajas de esta aproximación. En una invitación a considerar el error habitual del marxismo y, en general, de la mayor parte de las formas de la crítica superficial al fascismo, Reich señaló casi en paralelo al ascenso del nazismo en Alemania que ninguna de estas críticas entendía el «dinamismo de la ideología», «la estructura caracteriológica de las masas y los efectos sociales del misticismo».² Por misticismo entendía Reich una suerte de metafísica popular fundada en el fetichismo autoritario y en la raza como identidad. Efectivamente, el esquema marxista de base/superestructura estaba incapacitado para entender esos fenómenos sutiles de la penetración subjetiva de la «ideología», o más concretamente de la emergencia del fascismo como movimiento de época. Por eso resultaba necesario, según Reich y de acuerdo con todas las aproximaciones de la psicología social, un enfoque de psicología de masas, que entendiera la estructura ideológica de la sociedad alemana, la base subjetiva del fascismo. En un salto temporal de más de 80 años, Suely Rolnik concibe el fenómeno Bolsonaro en Brasil, también como un movimiento de captura subjetiva, en sus propios términos de «corrupción del deseo» y de captura de las potencias de la vida en una involución temerosa e identitaria.³

Existe, por lo tanto, una subjetividad fascista en un sentido probablemente más fuerte del que se puede decir que exista una subjetividad liberal o conservadora, socialista o progresista. El fascismo requiere de una *mentalité* más allá de la mera orientación política por determinados valores (conservadores o progresistas) o la mera elección entre opciones racionales. Si se admite que el fascismo opera en un lugar que resulta inmediato a la experiencia, y que esta es su característica definitoria, su localización histórica se dibuja necesariamente en un horizonte que está más allá de los fenómenos de la distribución ideológica. El análisis del fascismo como movimiento propiamente popular, y aún más como proceso de subjetivación de masas, exige de una explicación compleja, que tiende a desbordar las formas simplificadas de distribución en clases, los análisis de élites, la forma Estado, etc.

² Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo...*, cit., p. 24.

³ Suely Rolnik, *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018.

Propiamente moderno, y al mismo tiempo popular y revolucionario, el fascismo considerado fuera de su época clásica en el periodo de entreguerras, parece ser una respuesta particular a la crisis, como momento consustancial y repetitivo de las sociedades capitalistas. Una respuesta, movilizadora y entusiasta, como lo son los procesos revolucionarios, pero en un sentido autoritario y violento, desplegado en la forma de una política binaria contra el enemigo interno y externo. También en los años treinta, Bataille observaba que el fascismo apela a la misma masa de pobres y desheredados que el marxismo. Pero a diferencia de este, no les propone una heterogeneidad subversiva, que los eleve a la condición del proletariado revolucionario, sino una solución imperativa, fundada en la soberanía. Esta parecería ser la solución preferida no tanto por el populacho proletario, como por los elementos disociados de las clases medias. De esta suerte: «Una misma sociedad ve que se forman paralelamente, en un mismo periodo, dos revoluciones hostiles entre sí y a la vez hostiles al orden establecido. Al mismo tiempo, el desarrollo de las dos fracciones opuestas a la disociación general de la sociedad *homogénea* como factor común, explica numerosas conexiones e incluso una suerte de complicidad profunda».⁴

Inversión de la revolución proletaria, inversión de la revolución burguesa, el fascismo puede ser también caracterizado como «revolución conservadora». Al modo en el que avanzaron tantos intelectuales alemanes de la primera posguerra (Spengler, Jünger, Schmitt), el fascismo es la solución autoritaria a la propia crisis de las élites europeas, pero lo es por la vía de la movilización popular, por la vía de la apropiación (subjética, y no solo formal) de las formas de movilización obrera. En efecto, los fascistas toman la forma del partido de masas, el activismo como forma de vida, la promesa de un futuro radicalmente distinto, pero encarnado en la particularidad nacional y la lucha racial frente al universalismo proletario y también ilustrado.

En tanto inversión de la revolución, y en tanto captura de la movilización popular, el fascismo puede y debe entenderse, por tanto, al modo del proceso revolucionario.

⁴ George Bataille, «La estructura psicológica del fascismo» en *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009, p. 178.

Poulantzas, sobre el fracaso de la III Internacional frente al auge autoritario, escribió: «El fascismo se debe explicar como un fenómeno análogo a la situación revolucionaria».⁵ Quizás no se trate aquí tanto de reproducir el esquema explicativo de Poulantzas, todavía demasiado entrampado en el análisis marxista ortodoxo que pretendía combatir. Nos vale en cualquier caso, su aproximación al fascismo como proceso, *proceso de fascistización*, que conducía también a la toma del poder del Estado; y que una vez en el poder se veía impulsado por su propia dinámica interna a una suerte de desestabilización revolucionaria. A partir de Poulantzas, se trata de reconocer su condición histórica y dinámica, que no se congela en una imagen única, al modo del corpus más o menos sistemático y racional que trataron de articular las ideologías decimonónicas. El fascismo en tanto inversión de la revolución se sirve de los medios a su alcance, muta en el proceso, cambia incluso de composición social y política. Reivindica su propio carácter flexible y contradictorio, en nombre de la acción y el curso violento de la historia. Y aún así permanece relativamente coherente.

De acuerdo con esta definición mínima, ¿cuánto hay del viejo fascismo en el emergente populismo conservador de los Trump, Bolsonaro y los partidos de la extrema derecha europea? De acuerdo con todo lo dicho, la respuesta exige distancia y a la vez comparación histórica. Seguramente es más lo que separa estos dos momentos históricos que aquello que los reúne.⁶

Antes de nada, la crisis. Como decíamos, el fascismo es resultado de la crisis, crisis de las sociedades capitalistas, tentativa de solución al reventón del contenedor político y social de cada tiempo histórico. En este sentido, el fascismo fue una respuesta epocal al colapso del capitalismo liberal, el enfrentamiento entre potencias imperialistas, las cesuras entre grandes ciclos económicos, la impotencia de las formas de regulación política del siglo XIX. Hay paralelismos entre los años del periodo de entreguerras y la época actual, pero sobre todo hay diferencias.

⁵ Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo*, Madrid, Siglo XXI, 1973 [1970].

⁶ Merece señalar a este respecto el reciente contraste con el que Dylan Ryley somete a Trump sobre el fondo histórico del fascismo: «¿Qué es Trump?», *New Left Review*, núm. 114, enero-febrero 2018, pp. 7-36.

En un primer momento, el fascismo surgió en la inmediata posguerra como un colector de las corrientes ultranacionalistas. Su sopa originaria mezcló a veteranos de guerra, cuerpos paramilitares, *volkisch* exaltados, jóvenes nacionalistas, aspirantes a la nueva Italia, artistas de las nuevas vanguardias, sindicalistas desencantados... Una papilla de elementos diversos y disconformes que apenas coincidía en señalar la decrepitud del Estado liberal y su «democracia de notables», esa vieja política encerrada en los parlamentos burgueses después de la prueba extrema de la violencia que se llevó por delante 20 millones de vidas en las trincheras de Europa. Compartían también un rechazo —no exento de fascinación— a la revolución bolchevique, a la amenaza rusa, convertida en epítome de la revolución proletaria. El fascismo fue así, en su origen, violento, épico, anticomunista, brutal e inconformista.

La crisis política de la inmediata posguerra, especialmente en las naciones derrotadas, es la de un aparato político en el que ya no se reconoce la mayoría de la población. Crisis de representación de los viejos partidos, como los partidos agrarios y conservadores, en los que sus clientelas encuentran nada o poco que sirva de parapeto ante el mundo que se abre. En la desmovilización general que sigue a la guerra, las masas de una soldadesca sin retaguardia, ni posición social, añaden al cóctel de la descomposición política, un combustible altamente inflamable de enorme potencial explosivo.

Frente al reto fascista, en palabras de Heller, teórico socialista del derecho, «el Estado europeo arrostra en la actualidad una crisis difícil y peligrosa; su forma y sus contenidos necesitan renovarse con urgencia». Y sigue, «la pregunta es si el Estado europeo tiene algo que aprender y, en caso afirmativo, qué es lo que tiene que aprender del fascismo».⁷ Nótese bien, el fascismo aspiraba a una inversión radical del credo liberal: el fascismo reinventa la forma de la dictadura y destruye el Estado de derecho. Para el fascista, la acción siempre va antes que la norma. Según la fórmula de Heller: «La norma sin voluntad fue sustituida por la voluntad sin norma y el derecho sin fuerza

⁷ Hermann Heller, *Europa y el fascismo en Escritos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1985 [1931].

por la fuerza sin derecho».⁸ En este sentido iba también la fórmula del gran teórico de la revolución conservadora, Carl Schmitt, de la democracia como «identidad entre gobernantes y gobernados», pero sobre la base de la completa unificación del pueblo y su adhesión a la unidad del Estado, que quedaba garantizada de forma única en la figura de la dictadura.⁹

El camino, no obstante, por el que la democracia liberal acabó por aprender del fascismo siguió un largo rodeo. La democracia aprendió perfeccionando los mecanismos de integración social y política de todo el pueblo, comprendiendo aquello que quedaba fuera, y que tenía el nombre de movimiento y clase obrera. Frente al fascismo, en los años treinta y en la guerra, la democracia liberal triunfó fagocitando la amenaza revolucionaria, no reprimiéndola con la brutalidad propugnada por reaccionarios y conservadores. Y triunfó abandonando sus preceptos liberales de un Estado mínimo y no intervencionista. Este proceso llevó tiempos largos y se adaptó a geografías diversas. El New Deal, y luego los Estados de bienestar, siguieron formas tumultuosas que en ocasiones rozaron la guerra civil, como en los años del Frente Popular en Francia, o que llevaron directamente a ella como ocurrió en 1936 en España. Al final de la II Guerra Mundial, todas las democracias liberales adoptaron una fórmula socialmente integradora a través de un Estado claramente intervencionista.

Y sin embargo, la actual crisis de la democracia liberal es distinta en todo. Es la crisis de la figura política con la que se logró anatemizar la doble situación revolucionaria de los años treinta. Es la crisis del Estado social de derecho,

⁸ *Ibíd.*, p. 74.

⁹ Véase, por ejemplo, *Legalidad y legitimidad*, Comares, Granada, 2006 [1932]. En este panfleto escrito contra el pensamiento jurídico liberal, Schmitt escribe: «Toda democracia descansa en el requisito de un pueblo indivisible, homogéneo, total y uniforme, entonces en realidad no hay en cuestión y en lo fundamental ninguna minoría y mucho menos una mayoría de minorías estables y constantes» (pp. 26 y 27). Y más adelante: «la legitimidad plebiscitaria es el único tipo de justificación estatal que debería reconocer hoy generalmente como válida. Incluso es presumible que hoy la mayor parte de las tendencias vigentes hacia “el Estado autoritario” encuentren aquí una explicación». Según la fórmula de Sièyes: «La autoridad desde arriba, la confianza desde abajo».

el Estado protector surgido entre 1932 (New Deal) y 1947 (Constitución italiana). Sin duda, hay algo en las crisis que se suceden desde 1973 que recuerda la situación revolucionaria — y por ende contrarrevolucionaria — que definía Lenin como aquella en «que las capas inferiores no quieren vivir del modo antiguo y las superiores no pueden vivir al modo antiguo». Pero esta crisis se produce a ritmos acompañados y pautados por un Estado que todavía tiene capacidad de acompañar, recoger e integrar, que impide que la crisis llegue nunca a las largas colas de las ollas populares que daban varias vueltas a una manzana en cada barrio de cada gran ciudad, cuando la deflación de los años treinta destruía millones de vidas sin alternativa posible.

En Europa y en Estados Unidos lo que queda del Estado de bienestar y de la Gran Sociedad de Johnson se deshace lenta y de forma calculada. La crisis de representación (de los partidos, las instituciones) se contrapesa con el enorme entramado de protección e integración social. Estamos todavía en el tiempo de la inflación de los aparatos de Estado. La premisa que parece hoy excluida — a un posible retorno del fascismo, así como a su contraparte revolucionaria — es la de la emergencia del doble poder, de una fuerza paralela no integrada en el Estado, que crece y se apodera de partes de este, empezando por las policías y los cuerpos de seguridad. Sin duda el contraejemplo más evidente a esta tesis es el de los cárteles del narcotráfico en algunos países de América Latina. Pero la base social de tantos movimientos conservadores actuales, en su comparación más obvia — los evangelistas de la teología de la prosperidad — no guardan siquiera un acento del violento neopaganismo de los cuerpos paramilitares de los años veinte y treinta.

La relación entre clase y fascismo también ofrece obvias diferencias entre los años veinte y treinta del siglo XX, y lo que puede ser la tercera década de este siglo. Se trata aquí, por eso, de probar una explicación social del fascismo, que es también de las formas subjetivas que le son implícitas en sus distintos momentos históricos. Una explicación que ha sido rechazada por algunos,¹⁰ en tanto consideran que el fascismo fue un movimiento excesivamente vivo y transversal, que modificaba su composición

¹⁰ Por ejemplo, el politólogo Robert O. Paxton, *Anatomía del fascismo*, Madrid, Capitan Swing, 2019

específica según las necesidades de cada momento. Así de la centralidad de los exveteranos de guerra y los elementos lumpen en la inmediata posguerra se pasó a la progresiva incorporación de la burguesía —a medida que los fascistas se desprendían de la retórica anticapitalista— y de los elementos de clase media, que habitualmente se reconoce como su capital social tradicional. En nuestra comparación, no obstante, merece probar algún tipo de «análisis social» que muestre bien las diferencias de contexto entre la época clásica del fascismo y la actual crisis política, en la que brotan las nuevas derechas autoritarias.

Bien lejos de la explicación de la III Internacional —el fascismo como instrumento del gran capital, como forma apenas específica de la dictadura del capital— la relación entre la viejas burguesías de Occidente con el fascismo no fue en absoluta unívoca, y tampoco estuvo exenta de tensiones. Al fin y al cabo, en sus orígenes, el fascismo fue un movimiento que hablaba en los términos de la revolución nacional y que no acababa de desprenderse de cierta retórica anticapitalista. En Italia y en Alemania, en los países en los que triunfó, se ha observado una fuerte división de las burguesías nacionales.¹¹ Una parte no pequeña de las mismas fue contraria a la solución fascista y se mantuvo fiel a los partidos liberales y conservadores hasta el momento de la conquista del Estado por nazis y fascistas. Asociada a las industrias ligeras de exportación (desde la química al textil) se mostró más proclive a ciertas formas de compromiso o acuerdo social, que no pasaban por el escuadrismo y la represión masiva del movimiento obrero. Por contra, la posición de la industria pesada y de la metalurgia, fuertemente integrada por el sector bancario y financiero, mantuvo un posición mucho más favorable al aventurerismo fascista. Escandalosamente beneficiada por la economía de guerra desplegada a partir de 1914, la inmediata posguerra y los años veinte en una Alemania obligada al desarme supusieron una enorme merma en los beneficios de estas industrias, al tiempo que soportaban las conquistas salariales que alcanzó el movimiento obrero. Tampoco los latifundistas del este de Alemania y en general de toda Italia hicieron ascos a una solución autoritaria que pusiera orden en el campo.

¹¹ Véase a este respecto Daniel Guérin, *Fascisme et grand capital*, Clermont-Ferrand, Libertalia, 2014 [1936].

En comparación con la situación actual, es difícil observar líneas de fractura siquiera comparables a las de los años veinte entre las élites globalizadas y volcadas sobre el negocio financiero transnacional. Sin duda, hay restos de burguesías propiamente nacionales, con negocios territorializados, y también bloques de poder nacionales o regionales, que pueden apostar por soluciones proteccionistas. Pero esto tiene poco que ver con la apuesta nacional-imperialista del capital industrial alemán de los años treinta. Existe también un terreno potencial de alianza entre neoliberalismo y autoritarismo, que remite al continuo fracaso de la regulación social neoliberal y al permanente incumplimiento de su promesa de una sociedad de individuos autónomos y prósperos. Este posible maridaje entre neoliberalismo y autoritarismo operaría a modo de rutina disciplinaria dirigida al ajuste de determinadas sociedades a la lógica de mercado sobre la base de una contrarrevolución conservadora en las costumbres y las formas de vida. El experimento Bolsonaro en Brasil, cuyo pilar principal es el evangelismo de la prosperidad, podría servir aquí de ejemplo. Pero se trata seguramente de una línea política todavía en sus primeros pasos.

Tampoco corresponde la posición política de las clases medias —con toda la ambigüedad del término— entre uno y otro periodo. El fascismo ha sido explicado como «un extremismo de centro», un movimiento social de clase media: esta constituyó de hecho el grueso de sus militantes y de sus líderes. La explicación tradicional del fascismo señalaba las angustias de las clases medias tradicionales de «la pequeña producción y la pequeña propiedad», en el doble periodo de crisis de la inmediata posguerra de 1918 y de la crisis de 1929. Se trataba de la clase media amenazada por la concentración de la distribución y la industria por los trusts industriales. La búsqueda de una solución nacional, estatalista, a la vez que la quiebra de los viejos partidos, impulsaron importantes segmentos de esta clase hacia el fascismo. De otro lado, se suele señalar a las nuevas clases medias ligadas al empleo técnico en la industria, el aumento de la burocracia de Estado y los nuevos servicios. En tanto cuadros técnicos y culturales, un contingente probablemente mayoritario de estas nuevas clases medias participó en el proyecto nacional autoritario del fascismo italiano y del nazismo alemán. Profesionales y técnicos aportaron empuje ideológico al proyecto

de modernización imperial y autoritaria que subyacía al fascismo. A su vez, una parte de la juventud desclasada de las clases medias de posguerra, estudiantes y posestudiantes, fue también absorbida en la movilización fascista. Pero ¿tiene la situación de las clases medias de esos países europeos correspondencia alguna con la situación actual?

En los países de Europa occidental, en EEUU, también en los llamados emergentes, existe una clase media que se encuadra en una posición ideológica globalista y cosmopolita. No hay atisbo en ella de la tentación ultranacionalista que constituye uno de los criterios discriminantes del fascismo. Los elementos de esta posición se acumulan en todos los ámbitos, desde su inserción en los segmentos más globalizados del mercado de trabajo, su posición en tanto profesionales y técnicos de empresas y cadenas de producción transnacionales, sus hábitos de consumo según tendencias internacionales, sus «experiencias» translocales y poco arraigadas en el territorio, etc. El empuje neoliberal ha tenido en estos segmentos tanto la base social como la prueba empírica de su promesa de prosperidad. Pero ciertamente estas clases medias no constituyen la totalidad de lo que en los viejos países de Occidente se comprende dentro del término, siempre indefinido, de clase media.

No pocos estudios, sin embargo, han venido señalando una nueva forma de polarización social que corresponde con el despliegue de la globalización financiera. En los términos más obvios se ha pretendido comprender el fenómeno con los términos —tomados de la ideología neoliberal— de los «perdedores y ganadores de la globalización».¹² Con ellos se alude a los segmentos sociales en caída de la sociedad de clases medias y sobre los que repercute el doble encaje del capitalismo financiero global: el desmantelamiento progresivo del Estado de bienestar, sustituido por provisiones financiarizadas (seguros médicos, fondos de pensiones, créditos al estudio, etc.) y, de otra parte, los efectos de la deslocalización y precarización del empleo en los países antes centrales. El resultado es una amalgama de posiciones sociales no del

¹² La enorme cantidad de referencias con estos términos hace del todo irrelevante indicar una bibliografía que desborda la literatura técnica o académica hasta el punto de convertirse en expresión corriente en las páginas de opinión de la prensa.

todo claras y que va desde los titulares de cualificaciones en proceso de obsolescencia a los antiguos trabajadores de las industrias en decadencia, desde los propietarios de pequeños negocios tradicionales hasta los agricultores y ganaderos que no pueden competir en el nuevo marco de la agroindustria. Este tipo de patrones sociales parece explicar, por ejemplo, buena parte del voto a Trump en EEUU o al Rassemblement National en Francia o, en otra dirección, el voto por el *leave* en el Brexit inglés.

Se cierra aquí también una paráfrasis histórica de largo recorrido, iniciada con las políticas de integración social de los excluidos tradicionales de la nación burguesa: el viejo movimiento obrero. La clave del nuevo fascismo —caso de querer ampliar el término hasta lo que hoy se presenta más bien como un nuevo populismo autoritario— está en cómo responde al retorno de la cuestión social. Y la cuestión social consiste hoy en el descolgamiento a cámara lenta de una parte creciente de la población de los países centrales.

Uno de los fenómenos que más sorprende de este proceso es el progresivo trasvase, a opciones de extrema derecha, del voto y de la sensibilidad política en las poblaciones de vieja industrialización antes encuadradas en partidos socialistas y comunistas. Este desplazamiento se puede observar desde la década de 1980 en el noreste de Francia, el norte de Inglaterra, el valle del Po en Italia, etc. Regiones en muchos casos devastadas por la pérdida de centralidad económica, la deslocalización industrial, el paro juvenil y el reforzamiento de los enclaves financieros-globales de sus respectivos países. Un análisis parecido se podría hacer del vuelco hacia el voto republicano, o más recientemente en favor del magnate Donald Trump, en el rustbelt y en el Medio Oeste estadounidenses. Tal geografía manifiesta algo más que la mera sucesión de regiones en auge y en decadencia, muestra algunas de las posibles derivas sociales y políticas de la nueva condición de excedencia social.¹³

Si la forma de integración del Estado social fue la de la constitucionalización del trabajo, con el New Deal y la Gran Sociedad de Johnson en EEUU o los Estados de

¹³ Véase a este respecto el conocido ensayo de Christophe Guilluy, *No society. El fin de la clase media occidental*, Madrid, Taurus, 2019.

bienestar en Europa, la devaluación del trabajo como fuente de valor —cada vez más marginal para la producción de valor— tiende a quebrar el pilar institucional del Estado social del trabajo. En este terreno, el nuevo autoritarismo presenta ribetes singulares, realmente nostálgicos de las viejas protecciones del trabajo. Entre los principales activos de buena parte de las nuevas derechas se reconoce la reivindicación del soberanismo y el proteccionismo nacional frente a la imparable globalización financiera, y el desquicie de las viejas formas de protección social. La expresión subjetiva propiamente fascista de estas nuevas derechas se encuentra en el resentimiento ante la caída social temida o experimentada, ante la degradación de las protecciones públicas, la emergencia de una nueva economía que se alimenta de jóvenes profesionales, al tiempo que integra a una gran cantidad de mano de obra de servicios de origen migrante. Los rencores sociales, la construcción del enemigo, se dirigen así contra las fuerzas abstractas del globalismo (personificado en figuras igualmente abstractas como «Soros») y contra su encarnación concreta en la clase media liberal cosmopolita y el inmigrante, condenado contradictoriamente por su presunta competencia en el mercado de trabajo y su aún más imaginado parasitismo.

La forma del «nuevo fascismo» es, así pues, paradójica: adquiere los perfiles de una suerte de socialdemocracia nacional y racista, que le barre el suelo a la izquierda tradicional, y que en no pocas ocasiones la arrastra. La nueva derecha autoritaria emplea y aprovecha las condiciones sociales de la crisis epocal, espolea los resentimientos provocados por la descomposición de las viejas instituciones de regulación social, dirige los resentimientos sociales en términos de enemigos internos y externos, y proclama la ilusión de una comunidad nacional homogénea y amenazada. Todos ellos son elementos de inspiración fascista, pero de una intensidad que dista de ser comparable a la de los años veinte y treinta. Los Estados hoy existentes son infinitamente más complejos, están más asentados y tienen todavía una importante capacidad de integración social y política. Los nuevos fascismos, en su nostalgia del viejo Estado nacional protector de la seguridad y el empleo, carecen de la violencia revolucionaria del tercerismo del periodo de entreguerras.

Quizás esta «tercera ola del fascismo» se podría entender mejor como una opción autoritaria frente a la propia crisis institucional de la globalización neoliberal. La crisis social, la crisis derivada de la excedencia de una parte creciente de las poblaciones de los antiguos países centrales, no tiene una solución prevista en el marco del capitalismo financiarizado. Las élites globales pueden sin duda, optar por soluciones autoritarias frente a situaciones complejas y de difícil gestión. Semifascistas, autoritarios, conservadores y nostálgicos del bienestar regulado pueden ser por tanto funcionales en algunos países y circunstancias. Pero el populismo conservador no es la mejor opción para las élites globales que recuerdan su excesiva imprevisibilidad. Es, parece, tiempo de vacío, tiempo de ensayos también monstruosos.

2. ¿Un fascismo obrero y anticapitalista?

Brais Fernández

EN 1925, un diputado comunista llamado Antonio Gramsci se encaró en el parlamento italiano con el dictador Mussolini. Eran los últimos momentos del parlamentarismo *plural* en Italia, aunque la democracia llevaba tiempo muerta. Lo curioso es que Gramsci dedicó su intervención a atacar una ley que prohibía la masonería.

Gramsci explicó que atacar a la masonería implicaba atacar indirectamente al movimiento obrero, ya semidestruido y en retirada. Gramsci, que llegó a invitar a liberales de izquierda a escribir en sus revistas, entendía que en el fondo, lo que trataba de destruir el fascismo eran los elementos de autonomía que subsistían en la sociedad civil, para restaurar el viejo orden y los antiguos equilibrios entre clases, reconciliando la comunidad nacional a través del Estado. Es decir, el fascismo era, ante todo, la restauración de la *ley de familia* en todos los ámbitos de la sociedad y la destrucción del sueño gramsciano de unir al movimiento obrero con la Ilustración.

Trataremos de reflexionar en torno a dos ideas. Primero, que el fascismo no es una ruptura con el capitalismo, por mucho que a veces se presente como un «anticapitalismo de derechas». Segundo, que a pesar de que en algunos momentos el fascismo pueda adoptar una retórica «obrerista», ha sido históricamente un movimiento liderado por las clases medias que, cuando ha llegado al poder lo ha hecho construyendo una tensa alianza con las élites conservadoras. Nuestro relato histórico se aplica, casi en exclusiva, a los ejemplos de Italia y Alemania, en donde el fascismo histórico logró sus mayores puntos de desarrollo. Por último, nos interrogaremos sobre cuáles pueden ser las bases sociales del fascismo hoy en día.

La ley de familia

La expresión *ley de familia* asume en este texto el sentido que le da el filósofo marxista Antoni Domènech en su obra *El eclipse de la fraternidad*.¹ Domènech hace un recorrido por las luchas políticas y de clase desde la revolución estadounidense hasta el triunfo del nazismo. La tesis fuerte del libro busca desmentir el mito de la *democracia burguesa*, es decir, esa vieja artimaña ideológica que asocia las libertades al capitalismo y que viene a decir que los espacios democráticos son una *conquista* de la burguesía. Domènech refuta página a página esa idea, demostrando la tesis de que los elementos republicanos y democráticos presentes en las democracias liberales son producto del empuje y de la acción organizada del movimiento obrero.

Siguiendo esa idea y recogiendo el antiguo vocabulario romano, Domènech diferencia entre *guerras civiles* (conflictos entre clases no esclavas, para detentar el poder político) y *guerras serviles*, entre esclavos y propietarios, que sería la forma extrema que adquiere la lucha entre dos clases antagónicas. El fascismo es un fenómeno político y social que aparece en tiempo de *guerras serviles*: la tarea del fascismo es imponer la *ley de familia*, es decir, imponer el dominio de la clase capitalista sobre las clases subalternas sin ningún tipo de contrapeso, destruyendo sus mediaciones y sus instituciones. Dicho en términos contemporáneos, la lucha de *los de arriba* contra *los de abajo*.

El fascismo apareció después de la Primera Guerra Mundial, en un momento de crisis extrema e irresoluble, en el que las oligarquías no eran capaces de lograr la estabilización del capitalismo ejerciendo directamente el poder político. Estas se vieron obligadas a apoyarse en sectores empobrecidos de la pequeña burguesía, demagogos y perdedores con ambiciones de todo tipo. El fascismo, pese a lo que tratan de narrar ciertos comentaristas, careció de una base social amplia y numerosa entre la clase obrera. No está de más recordar que los partidos obreros alemanes —socialdemócratas y comunistas— siempre sumaron más votos que los nazis; o que los fascistas italianos llegaron al poder gracias al dedo de la monarquía y tras

¹ Antoni Domènech, *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición comunista*, Madrid, Akal, 2019.

una marcha sobre Roma numéricamente bastante ridícula (20.000 personas). La victoria de las huestes de Mussolini se logró mediante el uso de un ejército financiado por la burguesía y que funcionaba sobre la base de escuadras móviles que recorrían pueblo a pueblo toda Italia, destruyendo cooperativas, sindicatos, bolsas de trabajo, partidos, casas del pueblo, periódicos, etc.; es decir, todos los espacios de libertad, democracia y contrapoder que la clase trabajadora había construido tenazmente durante décadas. Destruídas esas mediaciones, esas *casamatas*, esas *trincheras*, se imponía *la ley de familia*: el patrón ya no tenía ningún límite, ningún contrapeso a la hora de ejercer el poder.

Así pues, aniquilando al movimiento obrero, el fascismo acabó con las libertades (y viceversa). De ahí se deriva una cuestión fundamental: ¿es el fascismo una mera continuación de las democracias liberales?

Fascismo y economía de mercado

La disyuntiva para los antifascistas nunca ha sido elegir entre el *fascismo* y la *economía de mercado*. El fascismo fue precisamente la imposición total de la economía de mercado. Suprimidos todos los contrapesos que el movimiento obrero había construido, el fascismo otorgó un poder sin límites al capital financiero, que se tradujo en una acumulación de beneficios sin precedentes y en una reducción de salarios que llevó a la gente trabajadora a soportar tasas de explotación inéditas. Esa idea estaba presente desde sus orígenes: los propios fascistas italianos eran conscientes de que necesitaban presentarse como gente de *orden*, defensores del libre mercado, capaces de implantar con firmeza la *ley de familia*. Angelo Tasca recoge en *El nacimiento del fascismo*,² unas declaraciones de Mussolini poco antes de tomar el poder:

«Basta de Estado trabajando a expensas de todos los contribuyentes y agotando las finanzas de Italia. Le queda la policía, la educación de las nuevas generaciones, el ejército que debe garantizar la inviolabilidad de la Patria, y le queda la política exterior. Que no se diga que el Estado

² Angelo Tasca, *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Ariel, 1969.

se empequeñece recortado de esta forma. No, sigue siendo muy grande, ya que le queda todo el vasto campo del espíritu, mientras renuncia a todo el campo de la materia». A través de la imprecisión y la escasa coherencia de sus fórmulas, Mussolini distribuye a cada cual la esperanza que mejor le conviene: los capitalistas ven todos los servicios públicos devueltos a la industria privada, el tendero se siente descargado de impuestos y liberado de la tutela y de los enredos del Estado, y el pequeño burgués «idealista» se alegra de entregarles «el campo de la materia», puesto que piensa que él será alguien —ujier o ministro— en «el campo de la inteligencia».

Además de tranquilizar a sus financiadores, el fascismo tenía que combinarse con un discurso capaz de ofrecer algún tipo de anhelo *comunitario* a su base social, esas clases medias en descomposición, totalmente alteradas por la guerra y una crisis que destruyó sus viejas seguridades. Para no tocar los beneficios de los grandes empresarios y, a la vez, contentar a las clases medias compensando su miedo a la insurrección proletaria, el fascismo impulsó una rearticulación de la *comunidad* que tenía mucho que ver con la búsqueda del *Leviatán* hobbesiano. Frente a la red de formas de organización y contrapoderes que emanaban de la autoactividad del movimiento obrero, el fascismo utilizó el Estado recubierto de una cierta retórica nacionalista sobre la *unidad de destino* (que al final resultó ser la guerra), para cohesionar a las viejas clases en descomposición, mientras aniquilaba definitivamente la contrasociedad obrera y sus conquistas.

La paradoja es que lo único que podía sostener la lucha antifascista era el movimiento obrero. No obstante, sus luchas habían sido el motor fundamental del desarrollo de espacios de libertad bajo el capitalismo. Si se leen, por ejemplo, los escritos de Trotsky sobre el ascenso del nazismo en ese periodo, se advierte la desesperación ante la ceguera de los comunistas alemanes (que creían que nada cambiaría sustancialmente con la llegada de Hitler al poder) y la estupidez de los socialdemócratas, tan integrados en el sistema que creían que el nacionalsocialismo sería incapaz de revertir las conquistas históricas del movimiento obrero.³

³ Leon Trotsky, *La lucha contra el fascismo*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2004.

El fascismo fue una ruptura con la democracia liberal precisamente porque su tarea no era acabar con la *identidad obrera* (a la que apeló en algunos momentos sin muchos escrúpulos), sino con las formas de autoorganización, autonomía y libertad que las instituciones obreras irradiaban al conjunto de la sociedad. Pero el fascismo no sólo destruyó las posiciones del movimiento socialista en la sociedad. También atacó con fuerza, por poner ejemplos concretos, al entramado asociacionista del catolicismo popular en Italia (al cual llamaban, para que se hagan una idea *bolchevismo blanco*), así como a los núcleos resistentes de las iglesias protestantes en Alemania. Igualmente, el fascismo en ningún momento supuso una ruptura con el *libre mercado*; fue, por el contrario, su radicalización, mientras destruía la democracia liberal. Precisamente este doble movimiento provoca este comentario irónico de Karl Polanyi: «O bien la democracia, o bien el capitalismo, debe desaparecer. El fascismo es esa solución del estancamiento que deja intacto al capitalismo. La otra solución es el socialismo. El capitalismo desaparece y la democracia continúa». Al final, lo que merecía ser salvado del liberalismo solo podía ser salvado por la revolución social. El fascismo apareció en la historia no como una anomalía del capitalismo, sino, como dirían Adorno y Horkheimer en plena catástrofe, como la conclusión de su racionalidad.

Entre la insurrección de las clases medias y la alianza con las élites conservadoras

Sin embargo, aunque el ascenso del fascismo es un proceso asociado a la crisis del capitalismo, no es una conclusión «automática». Aparece en unas determinadas condiciones, pero se desarrolla como lucha política, entre clases y diferentes salidas. Al contrario de lo que creía el estalinismo, el fascismo no es la simple «dictadura terrorista del capital financiero», es decir, un simple gobierno directo de la «burguesía». Más bien, lo relevante del fascismo es que surge de la crisis social del capitalismo y de su forma de estabilización política por excelencia: la clase media.

A principio de la década de 1920, la crisis social de los regímenes surgidos de la Primera Guerra Mundial era

total. En esta crisis se entrecruzaban multitud de factores: la descomposición de las clases producida por la guerra, el colapso económico expresado en una espiral de desempleo e inflación, los choques políticos provocados por el seísmo de la Revolución rusa. La política en aquellos tiempos de crisis era, ante todo, una política de masas. En aquel torrente, las viejas élites pierden el propio control sobre la política: capaces de maniobrar en la cumbre del Estado, carecían de una «masa de maniobra» (por utilizar el concepto militar de Clausewitz) estable que les permitiese conquistar la suficiente «autonomía política» para recomponer los viejos equilibrios de la guerra.

Mientras el psicoanálisis hablaba de «histerización» de las masas, lo que existía de fondo era un profundo choque entre clases. La fuerte ofensiva revolucionaria del movimiento obrero (las insurrecciones de los consejos obreros en Alemania e Italia, las bandas de trabajadores armados que mantenían liberadas zonas en las que el Estado carecía de autoridad) junto con la falta de «lugar social» en el nuevo orden produjeron un profundo estado de efervescencia entre las clases medias. Según Lipset, el fascismo podría definirse como un «extremismo de centro» a través del cual artesanos, campesinos, tenderos y otros miembros de las viejas clases medias expresan su cólera y su deseo de restaurar el orden previo a la crisis capitalista, frente a la degradación de su estatus, atrapadas entre los obreros industriales organizados y los grandes empresarios.⁴

Lo interesante de esta descripción es cómo influye en la articulación política del fascismo. Tanto los camisas negras de Mussolini como los nazis se vertebran y se nutren a partir de estos sectores sociales. Sin embargo, operan tratando de armar un bloque pluriclasista, en el cual la clase media conquista la suficiente autonomía política como para recuperar su posición social perdida, al tiempo que es capaz de integrar a sectores de las otras clases bajo el paraguas de la nación. Influidos por el profundo empuje de una época en la que la revolución invadía todos los espacios de la vida social, en su primera fase adoptan una retórica nacional-obrerista. Más allá del consabido hecho de los orígenes socialistas de Mussolini, en las filas

⁴ Seymour Martin Lipset, *El hombre político*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977.

del fascismo italiano destacan elementos herederos del sindicalismo revolucionario de preguerra, entonces convertidos al belicismo por el delirio nacionalista. También es conocida la propaganda nazi entre los mineros de las cuencas de Ruhr, que en algunos momentos coincidió con el intento comunista (el discurso sobre Schlageter, de Karl Radek) de ensayar una estrategia nacionalista.

En cualquier caso, el fascismo obrero de los exsindicalistas revolucionarios o los sueños nacional-bolcheviques de Otto Strasser nunca llegaron a materializarse: la clase obrera siguió encuadrada mayoritariamente en las organizaciones socialdemócratas o comunistas. De hecho, tal y como expone Sergio Bologna en *Nazismo y clase obrera*,⁵ la clase adoptó formas de resistencia de todo tipo, en contraste con la pasividad suicida de los partidos obreros. Antoni Domenech retrata vibrantemente esa potencia desperdiciada del movimiento obrero en este párrafo:

La pregunta por tanto es: ¿como consiguió el fascismo llegar al poder y consolidarse en él? Lo determinante, sin duda, fue que ese bloque «pluriclasista» no se amplió «hacia abajo», es decir, a través de una alianza entre esas clases medias en descomposición y el movimiento obrero, sino que el fascismo llega al poder como convergencia entre esas clases medias y las viejas élites conservadoras. Ambos sectores sociales encontraron lo que buscaban en su alianza: las clases medias el acceso al Estado que necesitaban para recomponer su posición social, sobre la base de destruir las conquistas y casamatas del movimiento obrero; las viejas élites conservadoras lograron por fin dotarse de la «masa de maniobra» necesaria como para aplastar la incómoda amenaza roja y reanudar el orden social, aunque fuese a costa de apoyarse en incómodos aliados.⁶

Una vez conquistado el poder, el fascismo histórico actuó como un poder bonapartista al servicio de la radicalización capitalista y de su recuperación de las tasas de ganancia y de acumulación. Pero con una peculiaridad: estratificaba la sociedad creando nuevos parias para tratar de integrar a sectores de la clase obrera en su propuesta

⁵ Sergio Bologna, *Nazismo y clase obrera*, Madrid, Akal, 1999.

⁶ Antoni Domènech, *El eclipse de la fraternidad...*

de orden. Un poco a la manera de la penetración del thatcherismo entre las clases populares, si existió una penetración del fascismo en sectores de clase obrera fue precisamente entre los elementos que habían quedado desvinculados de las organizaciones de clase obrera. Durante la guerra de conquista se creó una nueva mano de obra sin derechos; el ascenso social de miles de obreros industriales alemanes a capataces se convirtió en la fórmula nazi para lograr el viejo sueño de integrar a la clase obrera en la comunidad nacional sin que los beneficios del capital financiero se viesan afectados.

Tendencias actuales

Es obvio que los tiempos han cambiado. Ni el viejo movimiento obrero existe ya, ni el fascismo adquiere las mismas formas. La composición política de las clases ha cambiado enormemente, también sus contornos y relaciones se han disuelto. La asociación entre «clases», entendidas como comunidad sociopolítica y «posición política» ha desaparecido como unidad orgánica. La desaparición de esta característica constitutiva de la modernidad abre nuevas vías a tener en cuenta a la hora de percibir las posibles tendencias que permitan el desarrollo de fenómenos posfascistas.

La vieja clase obrera fordista —la que se organizaba en torno a la comunidad-fábrica— fue antifascista porque logró construir, con sus luchas, su organización y su horizonte institucional, un aparato institucional que se oponía al fascismo. Hoy en día, esa clase obrera se encuentra atomizada y se ha vuelto socialmente marginal, amenazada por una globalización implacable que desplaza su composición y sus tareas a otras partes del mundo. Esa clase obrera sufre, de hecho, problemas muy similares a los que sufrió la pequeña burguesía durante la década de 1920 en Europa. Las viejas clases medias tampoco se encuentran en una situación mejor. Empujadas por la tiranía de la caída de las tasas de ganancia, las grandes empresas cada vez monopolizan más y más aspectos de la vida económica, acorralando y empujando a estos sectores sociales al empobrecimiento o a la desaparición.

Ambos sectores —viejas clases obreras y viejas clases medias— parecen los mejor (o peor) situados en el «medio» de la escena social. Amenazados «de caer más bajo» y engrosar las nuevas multitudes proletarias, presionados «por arriba» por un capital financiero cada vez más voraz, tienden a percibir las amenazas del nuevo orden global como amenazas hacia su propia existencia. Tanto en Francia como en Italia son estos sectores los que engrosan las filas del lepenismo y de la Liga de Salvini. Estas fuerzas políticas apuntan a los migrantes y a la Unión Europea, apuestan por el repliegue en el orden del Estado nación, prometen recuperar la seguridad perdida y parecen ser las fuerzas que hoy empujan a estos sectores sociales hacia posiciones políticas neoautoritarias.

Pero lo que nos interesa resaltar aquí es la *matriz* que mueve el fascismo, así como los sujetos que la mueven: la restauración de la *ley de familia*, impulsada por la descomposición de las clases medias, que quiebra los espacios de libertad de los subalternos. Eso no significa, como ya imaginarán, que estas tendencias impliquen necesariamente la liquidación automática de la democracia liberal: todavía no asistimos a ofensivas de clase lo suficientemente potentes a nivel global para que las élites financieras apuesten por una solución tan drástica. Valga el ejemplo del reaccionario gobierno de Trump —que expresa buena parte de las tendencias que hemos mencionado— en EEUU se permiten obviamente las manifestaciones *legales*, la libertad de prensa, de expresión y de organización, algo absolutamente impensable bajo un régimen fascista. Eso no significa, ni mucho menos, que se puedan descartar posibles evoluciones autoritarias.

Partiendo de esta hipótesis, podemos también anticipar algunas tendencias acerca de cómo se podría desarrollar un *proceso fascista*. Si hacemos un ejercicio de «interseccionalidad invertida» —esto es, buscamos los sectores potencialmente vulnerables y los pensamos en clave de esta gran alianza—, no es de extrañar que el neofascismo ataque duramente al sindicalismo, tanto laboral como social, que con sus luchas pone freno a la codicia ilimitada de la clase empresarial. Que ataque al feminismo, y no por motivos simplemente identitarios, sino porque este movimiento supone la emergencia de una fuerza social que cuestiona todo el sistema de acumulación capitalista,

basado en el trabajo no pagado en torno a la reproducción social. Que ataque al movimiento ecologista, allí donde frena el desarrollismo parasitario de un sistema incapaz de autolimitarse y que necesita alimentar espirales auto-destructivas para sobrevivir. Que ataque a las personas migrantes, consideradas como una fuerza sometida por su propia condición a la *ley de familia*, ya que dotarlas de los mismos derechos y salarios supondría la aparición de un contrapoder formidable que ralentizaría las tasas de ganancia capitalistas. Que ataque las ocupaciones de vivienda, que cuestionan la propiedad... Y así podríamos seguir enumerando toda una serie de prácticas antagonistas y de clase que se desarrollan bajo ese gran paraguas plagado de agujeros conocido como *democracia liberal* y que la *contrarrevolución preventiva* de la ola reaccionaria global ataca con dureza. Esto, sin duda, sería lo que un fascismo posmoderno buscaría erradicar.

3. Objetivo Europa

La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0

Steven Forti

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES de la extrema derecha es el tacticismo. No se trata tanto de la puesta en práctica de la famosa fórmula de Groucho Marx —«Estos son mis principios. Si no les gustan tengo otros»—, sino de un oportunismo que se adapta a los tiempos y al contexto político, cuyo objetivo es conseguir la hegemonía y, posiblemente, el poder. Piénsese en el caso del Frente Nacional (FN) francés. En la década de 1980, el partido liderado por Jean-Marie Le Pen defendía sin ambages políticas económicas neoliberales, mientras que, más recientemente, por lo menos desde que su hija Marine se hiciera con las riendas de la formación, el Frente Nacional (ahora Agrupación Nacional) ha virado paulatinamente hacia una posición conocida como *Welfare Chauvinism*, esto es, la defensa de políticas sociales para los nativos.¹ Algo similar cabría decir del Partido de la Libertad Austriaco (FPÖ) entre la etapa con Jörg Haider al frente y los últimos años bajo liderazgo de Heinz-Christian Strache. Por decirlo en pocas palabras, cuando la ola neoliberal lo estaba arrasando todo y se había convertido en hegemónica, el FN y el FPÖ se subieron a esa ola levantada por Reagan y la escuela de Chicago. Pero cuando el neoliberalismo perdió buena parte de su brillo, tras el estallido de la crisis económica de 2007-2008, ambos partidos viraron hacia el proteccionismo y la defensa de unas políticas sociales más o menos blandas.

¹ Para el caso del Frente Nacional, véase Guillermo Fernández-Vázquez, *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019 y Ferran Gallego, «El Frente Nacional francés. De la reagrupación de la extrema derecha a la alternativa nacional-populista (1972-2014)», *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual*, vol. 4, núm. 1 (2017), pp. 5-38.

Al tacticismo es preciso añadir la propaganda, elemento central para todo proyecto fascista en el pasado y de la extrema derecha en la actualidad.² No solo porque, *ça va sans dire*, la propaganda permite difundir determinadas ideas y eslóganes —y, en la última década, de una forma mucho más persuasiva y constante gracias a las redes sociales—, sino también porque consigue cubrir la distancia, a veces sideral, entre lo que se dice y lo que se hace. Es cierto que hasta hace no mucho la extrema derecha no había llegado a gobernar en la Europa posterior a 1945, así que en este sentido tenía pocos problemas: estando en la oposición podía decir cualquier cosa y defender cualquier tipo de medidas porque en la práctica sus propuestas no llegaban a concretarse. Los hechos no desmentían nunca su supuesta «pureza». En los últimos años, sin embargo, las cosas han cambiado debido a su entrada en el gobierno de diferentes países del Viejo Continente como Hungría, Polonia, Austria o Italia. Y aquí su martilleante propaganda juega un papel crucial.

Un ejemplo es el caso de la nueva Liga de Matteo Salvini en Italia. En la cuestión de los migrantes, el líder liguista, vicepresidente y ministro del Interior entre junio de 2018 y agosto de 2019, no paró de afirmar que su gobierno había cerrado los puertos con el objetivo de bloquear la llegada de migrantes al país transalpino. En realidad, aunque es cierto que el número de llegadas descendió notablemente y que se criminalizó a las ONG que salvan vidas en el Mediterráneo, los puertos jamás estuvieron cerrados. Salvini declaró igualmente, en reiteradas ocasiones, que su prioridad era la defensa de las empresas italianas. Sin embargo, el número de empresas que cerraron o deslocalizaron su producción a otros países no disminuyó durante la experiencia del gobierno entre la Liga y el Movimiento 5 Estrellas (M5E). La propaganda, no obstante, cubre el vacío entre las declaraciones altisonantes y la realidad, hasta el punto de que una parte nada desdeñable de italianos creyó, y sigue creyendo, que mientras estuvo en el gobierno la Liga no solo defendió la soberanía del país, sino que hizo todo lo posible para mejorar las condiciones de vida de las clases medias y trabajadoras.

² A este respecto, véase las reflexiones de Jason Stanley, *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*, Barcelona, Blackie Books, 2019, pp. 31-42.

Primer objetivo: tocar poder

Estos dos elementos, tacticismo y propaganda, nos sirven para entender cuál es la posición de la nueva extrema derecha en relación con Europa. Hasta aproximadamente 2017, de hecho, la mayoría de formaciones de la galaxia ultraderechista apostaban, de forma más o menos convenida, por la salida de sus respectivos países del euro y de la Unión Europea (UE). En la ola de la crisis de la deuda soberana, Marine Le Pen clamaba por el Frexit, mientras Salvini se presentaba en los programas de televisión con una camiseta donde se podía leer «No Euro» y declaraba —estábamos en 2013— que la moneda única era un «suicidio» y un «crimen contra la humanidad». Resulta como mínimo singular si pensamos que la Liga, más allá de las vigorizantes afirmaciones de su fundador y *padre padrone*, Umberto Bossi, votó a favor de los Tratados de Maastricht, Niza y Lisboa.

La conversión de Salvini al antieuropeísmo y al Italexit dependen en buena medida del clima general posterior a 2008 —la crisis del proyecto europeo debido, sobre todo, a la aplicación/imposición de medidas de austeridad— y del impulso que dio a esta posición la convocatoria del referéndum de 2016 sobre la permanencia del Reino Unido en la UE. Con el Brexit, el mensaje fue: «La salida de la *jaula* europea es posible». Pero las razones de este giro hay que buscarlas asimismo en el contexto político italiano y en la situación de su partido. Cuando a finales de 2013, Salvini fue elegido secretario general, la aún llamada Liga Norte, la formación fundada por Bossi que había estado en todos los gobiernos presididos por Berlusconi (1994-1995; 2001-2006; 2008-2011), estaba a punto de desaparecer (en las elecciones generales de 2013 obtuvo tan solo el 4 % de los votos), asfixiada por los escándalos de corrupción protagonizados por la vieja dirección. Dotado de un buen olfato político, Salvini entendió que para reanimar el partido la carta del antieuropeísmo podía ser eficaz. Las encuestas le daban la razón parcialmente: en un puñado de años Italia había pasado de ser el país más eurófilo a uno de los más euroescépticos. El antieuropeísmo le permitía además salir de sus fronteras electorales —el Norte de Italia— para penetrar en el centro-sur, una extensión que se realizaría

con notable éxito en los años siguientes. Así pues, en la conversión de la Liga de formación regionalista defensora de la secesión de la Padania al partido nacional y nacionalista —en su lepenización, cabría decir— el factor antieuropeísta jugó un papel clave.

Sin embargo, a partir de 2017-2018, con la excepción tanto del Foro por la Democracia que está sustituyendo al Partido de la Libertad de Geert Wilders en la ultraderecha holandesa, así como de sectores de Alternativa para Alemania, prácticamente nadie en la extrema derecha europea defiende ya esas posiciones. En pocas palabras: Frexit e Italexit han pasado a mejor vida. No es que Le Pen, Salvini y compañía hayan dejado de ser euroescépticos. Lo que ocurre es que se han dado cuenta de que el antieuropeísmo ha tocado techo —los últimos Eurobarómetros muestran una recuperación de la confianza en las instituciones europeas y, aún más, en el euro respecto de los momentos más duros de la crisis— y ya no les sirve para aumentar su audiencia en sus respectivos países. Se han percatado además de que la extrema derecha ha dejado de ser ultraminoritaria en el Viejo Continente y ahora puede permitirse sueños de gobierno: es decir, en estos momentos le conviene tratar de entrar en la sala de mando de la UE y decidir las políticas que se van a aplicar, en vez de limitarse a hacer una estéril oposición de fachada.

Por otra parte, la esperpéntica manera en que se está gestionado el Brexit en el Reino Unido ha funcionado como una suerte de aviso a navegantes: han pasado de descorchar las botellas de champagne —o de *spumante*— para brindar por la victoria del *leave* en junio de 2016, a tomar una posición mucho más pragmática y matizada al respecto. *Last but not least*, este giro ha permitido a la extrema derecha evitar que se abriesen profundas grietas entre una formación u otra —ya tienen bastantes divergencias de por sí— y conservar un mínimo consenso sobre las posiciones a adoptar a nivel comunitario. Polacos y húngaros, por poner un ejemplo, no han defendido nunca la salida de la UE: lo que les interesa es evitar que se les aplique el artículo 7, es decir, ser sancionados y dejar de recibir los fondos de cohesión. Este sería, en suma, el nuevo discurso de la extrema derecha europea: el euro y la UE no nos gustan, y lo seguiremos diciendo a nivel propagandístico, algunos más, otros menos, pero queremos jugar en la misma liga que los

demás y hacernos con el poder o, al menos, influir en las decisiones que se toman en Bruselas.

Esto explica por qué la extrema derecha decidió jugar fuerte en las elecciones europeas de mayo de 2019. Ya no se trataba solo de aprovechar unos comicios en los que la ley electoral y la alta abstención favorecen a las formaciones minoritarias a fin de obtener más financiación y visibilidad mediática en sus respectivos países. El objetivo era conseguir al menos un tercio de los eurodiputados para poder bloquear el Parlamento y hacerse con las riendas de la Comisión, sellando una alianza con los populares. En esta operación los caballos de Troya debían ser el *premier* húngaro, Viktor Orbán, cuyo partido, Fidesz, es miembro, aunque suspendido, del Partido Popular Europeo (PPE), y figuras como la de Silvio Berlusconi —Forza Italia, también miembro del PPE, gobierna en muchas regiones y ciudades con la Liga— o la del joven líder del Partido Popular Austriaco (ÖVP), Sebastian Kurz. Entre bambalinas, y gracias a declaraciones paternalistas sobre los soberanistas ultras, Orbán, Berlusconi y Kurz se proponían como candidatos a apadrinar la operación.

Como explicó Marco Zanni, hombre de confianza de Salvini en Bruselas y presidente del nuevo grupo parlamentario Identidad y Democracia (que sustituye al anterior Europa de las Naciones y las Libertades), la extrema derecha quiere «enfaticar el concepto de nación pero también el de Europa», porque su objetivo es «cambiar y no destruir» la UE. Traducido: ya no estamos en la fase de asestar el golpe de gracia al proyecto comunitario, nuestro objetivo ahora es tocar poder, gobernar la Unión, donde obviamente detendríamos en seco cualquier intento de mayor integración y trataríamos de devolver algunas competencias a los Estados nacionales. Un marco en el que muchos —no solo en la ultraderecha— podrían sentirse cómodos. Se trata de un giro, por lo menos, de 90 grados. En un par de años como mucho.

No obstante, y aunque sus resultados en las europeas fueron muy positivos —convirtiéndose en primera fuerza en cinco países: Italia, Francia, Reino Unido, Polonia y Hungría—, la extrema derecha no consiguió lo que quería. En primer lugar, sumando todos los partidos existentes en los 28 países de la UE, la galaxia ultraderechista

no obtuvo el 33 % de los votos (ni tampoco de los escaños en el Parlamento). En segundo lugar, el núcleo duro de los populares, liderados por Angela Merkel, decidió establecer un cordón sanitario para aislar a Salvini y compañía, evitando, al menos de momento, caer rendidos ante los cantos de sirena de Orbán y Berlusconi, este último en declive físico y político, habiendo perdido ya toda influencia y credibilidad, si es que en algún momento la tuvo. Esto no quita para que la extrema derecha influya en las decisiones europeas —véase el veto de los gobiernos de Italia, Polonia y Hungría al socialdemócrata Timmermans como presidente de la Comisión, que ha conllevado al nombramiento de la popular Úrsula von der Leyen—, ni que la guerra haya terminado. Más bien al contrario, se ha librado solo la primera batalla. Pero ha habido movimientos y también bajas. O, al menos, heridos.

Segundo objetivo: organizarse a nivel europeo

Más allá del discurso, el segundo pilar de la nueva estrategia de la extrema derecha respecto a la UE es organizativo: se trata de unificar los diferentes planetas y satélites de la galaxia ultraderechista formando un solo grupo parlamentario en Bruselas. Y aquí vuelve a cobrar centralidad la figura de Salvini, a quien *Time* dedicaba su portada a mediados de septiembre de 2018, definiéndolo nada menos que como «la nueva cara de Europa» y el «zar de los inmigrantes en Italia». El peso de Salvini en la heterogénea extrema derecha europea ha aumentado, aunque su reciente salida del gobierno de Roma en agosto de 2019 podría tener costes. Desde la primavera de 2018, Salvini ha pasado de figurante a protagonista. Basta con mirar cómo ha cambiado la relación entre el líder liguista y Marine Le Pen. Antes era Salvini quien buscaba la foto con la presidenta de Agrupación Nacional; ahora es la francesa quien busca y alaba al italiano. Cambio de roles: desde que tocó poder en Italia, el líder liguista ostenta el bastón de mando en la galaxia ultra del Viejo Continente.

Esto es algo que pudo observarse en la campaña electoral para las europeas de 2019. A principios de abril, Salvini organizó en Milán una conferencia de cara a presentar una nueva coalición de partidos ultraderechistas:

la Alianza Europea de Pueblos y Naciones (EAPN por su sigla en inglés). Esta Alianza venía a sustituir a la Europa de las Naciones y la Libertad (ENF), coalición que hasta entonces había reunido las formaciones incluidas en el grupo parlamentario. En Milán, junto a Salvini, intervinieron los dirigentes del Partido Popular Danés, el Partido de los Finlandeses y Alternativa para Alemania, tres formaciones hasta esa fecha vinculadas a otros grupos en el Parlamento. Un mes después, el 18 de mayo, el líder liguista organizó otro encuentro, una verdadera manifestación para pedir el voto en las europeas de la semana siguiente, a la cual asistieron varios millares de personas. Bajo el lema «Italia primero, el sentido común en Europa», Salvini clamaba desde la plaza del Duomo de la capital lombarda contra la Europa de «los burócratas, los banqueros, los buenistas y las pateras». En esa ocasión participaron también Le Pen y Wilders, aunque no se dejaron ver ni los polacos de Ley y Justicia, ni los húngaros de Fidesz. Estas ausencias fueron todo menos inesperadas.

En efecto, Salvini había visitado Polonia en enero: hubo rueda de prensa, apretones de manos, sonrisas y declaraciones altisonantes, pero Kaczyński y compañía le dieron calabazas. De momento, nada de ir en el mismo grupo en Bruselas. Los ultracatólicos polacos estaban, de hecho, estrechando lazos con Vox, con quien la sintonía es mayor, también desde el punto de vista ideológico: fue, en efecto, el eurodiputado Kosma Zlotowski quien organizó, a principios de primavera, la intervención en la Eurocámara de Javier Ortega Smith. Además, los polacos sabían que conservando su grupo en el Parlamento serían el miembro de mayor peso con sus más de veinte diputados. Con la Liga, que al final obtuvo 28, hubiesen perdido protagonismo e independencia. Tampoco en el caso de Orbán hubo sorpresa: aunque la relación entre el *premier* húngaro y Salvini es fluida —en agosto de 2018 el liguista lo recibió en Milán y en la primavera siguiente los dos políticos se dejaron fotografiar juntos al lado de una valla antimigrantes en la frontera entre Hungría y Serbia—, el líder de Fidesz sabe que le conviene permanecer en la «gran familia» de los populares europeos.

Esto se vio claramente en julio de 2019, durante la elección de von der Leyen como presidenta de la Comisión Europea. Kaczyński y Orbán votaron a favor junto a la mayoría

de populares, socialistas y liberales, así como del Movimiento 5 Estrellas. Estos votos fueron cruciales para la elección de la ex ministra de Defensa alemana. Los polacos y los húngaros entendieron que tras los comicios europeos la situación había cambiado y optaron por un inteligente pragmatismo. Algo similar pasó con el M5E, que con ese voto encontró una pista de aterrizaje frente a su aislamiento internacional. Esto le permitió también poder realizar al mes siguiente el giro de 180 grados con que se desvinculó de Salvini y selló una alianza con el Partido Democrático para dar vida a un gobierno europeísta y atlantista en Roma.

La jugada de Salvini fue, por lo tanto, muy arriesgada. En Italia, al menos en primavera, el éxito cosechado había sido, sin duda, rotundo: *il Capitano* —así lo llaman sus partidarios, recuperando, vaya usted a saber si conscientemente, el apodo de Corneliu Zelea Codreanu, líder fascista rumano de entreguerras— se presentó como el punto de referencia de la extrema derecha del Viejo Continente. Sin embargo, más allá de la retórica y la propaganda, la OPA que Salvini había intentado lanzar a los demás partidos de la galaxia ultraderechista a escala europea le salió mal. Cabría hablar, quizá, de medio fracaso. O quizá de fracaso total, si se tiene en cuenta que el líder liguista ha perdido, por un lado, su cuota de poder en Roma —abriendo una crisis de gobierno con el M5E, hoy convencido de la posibilidad de obtener mayoría absoluta en unas nuevas elecciones—, y que se ha autoencerrado, por otro, en un gueto dentro de Europa. Von der Leyen lo ha puesto en cuarentena, junto a sus socios del grupo de Identidad y Democracia (ID). Y sus supuestos «amigos» polacos y húngaros lo han abandonado a su suerte, bajándose de un barco al que nunca habían llegado a subirse del todo por las posibilidades de hundimiento. En pocas palabras, obnubilado por su arrogancia y con excesiva confianza en sí mismo, Salvini no supo entender que las cosas habían cambiado: en su batalla por tocar poder en la UE y unificar a la extrema derecha ha perdido algunos aliados potenciales.

Lo único que *il Capitano* ha conseguido es, por un lado, convertirse en la primera formación del grupo Identidad y Democracia (ID) con 28 diputados —Le Pen tiene 22— y, por otro, incluir en la ID tanto a daneses y finlandeses —antes en el grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR)—, como a los alemanes de AfD. Estas formaciones se suman a la Agrupación Nacional de Le Pen, el

Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), el Vlaams Belang flamenco, el Partido Popular Conservador de Estonia y los checos de Libertad y Democracia Directa, la mayoría de los cuales ya eran miembros del grupo Europa de las Naciones y las Libertades. Más indirectamente, Salvini le ha dado el golpe de gracia a la experiencia del grupo parlamentario Europa de la Libertad y la Democracia Directa (EFDD), formado en la pasada legislatura por el Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP), el M5E, AfD y los Demócratas Suecos. Aunque esto quizá no haya dependido tanto del líder liguista, habida cuenta de que el EFDD fue un grupo constituido más por conveniencia que por convicción. La prueba es que ni el Brexit Party de Nigel Farage, ni los Demócratas Suecos ni los *grillini* han buscado acomodo en Identidad y Democracia. El grupo presidido por Zanni —que, dicho sea de paso, fue elegido en 2014 por el M5E, para luego pasarse a la Liga— cuenta con 73 diputados sobre 751, uno menos que los Verdes, y tan solo once más que los Conservadores y Reformistas, liderados por los polacos de Ley y Justicia, y los tories británicos. En el ECR se encuentran también Vox, los Hermanos de Italia de Giorgia Meloni, el NVA flamenco, el Forum por la Democracia holandés, los Demócratas Suecos, Solución Griega y otros pequeños partidos del este del continente.³

Ciertamente, la extrema derecha está muy dividida y, más allá de un mínimo común denominador, las divergencias parecen muchas veces insuperables. Salvini y Le Pen, por ejemplo, están muy vinculados a Rusia, mientras para la mayoría de los países del Este, empezando por Polonia, Putin es el demonio. Respecto a la cuestión de la migración, la sintonía se limita a cerrar las fronteras pero no hay acuerdo alguno sobre qué hacer después. Así, cuando el gobierno italiano liderado por Salvini y Di Maio pidió a unos ejecutivos ideológicamente amigos como los de Viena —cuando aún gobernaba la coalición entre Kurz y Strache— o a los del grupo de Visegrado una ayuda para el reparto de los migrantes, la respuesta fue tajante: ni hablar. Lo mismo cabe decir en lo relativo a las políticas económicas: cuando a finales de 2018, Salvini llegó al enfrentamiento con la Comisión Europea sobre los

³ Para una visión panorámica de todas estas formaciones, país por país, véase Franco Delle Donne y Andreu Jerez (eds.), *Epidemia ultra. La ola reaccionaria que contagia a Europa*, autoeditado, 2019.

presupuestos italianos, Alternativa para Alemania y los demás partidos de la extrema derecha nórdica lo tildaron de irresponsable. Es difícil, por lo tanto, pensar en la posibilidad de una estrategia común.

Por otra parte, históricamente la extrema derecha siempre ha estado atravesada por luchas cainitas. Y esto no solo en la segunda posguerra, más allá de las redes neofascistas que operaban con la ayuda de los regímenes de Franco y Salazar, sino también durante las décadas de 1920 y 1930: excepto la alianza militar liderada por Hitler o el eje Roma-Berlín, jamás se consiguió organizar una Internacional fascista. Como decía un buen amigo mío: al final, los fachas se comen entre sí. Siempre. Así que no debe extrañar la dificultad que la galaxia ultraderechista tiene en la actualidad para unificarse en Bruselas.

Bannon y Rusia: ¿apoyos o estorbos?

Las dificultades de Salvini para conseguir sus objetivos son de por sí notables, pero aún hay más incógnitas y puntos débiles. A todo este berenjenal, se suma además Steve Bannon y su proyecto europeo, *The Movement*. Se ha hablado mucho del mismo y ha habido quien ha presentado al exconsejero de Trump como una especie de genio del mal. De momento, sin embargo, se trata de una gran incógnita. La impresión que se tiene es más bien que Bannon, un apestado, políticamente hablando, en Estados Unidos tras la ruptura con el *tycoon* norteamericano en el verano de 2017, intenta hacerse un hueco en Europa. El objetivo de su plataforma, cuya cara visible es el desconocido político belga Mischaël Modrikamen, es dar apoyo a la extrema derecha europea y favorecer su alianza. Sin embargo, muy pocos se han sumado a *The Movement*: tan solo Salvini, Hermanos de Italia y el Movimiento por el Cambio de Montenegro. Poca cosa, ciertamente. Parece pues, que el tiro le haya salido por la culata y que más que un genio del mal, *sloppy Steve* — Steve el torpe, como le tachó en un tuit Donald Trump— no sea nada más que un fanfarrón.⁴

⁴ A este respecto véase Steven Forti, «Un geni malvat o un fanfarró? Steve Bannon i la seva aventura europea», *Política & Prosa*, núm. 5, 2019, pp. 31-35.

Los demás, de hecho, le han cerrado la puerta en las narices o se han desvinculado, incluida Le Pen y Alternativa para Alemania, que le dijeron que no necesitaban a un *yankee* para conquistar Europa. Por no mencionar a los países del Este que ven a Bannon como un hombre cercano a Putin. Con Orbán hay mejor relación y parece que el exconsejero de Trump lo haya asesorado en algunas ocasiones, en cualquier caso el *premier* húngaro jamás ha pensado en sumarse a *The Movement*.

La sintonía entre Salvini y Bannon puede ser, por lo tanto, más un estorbo que una ayuda para la extrema derecha europea. Eso sí, el exdirector de *Breitbart News* tiene un *know-how* de la propaganda electoral a través de las redes sociales que le viene muy bien a algunos partidos ultra. ¿Recuerdan el escándalo de Cambridge Analytica? La utilización y la construcción de perfiles de forma ilegal (o, como mínimo, alega) a partir de datos recogidos en las redes es una especialidad de Bannon, que parece haber asesorado también a Bolsonaro en las presidenciales de 2018. No es casualidad que el presidente brasileño se sumara después a *The Movement*. Salvini buscó el contacto con el equipo de campaña de Trump ya en otoño de 2016 y su «gurú» de las redes, Luca Morisi, ha utilizado técnicas que, según distintos analistas, serían similares. Sabemos todavía muy poco sobre estos asuntos cruciales para el futuro de nuestras democracias.⁵

Además, si bien ha ido perdiendo aliados y apoyos, el exconsejero de Trump tiene aún buenos contactos, sobre todo en el mundo del integrista cristiano y en el lobby de las armas. En cualquier caso, el cardenal Raymond Burke, acérrimo enemigo del papa Francisco, se alejó de malas maneras de Bannon en la primavera de 2019. Burke no es una figura secundaria, al contrario: los sectores vinculados al cardenal norteamericano financian copiosamente los movimientos provida, *antigender* y anti LGTBI. A

⁵ Véase Steven Forti, «Alessandro Orłowski: “Con 300 o 400 euros puedes crearte en una tarde un millar de cuentas de Twitter verificadas”», *Ctxt*, 4 de julio de 2018, disponible en <https://ctxt.es/es/20180704/Politica/20499/cambridge-analytica-facebook-hackers-liga-norte-steve-bannon-steven-forti-orlowski.htm>. Sobre la estrategia comunicativa de Salvini, véase Giovanni Diamanti y Lorenzo Pregliasco (Eds.), *Fenomeno Salvini. Chi è, come comunica, perché lo votano*, Roma, Castelvecchi, 2019.

través del Instituto Dignitatis Humanae, dirigido por el británico Benjamin Harnwell, Burke participó, al menos al principio, en el proyecto de Bannon de crear una escuela populista en el monasterio de Trisulti, en las afueras de Roma. Finalmente, el Estado italiano le quitó a Harnwell la concesión del monasterio y el futuro de la escuela populista sigue siendo una de las muchas incógnitas relacionadas con el exdirector de *Breitbart News*.

Ahora bien, el hecho de que Bannon sea una figura cada vez más aislada no significa que estos sectores se alejen de la extrema derecha europea. Al contrario. Quizás lo que cambia es que ya no utilicen como «intermediario» a *sloppy Steve* y que se muevan por otros canales. De hecho, Salvini tiene excelentes relaciones con el lobby de los integristas y también con el de las armas, liderado, huelga decirlo, por la Asociación Nacional del Rifle estadounidense. Prueba de ello serían, por un lado, la celebración en Verona, feudo histórico de la Liga y del posfascismo italiano, del Congreso Mundial de las Familias, que reunió a finales de marzo de 2019 a varios centenares de integristas provenientes de todo el mundo; por otro lado, está también la aprobación por parte del gobierno Salvini-Di Maio de la ley de legítima defensa, una medida que facilita la venta de armas.

Ahora bien, si estos son, o pueden ser, sin duda alguna, puntos de fuerza para la apuesta europea de Salvini, también pueden ser puntos débiles. Una parte importante de los sectores del integrismo que, vale la pena recordar, no son solo católicos sino también ortodoxos, está vinculada directamente al Kremlin. De hecho, la relación con la nueva Liga no es solo ideológica —a favor de la familia natural, en contra del aborto y de las parejas homosexuales, etc.—, sino también política y, por lo que han apuntado algunas investigaciones periodísticas y judiciales (el llamado caso *Moscopoli*), financiera. Gracias a la intermediación de Gianluca Savoini, un posnazi y estrecho colaborador, desde mediados de la década de 1990, de Salvini, además de presidente de la asociación Lombardía-Rusia, la Liga habría buscado financiación en Moscú a través del oligarca Konstantin Malofeev, muy cercano al jefe del Kremlin y acusado de financiar con once millones de euros al Frente Nacional en 2015. Malofeev, dicho *en passant*, se encuentra en la *black list* de Washington y Bruselas.

Las relaciones entre Salvini y Rusia Unida, el partido de Putin, empezaron ya en 2014: entre aquel año y 2018, el líder liguista viajó nueve veces a Moscú. Además, Savoini se relacionó también con sectores vinculados a la guerra civil en Ucrania y con el integrista ortodoxo Alexey Komonov, uno de los organizadores del Congreso Mundial de las Familias y presidente honorario de la asociación Lombardía-Rusia, quien presenció en primera fila la elección de Salvini como secretario de la Liga en diciembre de 2013. Un papel nada desdeñable lo habrían jugado también Alexander Dugin, el teórico del eurasianismo, presidente honorario de la asociación Piamonte-Rusia, también vinculada a Savoini y a la Liga, y el Rossotrudnichestvo, el Centro Ruso de Ciencia y Cultura en Roma, que muchos consideran una estructura pantalla creada por Moscú para influir en la política italiana. Para la Liga, el dinero ruso resulta imprescindible a día de hoy que, además de las arcas vacías, tiene una deuda de casi 50 millones de euros con el Estado italiano.⁶

Todo esto podría crear un problema nada baladí para la operación de federación y unificación de la extrema derecha europea que está intentando realizar Salvini. Como se recordaba más arriba, los ultras en Polonia y los países bálticos conciben a Rusia como su principal amenaza.

Del antieuropeísmo al «eurorealismo»

La extrema derecha está recogiendo los frutos de un trabajo en absoluto improvisado y que se ha acelerado tras 2008. Ya no se trata de grupos neonazis autoguetizados, con las cabezas rapadas y saludos romanos. Estos últimos siguen existiendo, pero al mismo tiempo ha nacido y se ha consolidado una extrema derecha 2.0 que ha sabido aprovechar mucho más que la izquierda, la crisis multinivel que venimos sufriendo desde la última década. Una crisis económica, social, política y cultural que ha tenido, y sigue teniendo, rasgos distintos en cada país, pero también características comunes. Frente al miedo hacia un mundo

⁶ Véase Giovanni Tizian y Stefano Vergine, *Il libro nero della Lega*, Bari-Roma, Laterza, 2019 y también Claudio Gatti, *I demoni di Salvini. I postnazisti e la Lega*, Milán, Chiarelettere, 2019.

que está cambiando muy rápidamente, estas formaciones proponen la vuelta a una supuesta Arcadia feliz, ofreciendo seguridad y protección a los ciudadanos. Frente a la globalización, la desindustrialización, la robotización y la inmigración, hablan de soberanía nacional y de *Welfare Chauvinism*. Defienden las tradiciones nacionales, los valores patrióticos, la familia. Atacan el multiculturalismo, causa de todos los males representados por la trilogía islamismo, feminismo, eurocracia. Es cierto, como se ha explicado, que hay diferencias entre ellos: Rusia, obviamente, y las políticas económicas, pero también los derechos civiles. Los nacionalpopulismos del norte no cargan demasiado contra el aborto o la comunidad LGTBI; los del sur y del este, más católicos, sí. Por decirlo en pocas palabras, Wilders y el danés Thulesen Dahl no son Orbán o Abascal, pero de momento es más lo que los une que lo que los separa.

En la presentación del grupo Identidad y Democracia durante la campaña electoral para las elecciones europeas de 2019 se destacaron, por ejemplo, los elementos que los participantes en el acto de Milán consideraban prioritarios: la amenaza que para los pueblos europeos representan el Islam y el multiculturalismo, la defensa de una «identidad europea» y el cierre de las fronteras para bloquear la «invasión» de migrantes. Así, al entrar en la web del grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos cabe leer que sus eslóganes —muy similares a la campaña a favor del Brexit, por cierto— se articulan en torno a la defensa de un no precisado «sentido común», la oposición al «superestado» y la «burocracia» de Bruselas, a la que contraponen una UE donde los gobiernos nacionales manden. «Somos eurorrealistas y no antieuropeos», resumen los partidos que forman el ECR.

Salvini y la gran mayoría de las formaciones de Identidad y Democracia pueden comprar tranquilamente este discurso y sentirse cómodos con estas afirmaciones. ¿Será esto suficiente para que la extrema derecha europea sea capaz de unificarse en un futuro próximo? Podría serlo, efectivamente, aunque en estos tiempos, que más que líquidos son gaseosos, todo cambia a tal velocidad que resulta casi imposible hacer previsiones de lo que pueda pasar pasado mañana.

4. Migración y derechas radicales en Europa

Samuel Pulido

Queremos que los flamencos se sientan de nuevo como en casa, en su propio país. Por ello exigimos una seria restricción de la política de inmigración. Las normas existentes sobre la reunificación familiar deben ser restringidas. Los solicitantes de asilo rechazados, los inmigrantes ilegales y los extranjeros criminales deben ser repatriados efectivamente a sus países de origen. Los extranjeros que se han establecido legalmente en Flandes deben adaptarse a nuestra forma de vivir juntos, no al revés. Aquellos que no pueden o no quieren esto, deben ser animados a regresar. Flandes es nuestra.

Programa del partido Vlaams Belang para las elecciones al Parlamento Europeo (2019)

Lo que está en juego es si los líderes de la UE serán pro-inmigración o anti-inmigración. Nosotros decidiremos si Europa continuará perteneciendo a los europeos, o se entregará a las masas de gentes de diferentes culturas y diferentes civilizaciones: lo que los franceses llaman «el reemplazo poblacional». Decidiremos si queremos defender nuestra cultura europea cristiana o someternos al multiculturalismo.

Víktor Orbán¹

¹ Discurso de Víktor Orbán, del 5 de abril de 2019 en Budapest (Hungría), en la presentación del programa del partido Fidesz para las elecciones al Parlamento Europeo (2019), disponible en: <https://visegradpost.com/en/2019/04/07/viktor-orban-introduces-his-programme-for-the-eu-elections-full-speech/>

Estas citas corresponden a los mensajes programáticos de dos partidos que se sitúan a un lado y otro de la Unión Europea, y que pertenecen a dos familias políticas distintas, durante la campaña de las elecciones al Parlamento Europeo celebradas el 26 de mayo de 2019. El belga *Vlaams Belang* se ha considerado desde su origen como un partido de extrema derecha, mientras que el húngaro *Fidesz*, liderado por el primer ministro húngaro Viktor Orbán, no hace mucho fue liberal y continúa formando parte, mientras escribo, del Partido Popular Europeo, aún mayoritario en el Parlamento Europeo y entre los gobiernos que integran el Consejo de la Unión Europea. *Fidesz* gobierna con holgura tras haber obtenido un 49 % de los votos en las elecciones parlamentarias de 2018; el *Vlaams Belang* se situó como segunda fuerza política en Bélgica con un 18,5 % en las elecciones regionales flamencas y un 12 % de los votos en las federales, solo por detrás de la también derechista N-VA.

Si existe un mínimo común denominador en el espectro político de las nuevas —y no tan nuevas— derechas nacionalistas radicales en Europa,² es su hostilidad manifiesta hacia la inmigración, que constituye uno de los elementos centrales de sus respectivos proyectos políticos.³ Concretamente, el politólogo holandés Cas Mudde especifica que:

El rasgo esencial de la ideología de la derecha populista radical es el nativismo, es decir, una ideología que sostiene que los Estados deberían ser habitados exclusivamente por miembros del grupo nativo («la nación») y que los elementos no nativos (personas e ideas) constituyen una amenaza fundamental contra el Estado nación homogéneo.⁴

² No hay consenso a la hora de definir las fuerzas situadas a la derecha de los partidos de derecha liberal o conservadora. La designación como derecha radical, extrema derecha, populismo de derechas, derecha nacional-populista o neofascismo, tiene con frecuencia mucho que ver con el contexto nacional específico. En este texto empleo estos términos de manera indistinta, con cualificaciones según los casos, aunque con preferencia por el término «derecha radical» y sus variantes.

³ Aunque de momento no sea la prioridad de un partido como Vox, cuyo foco de atención se ha centrado más bien en los tradicionales enemigos internos del nacionalismo español: las izquierdas y los nacionalismos subalternos.

⁴ Cas Mudde, «The Populist Radical Right: A Pathological Normalcy», *West European Politics*, 2010, núm. 33:6, pp. 1167-1186.

Los programas políticos de las derechas nacionalistas etnocéntricas son más explícitos en el nativismo, fundamentado en consideraciones racistas a priori menos evidentes. El Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) no duda en afirmar:⁵ «Austria no es un país de inmigración. Por ello perseguimos una política familiar centrada en los nacimientos». El Partido Popular Conservador (EKRE) de Estonia denuncia⁶ que «la Unión Europea debe centrarse en promover el crecimiento natural en los Estados miembros. Con la disminución de la tasa de natalidad de los pueblos indígenas de Europa por debajo de la tasa de reemplazo, la Unión Europea ha promovido el crecimiento de la inmigración». Por su parte, Alternativa para Alemania (AfD) sostiene⁷ que «hay que contrarrestar la evolución demográfica equivocada en Alemania. La inmigración en masa, económicamente no aceptable y conflictiva, no es un medio adecuado para esto. Más bien se tiene que obtener una tasa mayor de nacimientos de la población local a través de una política familiar activa como solución a medio y largo plazo, como única solución soportable». Sin embargo, el rechazo de la inmigración y de los «elementos no nativos» que trae consigo es habitual tanto entre las derechas radicales de aquellos países europeos que desde el siglo XIX desarrollaron nacionalismos etnocéntricos (germánicos o eslavos), como en las derechas de aquellos nacionalismos con pretensiones universalistas (influenciados por el modelo francés) o, incluso, para ese nacionalismo *sui generis* que es el nacionalismo español.

Obviamente, ni los Estados más etnocráticos pueden evitar que grupos de personas diferentes de los proclamados nativos o autóctonos tengan presencia en su territorio. Semejante objetivo de exclusión solo podría lograrse, y ni siquiera de manera completa, por la vía de la limpieza étnica o del genocidio, una tentación siempre latente. La *Shoah*, con el espanto nazi del exterminio industrial, fue el mayor esfuerzo en ese sentido. Sin necesidad de remontarnos a las expulsiones de judíos y moriscos por

⁵ FPÖ, *Programa político*, conferencia nacional, 18 de junio de 2011, Graz.

⁶ EKRE, *Programa para las elecciones al Parlamento Europeo*, 2019, disponible en: <https://www.ekre.ee/ekre-programm-2019-aasta-euroopa-parlamendi-valimisteks/>

⁷ AfD, *Programa para las elecciones al Parlamento Europeo*, 2019.

la monarquía española, la purificación ideológica o étnica *manu militari* no es ajena a la historia europea reciente. Jean-François Bayart llega a decir incluso que constituye «uno de los denominadores comunes más tangibles del espacio histórico mediterráneo-medio-oriental» (y, añadimos, no solo) en «el pasaje del Imperio al Estado nación».⁸ Desde los intercambios forzados de población al término de las dos guerras mundiales a las limpiezas étnicas yugoslavas durante la última década del siglo XX, pasando por la interminable construcción del apartheid israelí, la demografía viene siendo desde el siglo XIX un terreno altamente conflictivo en el desarrollo de los Estados nación.

Pero aparte de esas soluciones extremas, o «finales», el conflicto normalmente no se traduce en la eliminación de la presencia física de la alteridad, sino que se plantea fundamentalmente en torno a los derechos asociados a la condición de ciudadanía en los territorios metropolitanos, piedra de toque del Estado contemporáneo. Quiénes tienen derecho a residir y trabajar en un territorio, quiénes tienen derecho a circular libremente, quiénes tienen derecho a acceder a la propiedad, a los servicios públicos y a la participación política. Desde este punto de vista, el nativismo es matizable y la frontera que establece, fluctuante. Así, la retórica anti-inmigrante (musulmán) del partido polaco Ley y Justicia puede combinarse con la aceptación del asentamiento en cuatro años de más de dos millones de migrantes y refugiados ucranianos (blancos y cristianos).⁹

Immanuel Wallerstein destaca de manera sintética que «la historia del siglo XIX (y de hecho también del siglo XX) fue que algunos (aquellos con privilegios y ventajas) trataron de definir la ciudadanía en términos estrechos y que otros respondieron tratando de convalidar una definición más amplia. Es en torno a esta lucha que se centró la teorización intelectual de los siglos posteriores a 1789».¹⁰ Las restricciones a las que apunta Wallerstein son tanto de clase

⁸ Jean François Bayart, *L'impasse national-libérale: Globalisation et repli identitaire*, París, La Découverte, 2017.

⁹ «Poland's two-faced immigration strategy», *Politico*, 6 de junio de 2019.

¹⁰ Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, University of California Press, 2011, pp. 144-145 [ed. cast.: *El moderno sistema mundo IV. El liberalismo centrista triunfante*, Siglo XXI, Madrid, 2016].

como de género y raciales, y vienen reformulándose desde los albores de la modernidad en los siglos XV-XVI. Las fronteras son continuamente trastocadas por el antagonismo y por las prácticas de la movilidad autónoma de los seres humanos. Lejos de la celebración liberal o «globalista» de las migraciones que denuncia la propaganda reaccionaria, lo cierto es que el embridamiento y canalización de la movilidad humana están en la base del control que el capital ha tratado de ejercer sobre los trabajadores para organizar el abastecimiento regular de trabajo dependiente con el que asegurar la acumulación.¹¹ La historia del capitalismo puede leerse también como la historia del conflicto entre esos esfuerzos de sujeción, gestión y control, y la confrontación y fuga de siervos, esclavos y obreros, especialmente los de colores subalternos. Concretamente, el racismo fue un elemento esencial en la justificación de la expansión colonial y de la inferiorización de categorías enteras de personas en los Estados liberales imperialistas de Europa, así como en los imperiales Estados Unidos de América.

Sirvan estos rápidos apuntes para una constatación. En Europa, los Estados nación que hoy reivindican las derechas radicales fueron edificados en buena medida sobre la base del racismo, la xenofobia y la guerra. La propia construcción de los mercados nacionales —especialmente los mercados laborales— y su conexión internacional tuvo mucho que ver con el imperialismo. En cambio, las luchas obreras, anticoloniales, feministas y por los derechos civiles, así como las fugas de los regímenes disciplinarios y de control, fueron las fuerzas que democratizaron parcialmente estos Estados. Serán las derrotas del fascismo, primero, y el fin del colonialismo en África, Asia-Pacífico y Caribe, poco después, las que determinaron tanto la manera en que Europa afrontará la cuestión migratoria, como el tipo de reivindicación que irán avanzando las derechas radicales. De este modo, podemos hacer referencia aquí a la evolución de tres procesos históricos.

En primer lugar, la reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial y el desarrollo de sus Estados

¹¹ Yann Moulier Boutang, *De l'esclavage au salariat. Economie historique du salariat bridé*, París, PUF, 1998 [ed. cast.: *De la esclavitud al trabajo asalariado. Economía histórica del trabajo asalariado embridado*, Madrid, Akal, 2006].

sociales y de bienestar precisaron de la migración masiva de trabajadores procedentes de la periferia europea (España, Italia, Turquía), así como de los territorios extraeuropeos que seguían colonizados o que estaban en procesos de descolonización (África, Caribe). Sin estos movimientos de población no puede entenderse la constitución en la posguerra del *welfare state* anglosajón, del *État providence* francés o de los sistemas de bienestar holandés o alemán, esto es, no hay «modelo social europeo» sin inmigración. Cientos de miles de trabajadores migrantes y sus familias se establecieron en los principales centros industriales de Europa occidental por medio de acuerdos intergubernamentales de migración laboral o por otras vías, incluyendo la irregular.

Dichos acuerdos pretendían organizar una circulación migratoria adaptada a las necesidades del capital industrial europeo, en la que los trabajadores extranjeros debían residir por un espacio de tiempo limitado. La movilidad intraeuropea se solapó con la extraeuropea, con la fábrica y los barrios industriales como espacio de socialización y de lucha, en el marco de procesos acelerados de urbanización. Esta intensa movilidad precede además al reconocimiento de la libre circulación de los trabajadores europeos en el Tratado de las Comunidades Europeas, firmado en Roma por los seis principales países industriales de la Europa continental occidental en 1957.¹²

La inmigración laboral organizada terminará con la crisis económica, el pasaje del Estado fordista al Estado neoliberal y el incremento de las desigualdades. Desde entonces, las políticas migratorias se van a caracterizar por una progresiva segregación de los recién llegados mediante regímenes fronterizos (como Schengen¹³) cada

¹² La traducción material del principio de la libre circulación de trabajadores (reconocimiento de los derechos asociados a la residencia, de diplomas educativos, no discriminación, etc.), aún tardaría décadas en implementarse, más por la vía de la jurisprudencia comunitaria (es decir, por la vía de la lucha legal de los propios trabajadores) que a iniciativa de los Estados miembros, hasta que la consecución del mercado interior en 1986-1993 aceleró el desmantelamiento de controles fronterizos entre los propios Estados de la naciente Unión Europea.

¹³ El Acuerdo de Schengen (firmado en 1985, en vigor desde 1995) es un acuerdo por el que varios países de Europa suprimieron los controles en las fronteras interiores entre esos países y trasladaron esos

vez más sofisticados y por una explosión de categorías, algunas de las cuales se verán sometidas a restricciones y filtros, participando de lo que Sandro Mezzadra y Brett Neilson denominan la multiplicación del trabajo.¹⁴ El trasfondo es, pues, la segmentación de los mercados de trabajo. Las migraciones continuaron, por supuesto, también hacia los nuevos Estados miembros de la Unión Europea, como España en los momentos álgidos de la burbuja financiero inmobiliaria. Un aspecto clave lo constituye la feminización de las migraciones, paralela a la del trabajo autóctono, fenómeno que no es nuevo¹⁵ pero que se ha intensificado en las últimas décadas. Salvo en la imaginación revisionista de algunos, las clases populares nunca dejaron de ser heterogéneas pero la emergencia de nuevos espacios sociales transnacionales reconfiguraron el sentido de lo comunitario, haciendo mucho más compleja la cuestión de las identidades.

Muchos de aquellos trabajadores invitados foráneos se establecieron en estos países, y con ellos sus hijos y nietos, que al igual que los autóctonos buscaron materializar la promesa de la clase media. Convertidos, sin embargo, en nuevas minorías, afrontaron muchas más dificultades. Si sus padres eran considerados trabajadores extranjeros, sus hijos y nietos han mantenido el estigma de inmigrantes, cuando no el de «musulmanes», aunque formalmente sean nacionales del país en que nacieron. Obviamente,

controles a las fronteras exteriores (con terceros países). Los países participantes aplican normas comunes para controlar las fronteras exteriores y también en materia de visados y de cooperación entre los servicios policiales y judiciales en el ámbito penal. Actualmente forman parte de este espacio: Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Eslovenia, España, Estonia, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Islandia, Italia, Letonia, Liechtenstein, Lituania, Luxemburgo, Malta, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Chequia, República Eslovaca, Suecia y Suiza.

¹⁴ Sandro Mezzadra y Brett Neilson, *Border as Method, or, The Multiplication of Labor*, Durham (NC) y Londres, Duke University Press, 2013 [ed. cast.: *La frontera como método*, Madrid y Buenos Aires, Traficantes de sueños y Tinta Limón, 2017].

¹⁵ Recordemos la película inaugural del cine africano poscolonial, «La Noire de...», de Ousmane Sembène (1966), que retrata la historia de una mujer senegalesa que en 1958 se traslada con sus patronos franceses de Dakar a Antibes, Francia, para acabar siendo explotada en tareas domésticas.

no todas las personas de ascendencia alógena profesan la religión musulmana, pero el Islam va a operar crecientemente como una construcción ideológica¹⁶ que preserva una frontera interna entre «los de aquí» y «los de fuera», retroalimentada además por una conflictividad transnacional enmarcada en la denominada «guerra contra el terrorismo».¹⁷ Esta modulación y correlativa invisibilización del racismo, que ha evolucionado hacia una concepción que considera «la raza como una entidad cultural “perfectible” y no como una esencia biológica fija»,¹⁸ ha sido un factor relevante en el vínculo cada vez más estrecho entre las políticas migratorias y las de seguridad. Términos aparentemente más científicos, como «etnicidad», se usan de tal manera que «lo biológico y cultural se vuelven intercambiables en la estabilidad que se adscribe a la cultura de los otros».¹⁹

Un segundo proceso tiene que ver con la protección de los refugiados. En la posguerra la comunidad internacional desarrolló la normativa sobre asilo, principalmente para proteger a los ciudadanos de origen europeo que habían buscado refugio en diversos países por motivos políticos.²⁰ Este proceso llevó a la aprobación del Convenio de Ginebra de 1951, tratado que generaba obligaciones legales para los Estados que lo ratificaron. El principio fundamental es el de *non-refoulement*, que determina que un refugiado no debe ser deportado a un país donde enfrenta serias amenazas para su vida o su libertad. Posteriormente, en el contexto de la Guerra

¹⁶ Thomas Deltombe, *L'islam imaginaire: la construction médiatique de l'islamophobie en France, 1975-2005*, París, La Découverte, 2007.

¹⁷ Un ejemplo extremo de cómo la islamofobia opera como una forma de racismo lo constituye el programa político del Partido de la Libertad (PVV) de Geert Wilders, cuya primera propuesta es la «desislamización de los Países Bajos».

¹⁸ Mohamed Amer Meziane, «Doit-on “réformer l’islam?”: brève histoire d’une injonction», *Multitudes*, núm. 59(2), 2015, pp. 53-60.

¹⁹ Gloria Wekker, *White Innocence. Paradoxes of colonialism and Race*, Londres, Duke University, pp. 22-23.

²⁰ Un vestigio de este periodo lo encarna Turquía, país cuya legislación solo permite reconocer como refugiado, en el sentido del Convenio de Ginebra de 1951, a los nacionales de países europeos, al mantener la denominada limitación geográfica. Los más de tres millones y medio de sirios presentes en territorio turco se acogen a una protección específica.

Fría y de la descolonización, las restricciones temporales y geográficas del Convenio fueron eliminadas con el Protocolo de 1967. Los países occidentales utilizaron este marco jurídico para atraer a la disidencia política del otro lado del telón de acero. Con posterioridad, el desarrollo de las legislaciones internacionales y nacionales sobre asilo, incluyendo aquel por vía jurisprudencial, permitió expandir ligeramente la protección internacional a casos no explícitamente previstos en 1951 y 1967, pero a pesar de ello la institución del asilo (incluida la protección subsidiaria o las razones humanitarias) continuaría representando una situación excepcional dentro del marco general de la movilidad humana. Dicho de otro modo, si bien los migrantes —considerados aquí en sentido amplio—²¹ podían ser muchos, en función de las necesidades del mercado laboral, de los refugiados se esperaba que fueran pocos. Una de las razones de ello es que con el reconocimiento de protección internacional el refugiado adquiere, en mayor o menor medida según los países, además del derecho a no ser deportado, el derecho a residir y trabajar legalmente, a reagrupar a sus familiares y a acceder a todo tipo de servicios públicos y sociales (empleo, educación, salud, vivienda, seguridad social); si bien no por ello dejan de operar los mecanismos sociales de racialización de los sujetos. Algún análisis muestra, por ejemplo, un trato más hospitalario en Europa occidental hacia los refugiados bosnios procedentes de los conflictos yugoslavos durante la década de 1990 en comparación con el trato recibido recientemente por los refugiados sirios,²² que estarían más alejados de los cánones de «europeidad» que los bosnios, con piel más clara y representados como musulmanes menos devotos.

²¹ La distinción entre migrantes y refugiados ha sido objeto de una amplia literatura y de una discusión que en ocasiones parecería ridícula si no fuera por las importantes consecuencias legales que tiene para las personas sujetas a uno u otro estatus. En realidad, la distinción tiene más que ver con una cuestión legal: la existencia de un convenio internacional sobre asilo y la inexistencia de tratados equivalentes, de obligado cumplimiento, sobre las migraciones y las personas migrantes.

²² Hadidza Borovic, «Being like “us”: A comparative analysis of the reception of the Bosnian and Syrian refugees in Denmark», Yeditepe University, mayo de 2016.

La conjunción de políticas migratorias restrictivas, la expansión limitada de la protección internacional a nuevas categorías y la intensificación de la movilidad humana condujeron al cóctel que cortocircuitó la gobernanza europea de migración y asilo en el decisivo año de 2015. La llamada crisis migratoria o de refugiados no fue otra cosa que la incapacidad que mostró el sistema europeo estructurado en torno a Schengen (libre circulación interior y controles reforzados en la frontera exterior de la UE), Dublín (determinación de la responsabilidad estatal en la gestión de las solicitudes de asilo) y la externalización de ciertas tareas en su vecindario inmediato (Marruecos, Libia, Turquía) para cumplir con su cometido de filtrado y diferenciación en frontera, deportaciones incluidas. Dicho sistema no pudo procesar la llegada, con cierto retraso y de manera inesperada, de la onda expansiva de las revoluciones árabes de 2011, en particular de las implosiones siria y libia.

Desde abril de 2015 una caravana de hasta un millón de personas (en su mayoría sirias pero también iraquíes, afganas, paquistaníes, etc.) atravesó irregularmente el mar Egeo desde Turquía para alcanzar las islas griegas, luego salió de la UE al atravesar los Balcanes occidentales, y volvió a entrar en zona Schengen (Hungría, Austria) en dirección a Alemania. A ellas se unieron unas trescientas mil personas de origen africano que desembarcaron en Italia vía Libia. En unos meses el régimen de frontera europeo había producido un exceso de irregularidad²³ que no podía procesar, segregar y encauzar. Todo ello magnificó las dimensiones de un fenómeno que hubiera pasado más desapercibido si las mismas personas hubieran llegado por vías legales a diversos países europeos, en diferentes momentos, como sucede con los turistas. Contrariamente al relato habitual, la canciller alemana Angela Merkel no tuvo más remedio que aceptar la acogida de cientos de miles de solicitantes de asilo ante la imposibilidad práctica de aplicar el reglamento de Dublín y retornar a dichas personas al país de la UE por donde habían llegado, Grecia. Pero la movilización colectiva, en desafío del régimen de frontera, estaba ahí. En cierto modo, se estaba produciendo «una ampliación de la Unión y de la propia construcción europea», como lo calificó Étienne Balibar.

23 «Third country nationals found to be illegally present-annual data», Eurostat.

«Esta ampliación», afirma Balibar, «es paradójica, porque no es territorial (aunque tenga implicaciones territoriales), sino demográfica: lo que «entra en Europa» en este momento no son nuevos Estados, son hombres, mujeres y niños. Son ciudadanos europeos virtuales. Esencialmente humana, esta ampliación es también moral: es una ampliación de la “definición” de Europa».²⁴

El rechazo a dicha redefinición de Europa y la percepción de pérdida de control, asociada a las imágenes de multitudes, familias incluidas, que caminaban con determinación, fueron explotados por las derechas radicales que denunciaban «la incapacidad de la UE para actuar de manera efectiva».²⁵ Partidos como el de Marine Le Pen proponen hoy la renacionalización de un sistema de gestión de fronteras que, sin embargo, continúa siendo fuertemente intergubernamental, y auguran que con ellos «las naciones volverán a ser responsables de sus fronteras. Ellas generarán las condiciones de entrada y de salida de su territorio, decidirán las condiciones de residencia, de acceso al mercado de trabajo, a las prestaciones de los sistemas sociales nacionales, a la ciudadanía».²⁶ En el caso de sistemas políticos federales o descentralizados, el reclamo del *take back control* soberano puede dar un paso más. Es el caso del N-VA:²⁷ «Flandes debe poder elegir por sí misma qué y cuántas personas acepta».

El tercer recorrido tiene que ver con la evolución de los sistemas representativos de partidos. La derrota del fascismo y del nazismo al término de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo la marginalidad, cuando no la prohibición, de las fuerzas políticas vinculadas a los fascismos de la primera mitad del siglo XX. En Europa occidental, fueron en cambio las fuerzas asociadas con la victoria sobre el fascismo (conservadores, liberales, socialistas y,

²⁴ Étienne Balibar, «Europe et réfugiés: l'élargissement», *Médiapart*, 15 de septiembre de 2015.

²⁵ Finns Party, *Programa electoral para las elecciones al Parlamento Europeo*, 2019.

²⁶ Rassemblement National, *Programa electoral para las elecciones al Parlamento Europeo de 2019*, capítulo «Una Europa que defiende, que protege, que prefiere a los europeos».

²⁷ Sección sobre inmigración del programa de N-VA para las elecciones al Parlamento Europeo, 2019.

en menor medida, comunistas) las que compusieron el tablero político en el periodo 1945-1975.²⁸ Este se caracterizó por fuertes tasas de crecimiento económico, por un capitalismo planificado por el Estado según el modelo fordista keynesiano, por la descolonización y el nacimiento de la Comunidad Económica Europea, así como por la Guerra fría, cuyo reparto de áreas de influencia no podía ocultar la hegemonía estadounidense. Por su parte, los sistemas soviético y yugoslavo de partido único impidieron la expresión política del fascismo de entreguerras. En Europa del sur, en cambio, dictaduras militares cercanas al fascismo pero ubicadas en el campo occidental anticomunista, prolongaron su existencia hasta 1974-1976.

Suele reconocerse que el tumultuoso 1968 (o, mejor, 1965-1975) representó un punto de inflexión para el sistema mundo capitalista. Después de lo que en Francia se conoce como los «treinta gloriosos», el periodo 1975-2008 del giro neoliberal vino marcado por la financiarización, tasas de crecimiento sensiblemente menores con respecto a las del periodo anterior, el declive progresivo de la hegemonía estadounidense, el desarrollo y expansión geográfica de la Unión Europea, el ascenso de Asia y la consolidación de una realidad multiétnica en las ciudades europeas. En los sistemas representativos pluripartidistas de «Occidente» fueron adquiriendo protagonismo nuevas fuerzas, tanto a la izquierda (verdes) como a la derecha del arco político. Dichas fuerzas trataron de aprovechar tres grandes tendencias que afectan a los sistemas representativos occidentales desde 1945: el declive, lento pero generalizado, de los grandes partidos de gobierno; el descenso de la participación electoral, pese a repuntes ocasionales; y el aumento de la volatilidad electoral.²⁹ La primera y la tercera tendencia no se expresaron claramente en los sistemas representativos tardíos de Europa del sur —España, Grecia, Portugal— hasta la década de 2010, cuando estallaron las burbujas

²⁸ Pierre Martin, *Crise mondiale et systèmes partisans*, París, Presses de Sciences Po, 2018. Sigo aquí la periodización un tanto esquemática que propone Pierre Martin y que es habitual en los análisis de tiempo largo de los ciclos capitalistas, con el añadido reciente de la fase pos 2008. Su propuesta tiene la virtud de incluir en dicha periodización el análisis comparado de la evolución de los sistemas representativos de partidos en tres subregiones europeas: Europa occidental y del norte; Europa oriental; y Europa del sur.

²⁹ *Ibidem*.

financieras y los gobiernos aplicaron devaluaciones salariales y fuertes ajustes presupuestarios. Asimismo, la implosión de las experiencias soviética y yugoslava en el periodo 1989-1992 trajo consigo una institucionalidad partidista precaria y la proliferación de fuerzas nacionalistas de derecha en esa parte de Europa.

En cualquier caso, las derechas radicales pos-1968 de un lado u otro de Europa ya no eran iguales a las que precipitaron la Segunda Guerra Mundial. Estas derechas trataron de salir de su ostracismo operando una reconversión discursiva a fin de ampliar su base social. Se adaptaron así a las transformaciones de esta fase protagonizada por el declive de la clase obrera industrial, la expansión hasta 2008 de las clases medias por la vía del crédito y la precarización generalizada de la mayoría de las personas asalariadas, sobre todo las del creciente sector de los servicios.

En relación con lo que aquí interesa, las derechas radicales se han acercado a ciertas facciones de los medios populares, de las clases medias endeudadas y luego depauperadas. Lo han hecho por medio de una visión amenazadora de la movilidad de determinados grupos humanos, estableciendo conexiones modulables entre migración, asilo, identidad, empleo (ahora escaso y precario) y *welfare* (reformulada la promoción de la empleabilidad). Todo ello asociado a una nostalgia indefinida que mistifica un hipotético periodo anterior, nostalgia que, según los países, puede incorporar el Imperio. Aunque en ocasiones se ha sobredimensionado el apoyo a las derechas radicales por parte de los trabajadores de menores ingresos o menor nivel educativo, sin prestar atención a los niveles de abstención entre dichos grupos o excluyendo, de entrada, el componente migrante, sí es cierto que, por lo general, dichos partidos han logrado incrementar el porcentaje de apoyo entre dichos estratos sociales, así como entre los trabajadores autónomos y los pequeños propietarios. Algunos partidos, como RN, afirman defender ciertos aspectos del Estado social frente al abuso de los inmigrantes.³⁰ Pese a ello, no lograron porcentajes elevados y estables de apoyo, ni un acceso generalizado a los gobiernos europeos hasta la crisis múltiple posterior a 2008: a la vez,

³⁰ Alexandre Afonso y Line Rennwald, «The Far Right's Leftist Mask», *Jacobin*, 17 de marzo de 2017.

crisis financiera, crisis de refugiados (o, como hemos señalado, de la gobernanza migratoria) y crisis de seguridad en el vecindario europeo.

Tal y como se ha visto, el conflicto en torno al control de la movilidad humana, con una fuerte dimensión racial y de género, precede y acompaña tanto a la formación del Estado nación europeo, como a su desarrollo posterior como Estado social y luego neoliberal. Resulta por ello difícil atribuir la explotación política de la inmigración y la adopción de políticas selectivas y discriminatorias principalmente a las derechas radicales, cuya relevancia electoral es relativamente reciente y dispar. Las derechas radicales han venido creciendo así en terreno fértil. Desde esta perspectiva, cobra sentido la afirmación de Cas Mudde de que «el populismo radical de derechas constituye una radicalización de los puntos de vista dominantes. El argumento empírico es que aspectos clave de la ideología del populismo de derecha radical son compartidos por el pensamiento dominante, tanto a nivel de las élites como de las masas, aunque con frecuencia en una forma más moderada». Para Mudde, las derechas radicales no plantean una oposición fundamental a las ideas dominantes, sino más bien la radicalización de algunas de ellas, como las que se refieren al nacionalismo, el racismo o cierta concepción del orden público. Mudde se limita a constatar este hecho sobre la base de encuestas como el Eurobarómetro o el *European Social Survey* a propósito de determinadas actitudes, pero sin preguntarse acerca de las causas profundas de la persistencia de las mismas. Por nuestra parte, y sobre la base de lo señalado, podemos reformular su aseveración de este modo: estas derechas no plantean una oposición fundamental al sistema político y económico vigente, sino que radicalizan actitudes e ideas que este consagra y que están cargadas histórica y socialmente. Partiendo de un análisis histórico, Pierre Martin lo plantea con esta fórmula de inspiración marxista: «Los medios populares que sostienen a las fuerzas de derecha que se oponen a las élites dominantes de la época suelen adherirse a valores vinculados a las élites dominantes de la época precedente».³¹ Según Martin, el antielitismo de las nuevas derechas radicales se apoya en esta dinámica para presentarse como alternativa a las élites «globalizadoras» transnacionales.

³¹ Pierre Martin, *op. cit.*

Al mismo tiempo, sigue pesando la herencia de la derrota del fascismo y la descolonización, reflejada en la universalización de los derechos humanos mediante declaraciones y tratados internacionales. Las estrategias políticas de las derechas radicales se mueven por tanto a caballo entre este marco multilateral de valores y normativo aún vigente que aspiran a desmontar³² y una colonialidad que continúa institucionalizada en las políticas de extranjería y en las prácticas de los Estados.

En los últimos años, los partidos de derecha radical, ultraderechistas o populistas de derecha, han venido refinando su discurso en esta línea, a fin de romper los viejos cordones sanitarios y ocupar el terreno perdido por los partidos de gobierno tradicionales. Si nos atenemos a sus programas electorales y a la retórica de sus líderes —quienes, al igual que sus fuerzas de choque, suelen ir más allá y empujar los límites de lo socialmente aceptable—, observamos que en no pocas ocasiones los exabruptos más xenóforos se ven acompañados del mismo lenguaje tecnocrático que podemos encontrar en textos oficiales de la Comisión Europea o de gobiernos tradicionales situados más hacia el centro. Esto es más evidente en partidos que han llegado a presentarse como opciones de gobierno con porcentajes de apoyo importantes, por encima del 20 %, como el *Rassemblement National (RN)* de Marine Le Pen o la Liga de Matteo Salvini, que denuncian el tráfico de personas y reclaman distinguir entre refugiados e inmigrantes «ilegales». Así, el RN proclama solemnemente que «los hombres no son una mercancía»³³ y que «todo el humanismo europeo se levanta y se indigna con estas declaraciones, ya banales, que hacen que el comercio de los hombres a través de sus fronteras equivalga al comercio de bienes, de servicios y de capitales». La Liga también niega la autonomía de los movimientos migratorios y, al igual que las izquierdas, considera la emigración de ciertos países —africanos, sobre todo— como forzada, sin más matices, con la correlativa necesidad

³² Véase a este respecto la campaña ultraderechista contra la adopción del Pacto Global para la Migración en la segunda mitad del año 2018, que llegó a desestabilizar a varios gobiernos europeos.

³³ *Rassemblement National, Programa electoral para las elecciones al Parlamento Europeo de 2019*, capítulo «Una Europa que defiende, que protege, que prefiere a los europeos».

de apoyar proyectos de desarrollo.³⁴ La Liga es, quizás por su experiencia de gobierno, la que ha llegado más lejos en la instrumentalización cínica de conceptos dominantes, afirmando ideas tan asentadas como la siguiente: «Nadie debe sentirse obligado a abandonar su país y sus raíces por razones económicas. Podemos ayudar realmente a las áreas del planeta más desaventajadas, apoyando proyectos en los países de origen».³⁵

El «sentido común» que comparten con liberales y partidos de izquierdas, depositario de la ambigua herencia histórica antes citada, es el de concebir la migración de las personas subalternas como un problema y, en particular, como un problema potencial para la cohesión social —o, más bien, nacional— de los países europeos de destino. De ahí también que las derechas radicales promuevan la «integración», entendida como la aplicación de auténticas políticas de asimilación cultural. Como muestran los exámenes de ciudadanía que han proliferado en los últimos años en diversos países, incluyendo España, del inmigrante se espera cada vez más una lealtad cultural³⁶ a unos supuestos valores nacionales que son producidos en el propio reclamo estatal de adhesión. Los cambios en esta dirección también fueron con frecuencia anticipados por los partidos dominantes, como sucedió en los Países Bajos.³⁷ La exhibición ocasional en puestos secundarios de representantes políticos «de color», encarnación del «buen inmigrante» despojado de sus atributos indígenas,

³⁴ Un cliché, el de que el desarrollo económico conduce a una reducción de la emigración, que no se verifica empíricamente. En realidad, sucede lo contrario: una vez en un país se alcanzan determinados niveles de renta per cápita, la emigración suele aumentar, al ampliarse los niveles de educación, las aspiraciones vitales y los recursos disponibles para acceder a regiones lejanas.

³⁵ Luego añadirán «ciertamente no podemos dar la bienvenida a todos. ¡África no está en Italia!». Programa electoral de Lega-Salvini a las elecciones generales italianas de 2018.

³⁶ Marc De Leeuw y Sonja van Wichelen, «Civilizing Migrants: Integration, Culture and Citizenship», *European Journal of Cultural Studies*, núm. 15, 2012, pp. 195-210.

³⁷ Sjoerdje van Heerden, Sarah L. de Lange, Wouter van der Brug y Meindert Fennema, «The Immigration and Integration Debate in the Netherlands: Discursive and Programmatic Reactions to the Rise of Anti-Immigration Parties», *Journal of Ethnic and Migration Studies*, núm. 40:1, 2014, pp. 119-136.

reafirmaría la imagen de algunos partidos populistas de derechas como una opción de gobierno tan democrática como las demás. Así, por ejemplo, el programa político del FPÖ austríaco sostiene que a «los inmigrantes legales y legítimos que ya están integrados, que pueden hablar la lengua alemana, que reconocen completamente nuestros valores y leyes, y que han establecido raíces culturales, se les otorga el derecho a quedarse y obtener la ciudadanía».³⁸

Las derechas radicales reciben, además, abono suplementario por parte de la élite político mediática, y hasta de las fuerzas políticas que proponen tibias alternativas progresistas. Y no solo por la aplicación de políticas de austeridad. La ansiedad demográfica relacionada con el crecimiento poblacional africano previsto para las próximas décadas, que en tiempos recientes han expresado señalados políticos liberales (Emmanuel Macron)³⁹ o socialdemócratas (Josep Borrell),⁴⁰ no va en una línea tan diferente de las tesis ultraderechistas del reemplazo.⁴¹ Ambas posiciones vuelven a colocar los cuerpos de las mujeres africanas como un campo de intervención neocolonial.

A partir del consenso oficial sobre la desigualdad en la movilidad, lo que conlleva una preocupación compartida por los controles fronterizos, la seguridad y la distinción entre migrantes expulsables y refugiados integrables, en las últimas décadas hemos asistido a una derechización del espectro político en este tema, especialmente en los últimos años. El empuje de las derechas radicales se ha visto, en efecto, acompañado de un incremento de los puntos de conexión entre las diversas modalidades de

³⁸ Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ), *Programa político*, conferencia nacional, 18 de junio de 2011, Graz.

³⁹ «Macron sur France 24- RFI: "Le sujet des migrations naît d'une crise africaine"».

⁴⁰ «En los próximos años se puede producir un desbordamiento que pondrá a prueba a la sociedad europea y provocará una crisis entre las élites cosmopolitas y los populismos antiinmigrantes que defienden la identidad cultural como algo monolítico y extienden todos los temores en términos de seguridad social y económica», Josep Borrell, «África, en marcha hacia Europa», *El Periódico*, 27 de mayo de 2018.

⁴¹ Renaud Camus, *Le Grand Remplacement*, Éditions David Reinhard, París, 2011.

populismos soberanistas, así como entre los nacionalismos de corte liberal e «iliberal». Además de *Fidesz*, en los últimos tiempos abundan los ejemplos de partidos tradicionales, desde los socialdemócratas daneses al partido popular austríaco, que han apostado, con éxito desigual, por un endurecimiento del carácter discriminatorio de sus políticas migratorias, así como por llegar a acuerdos con las derechas radicales. La discrepancia política suele centrarse en torno a la aceptación o rechazo por motivos culturales de «la diversidad». De otra parte, el hecho de que la denuncia de la xenofobia de las derechas radicales caiga con frecuencia en la victimización —que es otra forma de deshumanización—⁴² de la figura del inmigrante «ilegal», en lugar de reconocerlo como sujeto político, dificulta una narrativa que pueda ir más allá del enfoque humanitario.

Con todo, sería un error partir de las reflexiones anteriores para minusvalorar la amenaza antidemocrática que suponen las derechas radicales, aunque no vistan los uniformes del pasado. Se trata más bien de reconocer las líneas de continuidad con determinadas trayectorias históricas de la modernidad. Tampoco debemos establecer una equivalencia entre sus posiciones y las de partidos no nativistas, que por principio no rechazan la inmigración. Por lo general, estos últimos apoyan formalmente una migración «ordenada y regular»,⁴³ es decir, aquella que está sujeta a las prioridades de los Estados y del capital, lo cual deja un mayor margen de maniobra para las organizaciones que luchan por una sociedad más justa, que incluya una movilidad humana más equitativa.

En un contexto de crisis sistémica —de la que la crisis climática es solo su dimensión más apocalíptica— la consolidación de las derechas radicales, junto con el desplazamiento ideológico de otras fuerzas según diferentes brechas políticas (clivajes), forma parte de la recomposición en curso de los sistemas de representación occidentales. Esta recomposición se ve afectada, además, por los proyectos de reordenación comercial y política impulsados por las grandes potencias y, de manera señalada, por los Estados Unidos de Donald Trump, en su intento por superar

⁴² Freiheitliche Partei Österreichs (FPÖ), *Programa político*, conferencia nacional, 18 de junio de 2011, Graz.

⁴³ Pacto Mundial para la Migración Segura, Ordenada y Regular.

instituciones multilaterales tales como la Organización Mundial de Comercio. Como en el pasado, estos procesos de reordenación del mundo incorporan reajustes en el control de la movilidad de las personas que pueden producir nuevas formas de apartheid.⁴⁴

En tanto afecta a la forma de entender la democracia, la lucha política en torno a las migraciones es, en definitiva, esencial. Frente a los neofascismos emergentes, esta lucha va a seguir siendo liderada por los movimientos de defensa de los derechos de las personas migrantes y por las organizaciones sociales en las que, como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca o las Kellys, se implican activamente migrantes y ciudadanos de pleno derecho. Esta lucha se plantea además en términos muy diferentes a los de los Estados nación y sus apologetas, cuestionando radicalmente la «necrofrontera».⁴⁵

En este sentido, no es necesario caer en una idealización del nomadismo, basta con apuntar al corazón de la desigualdad y de los privilegios migratorios. Un punto de partida puede consistir en este doble reconocimiento: de la irreductible heterogeneidad de las denominadas clases populares, en cuyo nombre pretenden hablar los populismos soberanistas de derecha y de izquierda; y de que las fronteras sociales no se detienen en las fronteras nacionales, aunque se vean afectadas por estas, siendo ambas móviles y cambiantes. Y es que estas clases populares no solo incluyen a personas extranjeras o de ascendencia migrante y son realmente más híbridas que las clases medias y altas,⁴⁶ sino que a ellas van dirigidas las políticas de contención en espacios nacionales. Solo con prácticas resueltamente políticas y transnacionales que den cuenta de esta realidad social podremos conjurar la apuesta reaccionaria.

⁴⁴ La admiración que profesan antisemitas como Donald Trump o las derechas radicales europeas hacia el Estado de Israel se debe también a la manera en que dicho Estado gestiona la población palestina, desde consideraciones demográficas y etnicistas.

⁴⁵ Caminando Fronteras, «Vida en la necrofrontera», junio de 2019.

⁴⁶ Hago referencia aquí a la definición de clases basada en la clasificación sociológica convencional según categorías profesionales (European Socio-Economic Groups, ESeG) que emplean Cédric Hugrée, Etienne Pénissat y Alexis Spire en *Les classes sociales en Europe. Tableau des nouvelles inégalités sur le vieux continent*, Marseille, Agone, 2017, p. 59.

5. Instrumentalización de la defensa de los derechos de las mujeres y racialización del sexismo

Marisa Pérez Colina

UNO DE LOS RASGOS COMUNES de las fuerzas de extrema derecha en Europa occidental es hoy su teórica defensa de los derechos de las mujeres. La puesta en escena de este supuesto y novedoso interés por la igualdad entre hombres y mujeres incluye, como no podía ser de otro modo, cierta feminización de los partidos, esto es, una mayor presencia de mujeres en sus filas —aunque no de perspectivas feministas en sus programas—. Así, desde Vox en España, del que casi un tercio de su Comité Ejecutivo Nacional son mujeres, hasta Agrupación Nacional (RN) en Francia, encabezado por una mujer, Marine le Pen, el posfascismo europeo juega tramposamente la partida del género con la carta de la reina. Si hablamos de defensa teórica, supuesto interés o uso torticero de la defensa de los derechos de las mujeres es porque pensamos que solo se trata de un recurso instrumental subordinado en realidad a otros intereses. Esta es la hipótesis que vamos a tratar de demostrar en este capítulo.

¿Por qué hablamos de instrumentalización?

Nos ceñimos a las fuerzas de extrema derecha de Europa occidental para hablar de instrumentalización de la defensa de la igualdad de género no porque esta se reduzca a ellas, sino porque este es el alcance de nuestro estudio. Hablamos de instrumentalización cuando se usa falsa, pero explícitamente, una causa concreta, si bien en realidad se defienden otras bien distintas, e incluso contrarias, a la supuestamente abanderada. En este sentido, afirmamos que la extrema

derecha miente cuando presume de apoyar la igualdad entre hombres y mujeres en la medida en que su defensa de la misma es cosmética y su discurso de género, patriarcal, y por ende, contrario no solo a los derechos de las mujeres, sino también a los de las personas incluidas en el paraguas LGTBI.

Entre la defensa cosmética de la igualdad formal y la negación de la desigualdad

El denominador común del espectro de la extrema derecha en Europa occidental podría resumirse en tres ideas. En primer lugar, todas las fuerzas políticas presumen del avance en derechos de las mujeres como característica de las sociedades occidentales y muestra de su superioridad cultural. En segundo lugar, todas comparten la notable ausencia de propuestas o medidas específicas, si no para impulsar la igualdad —puesto que se supone alcanzada—, sí al menos para reforzarla, mantenerla o vigilar su evolución. En tercer lugar, dada la igualdad formal presuntamente satisfecha, cualquier política pública, institución o ley dirigida específicamente a las mujeres se considera innecesaria, cuando no directamente discriminatoria para los hombres.

Respecto de la primera idea, es lógico que las fuerzas políticas no pueden sustraerse, o no tan fácilmente, a los avances en derechos de sus poblaciones, menos aún cuando la agencia que los ha hecho posibles sigue siendo un sujeto político poderoso. Este es el caso, si no del feminismo como tal, sí al menos de las mujeres en tanto sujetos de derecho y agentes capaces de arrancar nuevas conquistas sociales. En esta aspecto, las sociedades escandinavas resultan singularmente paradigmáticas. El *Global Gender Gap Report* de 2015¹ situaba a Suecia como el cuarto país del mundo con mejor puntuación en materia de igualdad, por detrás tan solo de Islandia, Noruega y Finlandia. En la ultraderecha sueca, esta igualdad formal se interpreta como una característica del avance —por no decir de la superioridad— cultural de su sociedad respecto de otras. La idea de superioridad cultural asentada en los progresos relativos a

¹ *Global Gender Gap Report*, 2015, disponible en <https://reports.weforum.org/global-gender-gap-report-2015/>

la igualdad formal es compartida por todo el espectro de la extrema derecha de Europa occidental. Así, por ejemplo, para la líder alemana de AfD, Alice Weidel, el propio ideario de la ultraderecha se ha convertido en la ideología garante de su integridad como mujer y como lesbiana.² De igual modo, según Florian Philippot —vicepresidente de FN de 2012 a 2017—, la reconquista de la «soberanía nacional» pasaría también por «reconquistar el estatus en crisis de las mujeres».³

El apasionamiento invertido en expresar el orgullo de formar parte de Estados Women Friendly parece directamente proporcional a la pobreza de la materialización del mismo en medidas destinadas a mejorar o sostener efectivamente la igualdad de género. Eurodiputada desde 2004, Marine Le Pen solo votó a favor de tres leyes de la UE de un total de 59 sobre derechos de las mujeres. En el parlamento francés, el FN (hoy RN) votó en contra de proyectos como la Ley de igualdad profesional, esto es, contra medidas destinadas a ampliar el permiso de paternidad, a enfrentar el impago de las pensiones alimentarias o a proteger a las víctimas de violencia machista. El Partido de la Libertad de Holanda (PVV) también destaca por su falta de propuestas orientadas a paliar desigualdades basadas en el género y cuando diseña alguna medida en este sentido, es específicamente para las minorías étnicas.

Para la extrema derecha, la igualdad de género solo constituye una asignatura pendiente en el caso de las minorías étnicas. Cualquier medida destinada a las mujeres occidentales es leída, en consecuencia, no solo como inútil y despectiva respecto de las capacidades femeninas, sino también como discriminatoria con los hombres. Vox caricaturiza esta postura en grado superlativo. Para este partido, la igualdad de género no es una aspiración cuanto una realidad plenamente lograda. Por eso niega todas aquellas informaciones y estudios que argumenten en sentido contrario. Desde su perspectiva, cosas tales como la brecha salarial, el techo de cristal o la feminización de la pobreza no son más que montajes. Como también lo es la idea de la violencia física específicamente dirigida contra las

² Andreu Jerez y Franco Delle, *Factor AfD*, Libros.com, 2017, p. 48 y p. 58.

³ Comentarios hallados en la web de Front National, ahora inencontrables en su nueva web como Rassemblement National.

mujeres. Sobre estas premisas, entre sus *100 Medidas para la España Viva*,⁴ la medida 70 propone derogar la ley de violencia de género «y toda norma que discrimine a un sexo de otro», mientras la 12 apunta a la «supresión de las cuotas —por sexo o por cualquier otra causa— en las listas electorales».

Amor por la ideología de género —patriarcado— y odio hacia el feminismo

Si entendemos el patriarcado como un sistema de género binario hombres/mujeres cuyo marco estructural de relaciones de dominio se materializa tanto a nivel psíquico —relación de ambas posiciones respecto del deseo y la forma de satisfacerlo—, como socioeconómico —división sexual del trabajo—,⁵ no resulta difícil afirmar que este es el sistema de género que suscriben, con diferencias en las formas, pero desde un fondo ideológico sustancialmente similar, las distintas fuerzas políticas que estamos analizando en países tan diferentes como Alemania y España, Suecia y Grecia.

El patriarcado se asienta en la defensa de una diferencia de género esencializada y trascendente —vía naturaleza y/o religión—, que sigue ensalzando los roles tradicionales de las mujeres y subordinando su posición a la posición masculina. Hombres y mujeres somos o deberíamos ser iguales en derechos, pero la nación no espera lo mismo de nosotras. Las mujeres, determinadas por la capacidad de procrear, estarían principalmente destinadas a convertirse en madres. Tanto el orgullo/admiración de la mujer-madre como las políticas natalistas son moneda corriente en los discursos y programas de ultraderecha. Así, por ejemplo, mientras Marine Le Pen (RN) presume constantemente de ser madre⁶ y Therese Borg

⁴ Véase la medida 70 del epígrafe *Vida y familia en 100 medidas urgentes de Vox para España*.

⁵ Definición tomada de María Jesús Izquierdo, en su charla «Las mujeres como sujeto de la violencia en el patriarcado», disponible en: <https://soundcloud.com/traficantesdesue-os/las-mujeres-como-sujeto-de-la-violencia>.

⁶ Vídeo de campaña del Frente Nacional para las elecciones del 2017, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=FYWnuQc5mYA>

de los Demócratas Suecos (SD) advierte de los prejuicios sociales de ignorar las diferencias biológicas reales,⁷ Andreas Wild (AfD) llega un poco más lejos al ensañarse con las mujeres cuya baja natalidad —de resultas, a su juicio, de su alta valoración de la libertad individual y su competencia con los hombres—⁸ estaría poniendo en peligro la raza alemana. Según el partido Amanecer Dorado la mujer detenta el valor superior de reproducir la raza⁹ y, de acuerdo con España 2000, su función primordial es la de madre y educadora de sus hijos, siempre obviamente en el marco de la familia heterosexual.

«La mujer-mujer» se cosifica sin pudor como objeto de deseo sexual masculino. Volviendo a Florian Philippot «la mujer sublimada por la civilización francesa es Brigitte Bardot y no las mujeres que se visten como los hombres». «El hombre-hombre» recupera, por su parte, su versión más grotesca en Vox: las puestas en escena de Abascal —ya sea a caballo como héroe de la reconquista, ya como gladiador—, la exaltación continua en los discursos y programa de los valores heroico-bélicos —héroes nacionales, caídos por España— o su defensa del uso de las armas recuperan los valores de una masculinidad dominante, agresiva e individualista justo en el periodo de su puesta en crisis.

La esencialización de las diferencias de género se cruza en ocasiones con las ideas de raza y nación. La expresión más extrema de esta confluencia sería el concepto de ecología racial de Amanecer Dorado. Para los neofascistas griegos la identidad nacional no puede ser el fruto de un procedimiento jurídico: es griego quien nace de madre griega y solo la pureza racial asegura la continuidad con los griegos de la Grecia clásica. También Andreas Wild (AfD) se refiere al pueblo alemán como «unidad étnica en lo universal», en oposición al *jus soli*.¹⁰

⁷ Diana Mulinari y Anders Neergaard Doing Racism, «Performing Femininity: Women in the Sweden Democrats», en Michaela Köttig, Renate Bitzan y Andrea Petö (eds.), *Gender and Far Right Politics in Europe*, Palgrave Macmillan, 2017, p. 22.

⁸ Andreu Jerez y Franco Delle Donne, *op. cit.*, p. 210.

⁹ Maria Chr. Alvanou, «Nationalism and Women in Greece During 1936-1941 and Today: Indicative Historical and Sociological Notes» en Michaela Köttig, Renate Bitzan y Andrea Petö, *op. cit.*, pp. 147-149.

¹⁰ Andreu Jerez y Franco Delle Donne, *op. cit.*, p. 210.

La defensa de la ideología patriarcal encuentra lógicamente uno de sus peores enemigos en el movimiento feminista. Por eso, si bien es cierto que todas las fuerzas de extrema derecha ponen en el centro la importancia de la igualdad formal, también lo es que ninguna reconoce el sujeto político que ha luchado históricamente —y lo sigue haciendo— por ella: el movimiento feminista.

La invisibilización y desprestigio del movimiento feminista arranca con la infinidad de apelaciones insultantes y misóginas con las que la ultraderecha se refiere al mismo: ideología o locura de género, hembrismo, feminazismo, femizombismo, etc. El no reconocimiento de la capacidad de agencia de las mujeres, ni del feminismo como sujeto colectivo, conecta con el pensamiento ultraliberal de negación tanto de las relaciones estructurales de poder subyacentes, como de la sociedad en cuanto conjunto de personas interdependientes. La sociedad sería, en el mejor de los casos, una suma de individuos independientes o, en el peor, como pensaba Margaret Thatcher, una falacia.¹¹ Este individualismo militante se refleja nítidamente en Vox cuando sus representantes reprochan al feminismo su desprecio por las capacidades individuales de las mujeres y critican las políticas antidiscriminatorias por victimizarlas y obstaculizar su promoción meritocrática. El feminismo es asimismo acusado de promover el odio hacia los hombres y una guerra entre sexos, tal y como expone prolijamente Alicia Rubio (Vox) en su libro *Cuando nos prohibieron ser mujeres... y os persiguieron por ser hombres*. El programa de la formación traduce específicamente esta aversión al feminismo en su medida 70: «Supresión de organismos feministas radicales subvencionados».

TBIfobia y defensa ambigua de los derechos de gays y lesbianas

Cuando los roles naturalizados de género se componen tan armónicamente con las misiones trascendentes de la nación, todo lo que se mueva de la foto fija del binarismo de género patriarcal y de la norma heterosexual corre el riesgo de quedar desenfocado.

¹¹ Owen Jones, *Chavs. The demonization of the working class*, Londres, Verso, 2011, p. 47 [ed. cast.: *Chavs: la demonización de la clase obrera*, Madrid, Capitán Swing, 2012].

Por eso, la TBIfobia está al orden del día. Beatrix von Storch (AfD) lo expresa en estos términos: «Queremos una política que defienda los intereses de nuestro país y no queremos cambiar nuestro lenguaje porque alguien se sienta discriminado por no considerarse ni hombre ni mujer». ¹² Tampoco Vox hace concesiones en este terreno. La medida 6 de su programa prevé «la supresión en la sanidad pública de las intervenciones quirúrgicas ajenas a la salud (cambio de género, aborto...)».

Ahora bien, mientras la transfobia y el rechazo de cualquier tipo de disidencia de género son comunes a toda la ultraderecha, los derechos de gays y lesbianas dibujan un mapa mucho más contradictorio de posiciones, tanto entre los diferentes partidos como en el seno de cada uno. Un buen ejemplo de esta ambigüedad lo proporciona, de nuevo, Vox. Este partido es capaz de referirse en su programa a la «familia natural», a la vez que justifica su oposición a la Ley de violencia de género española vigente por dejar fuera, entre otros, a afectados de la violencia doméstica como gays y lesbianas. En palabras de la ya citada Alicia Rubio:

En el teléfono del 016 famoso, se han hecho todo tipo de experimentos: llamó una persona lesbiana, su pareja le estaba pegando y le dijeron que eso no era violencia de género. Igual entre dos hombres. El experimento de una señora que anda por ahí, una mujer que llama y dice que a mi hermano su mujer lo está maltratando, qué hago. Y le dicen, pues señora... O sea, ¡esto no puede ser! Eso es una discriminación absoluta. ¹³

En definitiva, la extrema derecha de Europa occidental empieza por negar la relación estructural de dominio existente —el patriarcado— y sus consecuencias materiales en las vidas de las mujeres —violencias a todos los niveles, desde la precarización existencial hasta los feminicidios—, para terminar apoyando medidas orientadas a profundizar su reproducción. Dichas propuestas políticas no son solo contrarias a los derechos de las mujeres, sino

¹² Andreu Jerez y Franco Delle Donne, *op. cit.*, p. 79.

¹³ Braulio García, «La profesora de educación física que ha escrito la biblia antifeminista de Vox», *El Confidencial*, 20 de enero de 2019.

también a las mejoras arrancadas por sus luchas en beneficio de toda la sociedad. Es cierto que ningún derecho se puede dar por conquistado para siempre, pero en estos momentos estamos asistiendo incluso a la puesta en cuestión de conquistas tan ampliamente celebradas como el divorcio.¹⁴ No parecen, por lo tanto, buenos tiempos para dormirse en los laureles.

Objetivos de la falsa defensa de los derechos de las mujeres

Tras este breve repaso dirigido a demostrar que los discursos y propuestas políticas de la extrema derecha siguen reproduciendo, en realidad, una ideología patriarcal, la pregunta que urge es la siguiente: ¿por qué la retórica ultraderechista se llena entonces la boca de igualdad y se disfraza de *Women Friendly*?

En la estela de los múltiples análisis sobre el auge de la extrema derecha desde un punto de vista de género, nuestra hipótesis apunta a una operación con fines fundamentalmente racistas, además de funcionales a la economía neoliberal.

Racialización del sexismo

Al hablar de racialización del sexismo es preciso hacer hincapié en que, como veremos a lo largo de las siguientes líneas, esta es prioritariamente islamófoba. En otras palabras, en su punto de mira se hallan todas las personas de origen no occidental, pero particularmente las procedentes de sociedades étnicamente árabes y/o culturalmente islámicas. Resulta en extremo difícil, por no decir imposible, encontrar un argumento aparentemente en defensa de los derechos de «las mujeres», ya sea en un discurso, artículo, tuit, post o programa político, que no vaya inmediatamente sucedido del prejuicio racista y esencialmente islamófobo que pretende apuntalar. Además de islamófoba, esta defensa racializada de la igualdad hereda y reproduce la sexualización del racismo procedente del

¹⁴ Irene Savio, «Polémica en Italia por una reforma ultraconservadora de la ley de divorcio», *El Confidencial*, 10 de noviembre de 2018.

pensamiento colonial, que se manifiesta en la nítida diferenciación de los estereotipos asignados a los hombres y mujeres no originariamente occidentales. Los hombres son así contruidos como agresores sexuales y las mujeres como víctimas sometidas.

Así por ejemplo, según el punto de vista de Marine le Pen, ampliamente desglosado en las intensas dosis de 280 caracteres de su cuenta de Twitter, Francia estaría viviendo un grave retroceso en la libertad y los derechos de las mujeres, principalmente a causa del Islam. Por una parte, los hombres de origen árabe y/o de cultura musulmana aparecen retratados como violadores y feminicidas en potencia. «Las mujeres» —es decir, las francesas *de souche* o francesas de pura cepa— estarían perdiendo la libertad de pasearse o de vestirse libremente en los barrios cuya población es, en su mayoría, de origen migrante. Las mujeres no occidentales —a quienes casi nunca se incluye en la categoría genérica «mujeres», sobre todo si son musulmanas y más aún si lo visibilizan abiertamente llevando velo— son consideradas personas oprimidas por los hombres de su cultura y religión. No se les reconoce ninguna capacidad de agencia: son víctimas a las que la cultura superior europea, la única capaz de haber conquistado la igualdad entre hombres y mujeres, tendría el deber de salvar de su opresión. Las únicas mujeres racializadas que escapan de esta victimización son aquellas que dan muestras, al menos performativamente, de seguir el modelo de liberación avalado por la cultura *mainstream* occidental; esto es, las conocidas en Francia como *beurettes émancipées*, cuya imagen corresponde a la utilizada en uno de los carteles de campaña del FN en el año 2007. La foto de una chica que Sara R. Farris describe así: una «joven de origen claramente afrodescendiente vestida como una francesa moderna, con el ombligo al aire y la melena suelta».¹⁵

Todos los partidos de extrema derecha de Europa occidental analizados, desde el SD a la LN, pasando por AfD, AD o el PVV, comparten con la RN de Marine le Pen esta construcción del Islam como amenaza para la diferencia y la superioridad cultural europea occidental blanca y

¹⁵Sara R. Farris, *In the name of women's rights. The rise of femonationalism*, Durham y Londres, Duke University Press, 2017, p. 34 [de próxima publicación en castellano por Traficantes de sueños].

cristiana. También los partidos españoles. Por ceñirnos solo a España 2000 y Vox, en la web de la primera cabe leer cosas como: «Si nuestra cultura europea desaparece o se diluye en otras formas de vida extrañas como la del Islam, las mujeres seremos convertidas en objetos de uso a conveniencia del hombre»; «Si no se nos respeta como mujeres y si no se respeta nuestro modo de vida basado en la libertad individual y en el bien común, nuestras hijas tendrán que pelear por no llevar burka». ¹⁶ El propio programa político de España 2000, en el epígrafe sobre inmigración, reza lo siguiente: «Está claro que culturas y modos de vida ajenos a Europa, muchos de los cuales desprecian y condenan a la mujer bajo la oscuridad de un burka, la someten a mutilaciones o que a ritmo de reguetón la tratan como un simple objeto sexual, no son aceptables ni tolerables en nuestro país». En lo que a Vox se refiere, las declaraciones, en una entrevista realizada en TVE ¹⁷ a Rocío Monasterio, miembro de la dirección del partido y actualmente diputada en la Asamblea de Madrid, no pueden ser más elocuentes del plagio casi directo de ideas ya expuestas por Marine Le Pen (RN) o Alice Weidel (AfD). De acuerdo con ese mismo retrato de los hombres de origen árabe como agresores, Monasterio declara: «Veo ahora manadas, por cierto, de magrebíes». Y en relación con la amenaza que esto supone para las mujeres —no racializadas, se entiende, a las «otras» ni se las menciona—: «En muchos barrios las mujeres no se atreven a salir a la calle». Por supuesto el programa no deja de recoger —en su medida 23— una propuesta explícitamente criminalizadora del Islam: «Cierre de mezquitas fundamentalistas. Expulsión de los imanes que propaguen el integrismo, el menosprecio a la mujer o la yihad».

Funcionalidad de la alteridad racial para la explotación neoliberal

La producción y reproducción de alteridad es una de las construcciones culturales más rentables para sistemas económicos basados en la explotación como el sistema capitalista. La alteridad es la construcción de una Otredad que

¹⁶ Acto de Europa 2000 celebrado el 9 de marzo de 2015: «Mujer y española, doble motivo para luchar».

¹⁷ Entrevista a Rocío Monasterio en *Los desayunos de TVE*, 21 de marzo de 2019.

naturaliza y esencializa determinadas diferencias — desde configuraciones genitales, capacidades fisiológicas o pigmentaciones epidérmicas, a sistemas de creencias, valores culturales o, incluso, ideologías —, para convertirlas en inmutables y justificadoras de relaciones de dominio.

La alteridad de género, esto es, el constructo histórico basado en el binomio hombres/mujeres ha permitido una relación de explotación de los primeros sobre las segundas fundamentalmente producido y reproducido por la división sexual del trabajo. Sus consecuencias materiales en la vida de las mujeres se traducen en las estadísticas que siguen demostrando la realidad de la feminización de la pobreza en el mundo contemporáneo.¹⁸

La alteridad racial, esto es, el constructo histórico que rompe artificialmente la especie humana en un binomio racial principal (blanco/negro) declinado en múltiples variables según las necesidades de la relación de dominio (cristiano/judío; cristiano/musulmán; blanco/amarillo; blanco/marrón...) es consustancial al desarrollo del capitalismo, considerando el papel desempeñado en este por la esclavitud, la explotación colonial y la división internacional del trabajo. La insistencia en el uso de una gramática de la alteridad racial por parte de la extrema derecha reproduce y amplifica el sistema racializado previamente existente. Este sigue construyendo a las personas de origen migrante como los eternos Otros, excluyéndolos de la ciudadanía —y, por lo tanto, del derecho a tener derechos—, convirtiéndolos en parias de la mistificada comunidad identitaria nacional. Esto es lo que habitualmente se denomina *racismo institucional*, lo que para Sara R. Farris se traduce actualmente en todas las políticas y leyes europeas relativas a la inmigración.

Ahora bien, la racialización del sexismo se cruza con la sexualización del racismo cuando los estigmas y estereotipos de los hombres y mujeres racializados son diferentes. ¿Cuál sería la utilidad, para el sistema económico neoliberal, de sostener el estigma de los inmigrantes no occidentales como agresores y de las inmigrantes no occidentales como víctimas de su propia cultura? Para Sara R. Farris la respuesta está clara: el estereotipo de las mujeres no

¹⁸ Marisa Kdaohan, «Principal causa de la pobreza: ser mujer», *Diario Público*, 16 de octubre de 2017.

occidentales como sumisas permite a las políticas económicas neoliberales —avaladas por las fuerzas de extrema derecha pero también por ciertos discursos feministas— disfrazar, como si fueran «ayudas» a su emancipación, lo que en la práctica son programas destinados a introducirlas en el ámbito laboral del trabajo reproductivo.¹⁹ En pocas y toscas palabras: las inmigrantes no occidentales pueden ser redimidas de su atraso cultural a condición de «emanciparse» por la vía de su entrada en el mercado laboral para cubrir aquellos empleos de cuidados que aún no están suficientemente socializados ni repartidos entre los sexos. Trabajos que continúan en el limbo de la valoración social y económica, y cuya realización por «las Otras» permite cerrar en falso la conocida como crisis de los cuidados, esto es, la imposible conciliación entre la reproducción de las condiciones de vida y un sistema económico articulado en torno a la acumulación de capital.

¹⁹ Sara R. Farris, *op. cit.*

6. Defender a la familia contra migrantes y mujeres: convergencias entre antifeminismo y soberanismo

Nuria Alabao

EN 2005 SE PRODUJERON varias manifestaciones masivas contra la propuesta de Zapatero de legalizar el matrimonio homosexual. En ese tiempo, alguien comentaba que lo contenido en esas movilizaciones no era pura negatividad, que también anidaba un deseo de reivindicar una institución social como la familia que genera cierto resguardo ante el individualismo, la mercantilización de la vida y la competitividad que promueve el capitalismo. Lo cierto es que actualmente en buena parte del planeta la «defensa de la familia» está en el centro de la agenda de los fundamentalismos cristianos y de la ultraderecha, y que a veces ambas posiciones tienen argumentos parecidos. La familia (patriarcal) se ha convertido en el objeto a proteger frente al avance de los derechos de las mujeres y de las personas LGTBIQ. En algunos lugares de Europa del este, la defensa de la familia constituye la otra cara de la moneda de la agenda xenófoba antimigrantes.

En marzo de 2019, sin ir más lejos, se celebró en Verona el encuentro anual del Congreso Mundial de la Familia (WCF por sus siglas en inglés)¹ con el apoyo explícito de Matteo Salvini, su partido la Liga Norte y otros movimientos de ultraderecha. Mientras, en la calle, se producían

¹ Este congreso se celebró en España en el año 2012. En su organización participó la Fundación Valores y Sociedad de Jaime Mayor Oreja, uno de los militantes antiabortistas más activos de nuestro país junto con HazteOír/CitizenGo, la plataforma on line de movilización fundamentalista más importante, no solo a nivel local sino con una fuerte presencia internacional; la del autobús transfobo que se pasea por ahí para combatir la educación sexual en igualdad.

protestas masivas contra este encuentro financiado por la Organización Internacional de la Familia, considerada una de las agrupaciones ultraconservadoras más poderosas del mundo y dedicada a promover la familia «natural» tradicional como pilar básico del orden social.

Fundado en 1997 en EEUU, el Congreso Mundial de la Familia es, como otras organizaciones fundamentalistas, un activo agente internacional que promueve las ideas del cristianismo conservador. Su actividad se intensificó durante la administración de Barack Obama (2009- 2017), al tiempo que se adoptaba la promoción de los derechos reproductivos y de las personas LGTBIQ como parte de la política exterior de Estados Unidos. Fue en ese momento cuando las guerras culturales de religión —relativas a la familia y el «género»— se globalizaron.² Fue también el primer gran impulso de la campaña transnacional contra la «ideología de género», feliz hallazgo del Vaticano del que hablaremos más adelante.³

Hay que señalar también que, en la difusión internacional de estas guerras de género, la participación de grupos fundamentalistas protestantes estadounidenses ha resultado fundamental. Estos grupos han financiado a organizaciones como Hazte Oír en España y similares, que no solo promueven los valores cristianos, sino que desde hace tiempo intervienen activamente en política institucional, al tiempo que apoyan directamente a determinados partidos.⁴ De otro lado, que se escogiera Italia para la celebración del WCF de 2019 implicaba un apoyo activo a Salvini y a la extrema derecha italiana. Los tres eventos anteriores se habían organizado en Georgia, Hungría y Moldavia con el

² Peter Montgomery, «Italy is This Week's Hot Spot for Right-Wing Activists Converging for World Congress of Families», *Right Wing Watch*, 27 de marzo de 2019, disponible en <http://www.rightwingwatch.org/post/italy-is-this-weeks-hot-spot-for-right-wing-activists-converging-for-world-congress-of-families/>

³ Véase también el artículo de Fernanda Rodríguez López en este mismo volumen.

⁴ Véase por ejemplo el papel de las iglesias pentecostales en el proceso de destitución de Dilma Rousseff y su compromiso posterior con la elección de Bolsonaro. Las versiones estadounidenses apoyaron a Trump en las elecciones del 2016. Hoy el vicepresidente de Estados Unidos, Mike Pence, es evangelista y está considerado como el gran aliado de los grupos ultras del país.

objetivo de impulsar la estrategia geopolítica rusa frente a la influencia europea en esos países.⁵ La agenda de la «familia natural» también ha resultado útil para el régimen de Putin, quien ha encontrado en el apoyo a los valores ultraconservadores un perfecto soporte para un relanzamiento de su popularidad y su idea de una Rusia fuerte.

En este tipo de encuentros internacionales, los activistas conservadores y la extrema derecha institucional han estrechado lazos, e intercambiado ideas, argumentarios y recursos. Cuando hablamos de la articulación política de la ultraderecha a nivel internacional, podemos decir que el campo de la guerra de género ha supuesto su forma más exitosa. A pesar de las diferencias políticas entre grupos —empezando por las de credo entre fundamentalistas cristianos católicos, evangélicos, ortodoxos o protestantes—, la «restauración del orden natural» de nuestras sociedades, lo que significa luchar contra los derechos de las mujeres y de las personas LGTBIQ, ha sido un poderoso aglutinante. Por supuesto, no todos los activistas «por los valores» comparten una propuesta política antiliberal y esta no se produce tampoco con igual intensidad en todos los países.

Sea como sea, el pánico moral desencadenado por la posibilidad de un mundo igualitario por el que lucha el feminismo —o donde el género no implique diferencias desde el punto de vista de la organización social—, se ha demostrado un potente motor de la movilización conservadora. De hecho, uno de los puntos que unifica a las distintas expresiones de la extrema derecha en su diversidad es el concepto de «ideología de género». Este concepto se ha revelado altamente útil por su capacidad de adaptación a los diferentes credos cristianos, en los que estas opciones políticas encuentran bien apoyos ocasionales —por convergencia de intereses coyunturales—, bien apoyo político directo, financiero o simbólico —como en el caso de Europa del este y las Iglesias católica y ortodoxa, Bolsonaro y los evangélicos, o Trump y los protestantes y evangélicos—. Mediante esta alianza los distintos credos han encontrado una vía para empujar leyes que encajan con su visión moral, pero también de acrecentar su influencia y poder social, por ejemplo, cuando tratan de controlar la sexualidad o la capacidad reproductiva de las mujeres.

⁵ Peter Montgomery, *op. cit.*

Conviene señalar, no obstante, que estas convergencias entre iglesias cristianas y derechas o extremas derechas no necesariamente están predeterminadas. Recordemos por ejemplo la teología de la liberación que hizo avanzar a las fuerzas más progresistas en el subcontinente americano durante las últimas décadas del siglo pasado. Como explica Pablo Semán, la identidad religiosa no tiene por que generar automáticamente una identidad política concreta. En el caso de los evangélicos neopentecostales —las iglesias evangélicas más importantes en Latinoamérica y que han tenido un gran peso en la elección de Bolsonaro—, más allá de su propensión hacia los valores conservadores, su derechización se debe a una particular configuración institucional, pero también a que la «agenda de género» les ha servido como vía de reforzamiento y de impulso. En lugares donde las movilizaciones contra la «ideología de género» adquirieron centralidad, estos grupos pasaron de ser pragmáticos —dando un apoyo político oscilante a uno u otro partido según intereses coyunturales— a orientarse sistemáticamente hacia la derecha.⁶ También es cierto que la ideología de las iglesias pentecostales más poderosas es neoliberal y que el desplazamiento de la cuestión de clase hacia temas «morales» es perfectamente funcional a la visión del mundo imbricada en el tipo de proselitismo que promueven: la de la llamada «teología de la prosperidad». Por su parte, la Iglesia católica parecía apuntar a su renovación con el nombramiento del papa «progre» Francisco. Sin embargo, en las cuestiones que tienen que ver con derechos de las mujeres/LGTBI y pese a algunos tímidos desplazamientos, su apostolado ha continuado en las posiciones inmovilistas características de los anteriores papados.

En la práctica, la alianza entre fundamentalismos cristianos y ultraderecha supone una cruzada contra el feminismo, los movimientos de las disidencias sexuales y sus conquistas presentes, pero también implica un intento de frenar futuros logros —como demuestra su fuerte despliegue en Latinoamérica frente a la demanda de legalización del aborto—. Esta reacción se ha lanzado, en efecto, contra las grandes movilizaciones feministas de los últimos años.

⁶ Pablo Semán, «¿Quiénes son? ¿Por qué crecen? ¿En qué creen? Pentecostalismo y política en América Latina», *Nueva Sociedad*, 2019, disponible en <http://nuso.org/articulo/quienes-son-por-que-crecen-en-que-creen/>

El movimiento feminista se ha convertido, de hecho, en la punta de lanza de la oposición a los regímenes nacionalistas y/o autoritarios en lugares como Hungría, Polonia o Brasil. En esos lugares, movilizarse por los derechos de las mujeres/LGTBIQ es movilizarse por la democracia. Estar en el punto de mira de las extremas derechas permite percibir al movimiento feminista como uno de los principales espacios de articulación política, lo que potencia al propio movimiento feminista, al tiempo que redobla los ataques en su contra.

«Peor que el comunismo y el nazismo juntos»

Con la contundente frase de este epígrafe, el obispo polaco Tadeusz Pieronek definió la «ideología de género». Este concepto surgió en el ambiente vaticano hacia el año 2000,⁷ precisamente como reacción al impulso que se estaba dando a los derechos reproductivos de las mujeres a nivel internacional.⁸ La Iglesia católica desarrolló esta noción a fin de combatir las propuestas de las teóricas y activistas feministas que a partir de la década de 1970 contribuyeron a atacar el orden sexual. Su crítica radical de las normas sociales —a la naturalización, el esencialismo y a la propia división sexual del trabajo— fueron consideradas como una amenaza moral de primer grado.⁹ La construcción de la «ideología de género» se proponía así como defensa del «orden natural de las cosas», contra la afirmación de que las normas sexuales son construidas y naturalizadas socialmente. Para el Vaticano, las diferencias culturales entre hombres y mujeres no eran tanto aprendidas

⁷ Aunque se le da un definitivo impulso con su inclusión en el *Lexicón de Términos Ambiguos y Discutibles en Relación a la Vida, la Familia y las Cuestiones Éticas*, editado por el Pontificio Consejo para la Familia, y también especialmente a partir del papado de Benedicto XVI (Ratzinger) que se inicia en 2005.

⁸ Tanto los derechos reproductivos como el empoderamiento de las mujeres y la igualdad de género fueron temas centrales en la Conferencia Internacional de Naciones Unidas sobre Población y Desarrollo que tuvo lugar en El Cairo en 1994 y en la Cuarta Conferencia Mundial sobre las Mujeres en Beijing al año siguiente.

⁹ S. Garbagnoli, «Against the Heresy of Immanence: Vatican's 'Gender' as a New Rhetorical Device Against the Denaturalization of the Sexual Order», *Religion and Gender*, núm. 6(2), 2016, pp. 187-204, disponible en <https://doi.org/10.18352/rg.10156>

como parte del orden divino.¹⁰ La reacción del Vaticano quería desmontar estos presupuestos en un intento de mantener el orden sexual y conservarse como instancia de regulación moral —mantener su capacidad de dictar comportamientos sociales y controlar la reproducción—.

Esta no era una mera discusión teórica. La «ideología de género» se ha convertido en un «significante vacío» —tal y como lo denomina Sara Garbagnoli¹¹— de enorme potencia a la hora de articular la oposición política a muy diversas cuestiones, ya sea el aborto, el derecho a no ser perseguidos por razón de orientación sexual o identidad de género, la diversidad de familias, la educación sexual, la prevención del VIH, el trabajo sexual e incluso los estudios de género en las universidades o las leyes contra la violencia de género. En este sentido, ha devenido todo un hallazgo. Su marco puede adaptarse a contenidos y contextos muy diferentes. Además, como explica Agnieszka Graff,¹² el Vaticano ha sido capaz de reenmarcar el debate porque «la existencia de un frente “antigénero” hace creer que existe un frente “progénero”», lo que permite estrechar lazos entre actores diversos para llevar adelante esta guerra cultural¹³ contra un

¹⁰ También trato esta cuestión en el artículo «Por qué el fascismo es antifeminista» contenido en la obra colectiva Adoración Guamán, Sebastián Martín y Alfons Aragoneses (eds.), *Neofascismo: La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, 2019.

¹¹ S. Garbagnoli, *op. cit.*, p. 201.

¹² A. Graff, «“Ideología de género”: conceptos débiles, política poderosa» en S. Bracke y D. Paternotte, *¡Habemus género! La Iglesia católica e ideología de género*, G&PAL, 2018, p. 84.

¹³ Utilizo este concepto, tal y como lo propone Thomas Frank, en *¿Qué pasa con Kansas?* (Madrid, Acuarela, 2008), quien interpreta la emergencia de las guerras culturales en el marco del fin del trabajo clásico —fordista, industrial, seguro, capaz de dotar de identidad y estabilidad a los trabajadores—. Este proceso estuvo acompañado de la derrota de los sindicatos y de la lucha de clases como eje central de la política. Los partidos socialdemócratas, el ala izquierda del sistema parlamentario pareció renunciar a estas batallas. Estos partidos socialdemócratas perdieron un bloque de clase al que responder, asumieron que la batalla política tenía que jugarse no entre izquierda y derecha en un sentido clásico —socialismo *vs.* capitalismo—, sino sobre la confrontación de los valores modernos y tradicionalistas. Sin embargo, hay que matizar que aquí no se utiliza este concepto para negar las consecuencias materiales de las luchas feministas/LGTBIQ y del avance de derechos. Al igual que son materiales la violencia, los

enemigo que, aunque operando como fantasmagoría, se presume poderoso.

No en todas partes la extrema derecha puede jugar en un campo dibujado en esas coordenadas. En la mayor parte de los países de Europa Occidental, como Suecia por ejemplo, la ultraderecha tiene que hacer un uso totalmente diferente de estas cuestiones. En estos países, la igualdad de género ha sido integrada mayoritariamente en la identidad nacional. Así, para la ultraderecha local, el hecho de que Suecia sea considerado uno de los países más igualitarios del mundo es funcional a su afirmación de superioridad. También en Francia o Alemania las relaciones de la extrema derecha con los movimientos antigénero son más complejas.¹⁴ Mientras que en España, cuya legislación en muchas de estas cuestiones es de las más avanzadas del mundo, Vox, con su herencia nacionalcatólica, se parecería en principio más a Bolsonaro o a la extrema derecha de Europa del este. No es casual, sin embargo, que Vox haya empezado también a matizar su discurso.

En España, las campañas antigénero aparecieron con fuerza sobre todo a partir de los años 2000, antes de la emergencia de lo que ahora llamamos nuevas extremas derechas. Así se podrían nombrar, por ejemplo, las movilizaciones contra el matrimonio homosexual en 2005, en el marco de las guerras culturales neocon contra el gobierno de Zapatero —y que en Francia se dieron en el 2013 cuando se aprobó una ley equivalente—. Hoy estas campañas están en auge en varios lugares del globo: es el caso, por ejemplo, de la virulenta batalla que se está dando contra el aborto en Argentina y otros países latinoamericanos. También han tenido un papel destacado en la elección de presidentes como Jair Bolsonaro; a través del apoyo de los evangélicos neopentecostales y del propio discurso

ataques físicos y simbólicos que sufren las personas en buena parte del mundo por su identidad u orientación sexual o las consecuencias de la subordinación de las mujeres que las ideologías de extrema derecha alimentan. Precisamente, estas derechas han encontrado un filón en un tipo de política que dibuja la coordenadas simbólicas. Esto les permiten soslayar completamente la lucha de clases o desviar su significado hacia el soberanismo.

¹⁴ Para profundizar más en esta cuestión véase mi artículo «Sobre fascismo y feminismo: la renovación de la ultraderecha europea» en el libro colectivo *Un feminismo del 99%*, Madrid, Lengua de Trapo, 2018.

beligerante del presidente en temas como la educación sexual, los derechos de las personas trans, el propio aborto, etc. En Europa del este, la ultraderecha ha apoyado ostensiblemente a estas movilizaciones ultra: en Rumanía se intentó reformar la Constitución para evitar la aprobación de leyes que permitiesen el matrimonio homosexual; en Hungría se han llegado a prohibir los estudios de género en varias universidades, así como las ONG con agendas progresistas: mientras en Polonia, el líder del actual partido en el gobierno, Jaroslaw Kaczynski (PiS) ha dicho que el movimiento LGTBIQ constituye «una amenaza» para la nación polaca «y su existencia a largo plazo». Por su parte, Putin trata de ganar apoyos con argumentos parecidos advirtiendo que homosexuales y feministas amenazan los valores tradicionales locales y la identidad nacional rusa.¹⁵

Las guerras del género y el soberanismo

Los movimientos de ultraderecha han encontrado, por lo tanto, una nueva manera de reforzar sus propuestas nacionalistas y movilizar el descontento social vinculando la lucha contra «la ideología de género» con la identidad nacional o el soberanismo. El lobby fundamentalista —o un segmento de él— también está asumiendo parte de ese marco.

En este terreno, podemos reconocer dos grandes líneas argumentales. Por un lado, el marco que trata de relacionar el feminismo y las luchas LGTBIQ con los intereses de las élites globales y el neoliberalismo que se dice combatir. Por otro, la necesidad de promocionar la vuelta de las mujeres a los roles tradicionales de madres y cuidadoras a fin de evitar la caída de las tasas de natalidad y la «sustitución» de las poblaciones occidentales por inmigrantes.

En el primer caso, la novedad en relación con las guerras del género anteriores es que aquí se trata de relacionar los discursos feministas y proderechos LGTBIQ con las élites liberales —o incluso al capital global— a las que hacen responsables de los malestares sociales provocados

¹⁵ A. Graff y E. Korolczuk «Towards An Illiberal Future: Anti-Genderism and Anti-Globalization», *Global dialogue*, Polonia, Suecia, núm. 7(1), 2017, disponible en <http://globaldialogue.isa-sociology.org/towards-an-illiberal-future-anti-genderism-and-anti-globalization/>

por la desigualdad, la pobreza o el miedo de la clase media a su descenso social. Como explican Agnieszka Graff y Elżbieta Korolczuk,¹⁶ la preocupación por la familia, las tradiciones o la sexualidad se vinculan a las condiciones de vida y se consiguen oponer discursivamente a los valores y derechos liberales. En lugares como Polonia, Hungría o Rusia, la ultraderecha acusa a quienes promueven los derechos de las mujeres o LGTBI de servir a intereses foráneos o de traicionar a sus propias tradiciones, que se convierten así en metonimia de la nación.

También aquí la Iglesia católica ha conseguido generar un marco propicio. En enero de 2016, el Papa Francisco advirtió a los fieles contra la «ideología de género» como una suerte de imposición por parte de los países occidentales ricos, una forma de «colonización ideológica». En una inusitada convergencia con los discursos de la ultraderecha, según el pontífice, la ayuda extranjera está condicionada a la imposición de leyes más favorables a los homosexuales o a la educación igualitaria que la Iglesia católica combate. Frente a esta imposición, el papa Francisco proponía «una globalización “poliédrica” para que “cada pueblo conserve su identidad”». ¹⁷ Paradójicamente este marco conservador, que se apropia de los discursos anticoloniales, opera en países de África con un pasado colonial brutal, pero también en lugares como Polonia que sufrieron sucesivas ocupaciones. En este último país, la defensa de los derechos de las mujeres también se desprecia desde la ultraderecha como una imposición extranjera, como una «traición» a la patria polaca. ¹⁸

Cuando se habla de élites en el poder, estas tendencias soberanistas hacen una particular amalgama que incluye a organizaciones internacionales como las Naciones Unidas y la Unión Europea, organismos que dicen velar por el respeto a los Derechos Humanos y que se oponen a la agenda ultraconservadora; pero también corporaciones globales como Amazon, Google y Microsoft; ricos empresarios

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ El papa pone la teoría del género como ejemplo de «colonización ideológica», *Efe*, 19 de enero de 2015, disponible en https://www.eldiario.es/sociedad/teoria-genero-ejemplo-colonizacion-ideologica_0_347516152.html

¹⁸ «An interview with Agnieszka Graff», *Przekrój*, núm.10/3220, 8 de marzo de 2007, disponible en <https://polishpress.wordpress.com/2007/03/13/women-sacrificed-on-the-altar/>

como Bill Gates o Georges Soros; y organizaciones no gubernamentales como la Asociación Internacional de Lesbianas y Gays.¹⁹ Con el propósito de recuperar soberanía en cuestión de tradición o costumbres sexuales, se reivindica también la capacidad de decisión de los países contra los instrumentos del derecho internacional que se consideran «abusivos» e incluso se insta a desobedecer sus tratados. «No existe en ningún instrumento internacional el derecho a la autonomía de la mujer ni el derecho a disponer de su cuerpo. No son normas jurídicas ni derechos reconocidos», dijo por ejemplo, el político colombiano Rafael Nieto Loaiza, en otro encuentro de la internacional antigénero, el Foro Trasatlántico III, que tuvo lugar en Colombia en el 2019.

Los discursos contra la «ideología de género» pueden presentarse así como antielitistas, como defensores de la gente común que únicamente quiere sacar adelante a sus familias, de las personas normales oprimidas por una clase dirigente responsable de su falta de expectativas vitales o de su situación económica. Como explican Graff y Korolczuk,²⁰ se considera que los «defensores del género» están bien financiados y bien conectados con las élites globales. La gente común es vista como los que pagan el precio de la globalización, mientras que el feminismo se asocia con el individualismo y la explotación «cultural y económica». Esto permite a partidos y políticos —algunos incluso en el gobierno— conservar un cierto aire «antisistema», como defensores del pueblo y de la gente humilde frente a los peligrosos colectivos feministas/LGTBIQ —financiados por oscuros intereses globalizadores—. De nuevo de forma paradójica, esto ocurre en lugares como Polonia o Latinoamérica, donde el feminismo nunca ha sido políticamente influyente y donde desde luego no ha sido nunca una ideología de la élite política. El discurso antigénero se ha convertido así en un nuevo lenguaje conservador de resistencia a la globalización neoliberal.

Sin duda, esta retórica no es utilizada por toda la extrema derecha, aun cuando esté bastante consolidada en los países de Europa del este y circule ampliamente en discursos ultra que se difunden por todo el planeta. Ya se ha visto el caso de la mayor parte de los países de Europa occidental. De otra parte, este discurso opera también

¹⁹ Graff y Korolczuk, *op. cit.*

²⁰ Graff y Korolczuk, *op. cit.*

con traducciones locales particulares. Se podrían recordar aquí las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2017. El feminismo de Hillary Clinton y las «políticas de identidad» o de minorías —abanderadas sobre todo por los demócratas financiados por los «progres» de Silicon Valley y Hollywood— fueron acusados de perjudicar a los trabajadores varones blancos de las áreas industriales, esto es, al trabajo verdaderamente «productivo». Al mismo tiempo, se construyó la imagen de un Donald Trump como líder «políticamente incorrecto» que, aunque misógino, o precisamente por ello, es capaz de encarnar «al hombre común» y de representar las verdades de los humildes frente al lobby progresista. En este caso, comprobamos como una acumulación de frustraciones con causas muy complejas acabó condensada en metáforas culturales empleadas como herramientas de poder.

Migraciones y tasas de nacimiento «nacionales»

Respecto de los argumentos que relacionan las guerras de género con la oposición a la inmigración, valga de nuevo el ejemplo del WFC italiano, en el que la «crisis demográfica» europea constituyó uno de sus temas centrales. Los ponentes vincularon esta crisis tanto a políticas dirigidas a promover un aumento de la tasa de natalidad (de las mujeres europeas), como a la lucha contra el aborto —al que se hace responsable de contribuir a esta caída de la natalidad—. Pero también se acusó al feminismo de que las mujeres ya no quieran asumir su papel de reproductoras. En estos términos habló el Primer Ministro húngaro, Viktor Orbán, en el congreso de 2017 que tuvo lugar en Budapest cuando dijo: «En la lucha por el futuro de Europa, es imperativo detener la migración ilegal» y «esta lucha [...] solo vale la pena si podemos combinarla con una política familiar que restaure la reproducción natural en el continente».²¹

²¹ Esta vinculación entre agendas familiaristas y antinmigración también ha tenido su espacio en Europa occidental, justamente en Italia, donde es utilizada por la ultraderecha local. «Defenderemos a la familia natural fundada en la unión entre un hombre y una mujer. Para ello ejerceré todo el poder», dijo Salvini a los medios italianos en agosto pasado. Mientras que Alternativa para Alemania se presentó a las elecciones en 2017 con un programa en el que se recoge su «compromiso con la familia tradicional», se opone a la «incorporación de la perspectiva

Esta vinculación entre las tasas de nacimiento y las migraciones en la extrema derecha mundial se descubre de forma ejemplar en el discurso alucinado de la Teoría del Reemplazo. Esta teoría señala que los pueblos europeos — así como el estadounidense — se están extinguiendo debido a su progresiva sustitución por inmigrantes con culturas diferentes — e «inferiores a la occidental» —. El discurso tiene su origen en Francia, paradójicamente en el entorno «más respetable» o aparentemente menos radical del filósofo francés Renaud Camus. En su obra, se explica que Francia está siendo víctima de la sustitución de la población «nativa» por los franceses descendientes de la inmigración llegada de las antiguas colonias. El objetivo del discurso, como se puede adivinar, son los franceses musulmanes. Según explica Enzo Traverso, hoy en Europa la islamofobia estructura los nuevos nacionalismos europeos, tal y como lo hizo el antisemitismo en la primera mitad del siglo XX.²²

Pese a su tono conspiranoico, estas ideas están calando más de lo que podríamos esperar — sobre todo en jóvenes muy radicalizados y a veces con componentes contraculturales —, con consecuencias violentas en ya demasiadas ocasiones. La teoría del reemplazo ha sido la causa esgrimida por los jóvenes autores de los atentados de Nueva Zelanda y del ataque supremacista de El Paso donde murieron decenas de personas. Estos jóvenes, muchas veces vinculados a grupos neonazis o similares, se han alimentado de una amalgama de discursos antifeministas y misóginos que niegan la igualdad, y cuya preocupación por la disminución de las tasas de natalidad lleva a opiniones del tipo «las mujeres prefieren trabajar antes que criar», que se difunden a través de foros online como 4Chan u otros.²³

de género» y se compromete a contrarrestar a una población cada vez más reducida con «familias numerosas en lugar de inmigración masiva». En España, Vox también dice tener propuestas de políticas familiaristas destinadas al aumento de la natalidad de las españolas.

²² Enzo Traverso, «Espectros del fascismo: pensar las derechas en el siglo XXI», *Sin Permiso*, 10 de septiembre de 2016, disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/espectros-del-fascismo-pensar-las-derechas-radicales-en-el-siglo-xxi>

²³ N. Bowles, «"Replacement Theory", a Racist, Sexist Doctrine, Spreads in Far-Right Circles», *New York Times*, 18 de marzo de 2019, disponible en <https://www.nytimes.com/2019/03/18/technology/replacement-theory.html?ref=nyt-es&mcid=nyt-es&subid=article>

Mujeres, migrantes y explotación laboral

El ataque conjunto a mujeres y migrantes puede parecer fruto de teorías conspiranoicas y de jóvenes radicalizados, pero tiene un trasfondo sistémico. Con esta doble ofensiva —a mujeres y migrantes— se pone en el punto de mira a dos de las fuentes de trabajo barato de nuestro sistema económico. De una parte, los migrantes y/o personas racializadas son discriminados en el mercado laboral; muchas veces carecen de ciudadanía plena —no se les reconocen todos los derechos precisamente para controlar su movilidad y mantenerlos atados a sus condiciones de explotación—, de modo que sus salarios están entre los más bajos y sus condiciones son las más penosas. El caso más extremo, que roza la esclavitud, es la trata laboral o con fines de explotación sexual, cuyas víctimas son fundamentalmente migrantes. De otra parte, las mujeres —que ya realizan en los hogares buena parte del trabajo de reproducción de forma gratuita—, también, y precisamente por esta causa, ocupan los puestos de trabajo más precarios y tienen las tasas más altas de pobreza. Si se trata de migrantes y mujeres al mismo tiempo, probablemente, estarán condenadas a los sectores donde se dan las formas más fuertes de explotación: trabajo doméstico, agricultura o prostitución. Este ataque, por tanto, no solo se ceba en los que están más abajo, sino que tiene como objetivo último condenarlos a estas posiciones de subordinación en la sociedad, sujetarlos a ese régimen de sometimiento.

El marco donde se inscribe esta doble ofensiva es pues el de la crisis económica y de sus consecuencias políticas, especialmente la incapacidad de las democracias liberales de poner límite a la voracidad del capital y a su renovada ofensiva contra los derechos sociales conquistados en el ciclo de luchas obreras del pasado siglo. Asistimos pues a una crisis de gobernabilidad que escala planetaria: el neoliberalismo aplicado a la construcción de un mundo sin trabas para el dinero no ha sido capaz de generar instituciones de regulación fiables y cada vez es menos capaz de integrar a la mayoría de la población. La gobernanza liberal, que tendía a incluir derechos y diferencias, tampoco es capaz de controlar y desviar ya los malestares sociales.²⁴ La

²⁴ Véase mi artículo firmado junto con Emmanuel Rodríguez «Soberanistas de todos los países, uníos», *Ctxt*, 10 de Julio de 2019, disponible en: <https://ctxt.es/es/20190710/Firmas/27185/soberanismo-globalismo-georges-soros-migrantes-emmanuel-rodriguez-nuria-alabao.htm>

consecuencia directa de todo ello es una inestabilidad social que, hundiendo sus raíces en cuestiones económicas, tiene su correlato en malestares identitarios. Malestares que también están relacionados con la indeterminación que acompaña a los cambios sociales en las formas de vida. Estas transformaciones de las relaciones entre los géneros o la forma de vivir la sexualidad han sido consecuencia de otras luchas, la de los movimientos que tuvieron su semilla en la revuelta del 68: feminismo, luchas LGTBI, etc. En este cóctel hecho de malestar económico y cultural que afecta a una parte creciente de la población del planeta, determinados lobbies, intelectuales y políticos ultras han encontrado, en el reforzamiento de la familia tradicional heterosexual y en la fijación de los roles de género, asideros identitarios, así como poderosos motores para sus proyectos políticos. Desestabilizar los roles de género puede tener consecuencias más inquietantes de lo que puede parecer a simple vista. Para muchos supone un ataque a la propia identidad, a las coordenadas que organizan su mundo y las relaciones sociales.²⁵ Como hemos visto, el pánico moral se ha demostrado un potente movilizador social.

La extrema derecha es un campo complejo difícil de unificar. Hay opciones ultraneoliberales — como la de Vox en España o la de Bolsonaro en Brasil —, para las que las guerras culturales del género más bien desvían el malestar de los problemas materiales concretos hacia cuestiones con gran poder de condensación simbólica. En algunos países de Europa occidental, el discurso soberanista de un Salvini en Italia o de Agrupación Nacional en Francia se encuentra con todos los límites para la acción política que imponen, no solo su pertenencia a la UE y el espacio económico europeo, sino su inserción plena en el capitalismo global. Por ahora, no pasan de declaraciones de intenciones. Su soberanismo se manifiesta más como ataques a las migraciones y alegatos grandilocuentes que como medidas económicas efectivas de defensa de las mayorías. Pero ya se trate de opciones neoliberales o soberanistas, parece que todos ellos han encontrado en el marco de las guerras culturales del género una manera de representarse en el espacio político y de definir una lucha que consigue aglutinar las obsesiones del conservadurismo cultural.

²⁵ Christine Delphy, *L'ennemi principal* (2). *Penser le genre*, París, Syllepse, 2001, p. 31.

Aunque se adornen con un discurso «antisistema», estas propuestas dirigidas a imponer gobiernos de carácter fuertemente autoritario y antidemocrático pueden ser absolutamente funcionales al capitalismo global, por ejemplo, a la hora de reforzar la estratificación del mercado de trabajo, quebrando los derechos de inmigrantes y mujeres. En este sentido, las movilizaciones de migrantes y mujeres van a ser cada vez más importantes en un sentido estratégico —como lo han sido históricamente—. La razón, como explican Sandro Mezzadra y Mario Neuman, está en la «relevancia de la movilidad y del trabajo reproductivo para la composición de clase en el marco del capitalismo contemporáneo».²⁶

Por eso resulta curioso que cierta izquierda coincida con la ultraderecha soberanista en que las políticas llamadas «de identidad» —en referencia a la lucha feminista y LGTBI— son funcionales a los intereses de las élites neoliberales. Es cierto que esta crítica contiene algo de verdad: la colaboración de décadas de gobiernos y partidos de izquierda que compaginaban políticas progresistas en el ámbito cultural con políticas de expolio financiero, tendentes a dismantelar los viejos sistemas de bienestar. Pero falla a la hora de señalar a sus responsables: arremete por igual contra partidos, intelectuales, empresarios y movimientos sociales. Durante décadas, estos movimientos han sido la única oposición real a esas políticas neoliberales, se han confrontado con gobiernos tanto de izquierdas como de derechas, con el objetivo de ampliar aunque fuera mínimamente el campo de lo posible.²⁷

Hoy, el feminismo está en primera línea de batalla contra la ultraderecha en todo el mundo, muchas veces como catalizador de la oposición a los regímenes autoritarios que se pretenden imponer o al retroceso de derechos que implican. En muchos de estos países, además, el feminismo tiene un fuerte componente anticapitalista. El feminismo —aunque en disputa— también apuesta por un proyecto político que busca cambiar el mundo y su orden político patriarcal.

²⁶ S. Mezzadra y M. Neumann, *Clase y diversidad. Sin trampas*, Katakak, Iruña, 2019, p. 132.

²⁷ Véase el desarrollo de esta argumentación en el artículo que firmo junto con Emmanuel Rodríguez: *Soberanistas... op. cit.*

7. «Ideología de género» y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos. El caso de EEUU

María Fernanda Rodríguez López

LA ASÍ LLAMADA IDEOLOGÍA DE GÉNERO se ha convertido en uno de los ejes aglutinadores de las nuevas derechas desde Estados Unidos a Brasil, pasando por España. Tal cosa es difícilmente comprensible sin entender a qué estrategia política de clase responde y tampoco sin abordar sus continuidades con un pasado que sigue vivo.

Este texto defiende que el debate en torno a la centralidad del género tiene un enfoque inadecuado. No se trata de una reacción masculinista al crecimiento y el éxito social del feminismo. Tampoco del rechazo a un feminismo hembrista y misándrico que persigue criminalizar a los varones mediante instrumentos legales perversos, carentes de toda garantía jurídica. La variedad de contextos nacionales en que dicha línea política se aplica no permite, en primer lugar, pensar que en todos ellos las leyes de violencia de género sean un detonante; bien pueden no existir en muchos casos. En segundo lugar, ningún resentimiento cuya expresión hasta ahora haya permanecido prácticamente larvada en el ámbito privado, puede ocupar repentinamente la centralidad del espacio político sin obedecer a otros factores explicativos.

Antes de nada, es preciso aclarar el concepto de ideología de género y su historia, ahondar en sus causas. El término «ideología de género» es una designación despectiva de origen vaticano. Estaba dirigida al conjunto de análisis y políticas que, desde mediados del siglo XX, han sostenido que la categoría «sexo», lejos de estar fundada en una mera diferencia biológica, está construida socialmente. Dicha categoría tiene el sentido de convertir hechos físicos

en elementos política y socialmente relevantes dentro de unas determinadas relaciones de poder. Tales redes de poder producen un régimen de verdad, que distribuye los estatutos de cada quien, la superioridad y la inferioridad, la normalidad y la anormalidad, con respecto de lo que podríamos llamar la verdad del sexo. A esta constitución social y normativa de lo verdadero en materia de sexo es a lo que se denomina «género».

Sólo desde el punto de vista de que la naturaleza determina y legitima funciones sociales normativas, puede dicho análisis ser tildado de ideológico. Esta caracterización peyorativa es fruto de la reacción familiarista de la Iglesia a la contracepción como derecho a la salud reproductiva y a la adopción del concepto de «género» como categoría analítica y política. Ambos extremos acordados en la Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo de 1994 y en la Conferencia de Pekín sobre la Mujer de 1995, las cuales fueron organizadas por Naciones Unidas. En el primero de estos encuentros se abandonó la cuestión del control demográfico en favor de la reivindicación de los derechos reproductivos. En el segundo apareció, por primera vez en una conferencia internacional, la crítica de la normatividad del rol femenino en tanto vinculado a la reproducción, esto es, la concepción del sexo como género.

La contestación de la Iglesia católica fue preventiva. Con inmediata anterioridad a la celebración de la Conferencia de El Cairo, se anticipó a la idea de que el aborto pudiera ser considerado un derecho reproductivo.¹ En el año 2000 el Consejo Pontificio para la Familia publicó un documento de orientación política general y no solo pastoral titulado *Familia, matrimonio y uniones de hecho*, en el que se plasmó su rechazo a lo que se denomina ya «ideología de género». En este documento invocaba la verdad del sexo, que da base al matrimonio, como esa paradójica institución natural sobre la que reposa la familia y, por ende, la sociedad.²

¹ Véase Alan Cowell, «Vatican attacks population stand supported by U.S.», *The New York Times*, 9 de agosto de 1994, disponible en <https://www.nytimes.com/1994/08/09/world/vatican-attacks-population-stand-supported-by-us.html>

² «La ideología de *gender* ha encontrado en la antropología individualista del neoliberalismo radical un ambiente favorable. La reivindicación de un estatuto similar, tanto para el matrimonio como para las uniones de hecho (incluso homosexuales) suele hoy día tratar de

El nuevo etiquetado vaticano de la ideología de género referido a la crítica de las jerarquías sexuales, fue adoptado con alborozo por las nuevas derechas e insertado como uno de sus componentes en el llamado «marxismo cultural». Este término innovador fue difundido por los paleoconservadores en los años noventa para designar a la nueva izquierda. Esta facción de la derecha estadounidense, enfrentada a los neocon, inspiradora de los principios de la actual *alt right*, ponía el foco en la Escuela de Frankfurt, con un innegable tono conspiranoico y sabor a judeobolchevismo redivivo. Afirmaban que el nuevo marxismo cultural no tenía base social objetiva alguna, como sí era el caso del marxismo clásico. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX dicho antagonismo se habría revelado innecesario gracias al notable progreso material de la clase trabajadora. Por lo tanto, el marxismo solo podía subsistir gracias a la agitación de conflictos identitarios y simbólicos que penetraran en la mentalidad de la población. Tales maniobras de guerrilla cultural, fundamentalmente comunicativas, estarían orientadas a destruir la civilización, sus libertades y sus raíces cristianas.

Es, no obstante, cuanto menos paradójico que, desde los años setenta, esas tácticas culturales y de guerrilla comunicativa, atribuidas a sus enemigos políticos, sean el campo de operaciones privilegiado de las nuevas derechas. Tal y como ya hiciera notar Finkelkraut, los conservadores de nuevo cuño incorporaron todo el agit prop de la izquierda. Aprendieron a movilizar la calle y la sociedad civil pasando de «mayoría silenciosa» a minoría militante sobre la base de cuestiones de tipo moral y, sobre

justificarse sobre la base de categorías y términos procedentes de la ideología de *gender*. Así existe una cierta tendencia a designar como «familia» todo tipo de uniones consensuales, ignorando de este modo la natural inclinación de la libertad humana a la donación recíproca, y sus características esenciales, que son la base de ese bien común de la humanidad que es la institución matrimonial». La atribución de cargos no se limita al neoliberalismo. Hay todo un rosario de pecados que culmina en el individualismo neoliberal, especialmente vulnerable al influjo ideológico del «género», a saber: el marxismo, el estructuralismo, el feminismo extremista y la revolución sexual, con imputaciones que van desde Wilhelm Reich y Margaret Sanger hasta el más inmediato construccionismo de género pasando por Simone de Beauvoir.

todo, sexual.³ Valgan para el caso los movimientos provinda del retorno femenino al hogar y a las raíces cristianas, o las campañas contra el movimiento gay, que —sostenían— contaminaba a la sociedad normal y sobre todo a la infancia.

En 1977, en Florida, se aprobó una ordenanza contra la discriminación de personas homosexuales. Frente a esta ley, Anita Bryant, ex Miss Oklahoma, lanzó una campaña de defensa de la familia que consiguió retirar dicha norma. En sus palabras: «Como no pueden reproducirse, los invertidos deben hacer proselitismo. ¿Y cuáles son sus primeras víctimas? Naturalmente, nuestros hijos». No en vano tal iniciativa fue publicitada con esta dramática consigna: «Save Our Children».

No fue la única ni la primera campaña moral de este tipo. La política conservadora, Phyllis Schlafly, se puso a la cabeza del combate contra la enmienda constitucional por la igualdad entre hombres y mujeres y la no discriminación por razón de sexo (ERA), aprobada en 1972. La campaña contra la ERA resultó exitosa: la ley no fue ratificada. Así mismo, John Briggs, senador californiano, sometió a sus electores en 1978 a la propuesta de excluir de la enseñanza a los homosexuales o a los que defendieran la homosexualidad públicamente. En esta ocasión fue relevado por esos mismos electores. Fue la primera derrota de los adalides de la recién movilizada «mayoría silenciosa».

La derecha de su tiempo exploró estas guerras culturales con notable imaginación. Tal y cómo observa Finkielkraut: «La derecha clásica y respetable, que se concentra en los problemas de interés general, intenta diferenciarse cada vez con mayor claridad de la derecha puritana que moviliza sus adeptos sobre la base de problemas de moralidad y de costumbres [...] en lugar de preparar la toma del poder. Es precisamente limitando sus objetivos como la nueva derecha va conquistando una capacidad de influencia». Debe mencionarse a este respecto la importancia de la cuestión del aborto. En 1980, únicamente quince Estados de la Unión mantenían la interrupción gratuita del embarazo.⁴

³ A. Finkielkraut, *La nueva derecha norteamericana (La Revancha y la Utopía)*, Barcelona, Anagrama, 1982, pp. 26-28.

⁴ *Ibidem*, pp. 30-32.

De hecho, el nuevo conservadurismo norteamericano se articuló sobre todo en torno al rechazo al aborto, legalizado en 1973 gracias a una sentencia del Tribunal Supremo. Este movimiento se impulsó en primer lugar bajo el auspicio de la Iglesia católica y en segundo lugar bajo el de las iglesias protestantes fundamentalistas, vinculadas en gran parte al movimiento de la mayoría moral de Jerry Falwell. La capacidad organizativa de las iglesias dentro de la sociedad civil ofreció una amplia base social a la Nueva Derecha, ahora autodefinida como «pro-vida», «pro-moralidad», y «pro-América», es decir, «antifeminista», «antihomosexualista», «antiabortista» y «anti-divorcio». En suma, «pro-familia». Lo personal es político no era ya solo un lema feminista; la repolitización de cuestiones de carácter privado se erigió en una consigna política de la Nueva Derecha.

Pero vayamos más hondo: ¿qué proyecto era el que animaba esa sorprendente y paradójica reprivatización —también desde el punto de vista tradicional— y «feminización» de la vida política, tan extraña y ajena a los conservadores clásicos? La oposición al *Welfare State* requería asumir a la familia como único elemento responsable de la seguridad social del individuo, frente a la injerencia estatal. Se trataba, al fin y al cabo, de destruir los diques propios del Estado del Bienestar, que aún contenían al libre mercado. El familiarismo tenía, por lo tanto, su razón de ser en un programa de liberalización económica. El argumento legitimador de esta nueva oposición sostenía, patriarcalmente, que el mantenimiento de los gastos sociales, con el consiguiente incremento de los impuestos y una mayor inflación, obligaba a las mujeres casadas a incorporarse masivamente a la producción, minando la autoridad del padre dentro del núcleo familiar.⁵ En concreto, la figura del padre encarna la función de restricción moral. Gracias a ella el individuo asume autorresponsabilidad y autocontrol. La protección de los grupos sociales más desfavorecidos debe ser rechazada sobre la base de la falta de laboriosidad y de la laxitud moral de los mismos. La madre negra soltera, como receptora de ayudas, toma el viejo lugar de los inadaptados sociales que constituían una carga para el honrado y tenaz contribuyente.

⁵ R. Osborne, *La construcción sexual de la realidad*, Madrid, Cátedra, 2002, pp. 213-216. El planteamiento anterior queda sobre todo bien explicitado en *Wealth and Poverty* (1981), de G. Gilder, a la sazón asesor económico de Reagan. *Ibidem*, p. 234.

La familia monomarental afroamericana aúna así dos de las lacras mayores en este complejo ideológico: la maternidad sin un cabeza de familia varón, lo que produce descontrol y, por ende, delincuencia en el individuo criado sin referencia paterna; y la extracción de renta al respetable ciudadano que sí se «autocontrola» y afronta sus responsabilidades previsoramente, pero que debe subvenir con sus impuestos a las necesidades de esos desestructurados y peligrosos núcleos familiares.⁶ En definitiva, se trata, una vez más, de ensalzar la civilización blanca, cristiana, basada en la autoridad del padre (en sus versiones religiosas más extremas se llegaba incluso a la defensa del castigo corporal al niño).⁷ De forma más o menos explícita, la raza se erigía en el pilar civilizatorio sobre el que se sostienen las libertades y las instituciones que constituyen su salvaguarda.

El afán polémico y moralista, alentado por este ideal viril, resulta particularmente culpabilizador respecto de quien no se ajusta a las reglas de mercado, de quien no se muestra suficientemente fuerte y autónomo. Por esta razón, el masculinismo no es una excrecencia ideológica contingente. Al ideario de libre mercado le resulta penoso desembarazarse de él, en tanto posee una doble función: reforzar normativamente la moral del trabajo y la estigmatización del perdedor en la lucha económica por la supervivencia. En segundo lugar, hacer reposar sobre las espaldas de las mujeres la reproducción social de la vida en forma de trabajo no pagado y, por tanto, sin costes para el capital.

Una genealogía de la cultura burguesa y de su noción de sujeto, para cuyo desarrollo no hay aquí espacio, nos

⁶ El origen de esta lectura de la pobreza negra en Norteamérica como causada por una «maraña patológica» dentro de la familia monomarental negra, en la que los varones negros no cumplirían con su rol de cabeza de familia, es el Informe de Mohynihan, *Crisis of The Negro Family* (1965), asesor del progresista presidente L. B. Johnson. Véase K.-Y. Taylor, *Un destello de libertad. De #Blacklivesmatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017, pp. 49- 50. Dicho informe evaluaba los programas sociales del gobierno. Mohynihan será uno de esos futuros neoconservadores que permanecerá en el Partido Demócrata. A partir de él, los intelectuales de los *think tanks* conservadores llevaron su retórica sobre la población negra más allá de la cultura de la pobreza hacia una con tintes biologicistas. *Ibidem*, p 83.

⁷ R. Osborne, *La construcción sexual de la realidad*, Madrid, Cátedra, 2002, pp. 221-222.

permite comprender el vínculo entre raza y sexualidad y su relación con el trabajo en tanto valor formativo. Todo esto sigue vivo en las nuevas derechas. Hoy como ayer, se concibe la regulación del deseo como la base de la aptitud para el esfuerzo productivo, y por tanto para el libre mercado, así como para la obediencia civil que lo preserva, gracias a la cual hay sujetos (jurídicos y políticos). La sujeción del deseo anudada a una ética del trabajo aparece como la piedra angular de la democracia liberal y tiene un sustrato judeo-cristiano, cuando no directamente protestante.⁸ Desde la perspectiva de los neoconservadores, la decadencia moral de América, con su libertad de costumbres, supone una crisis que no solo socava a la economía y a la nación, sino que también tiene dimensiones civilizatorias. Junto con sus raíces étnicas y cristianas, se sacrifica al propio sujeto liberal. En este punto, los neoconservadores, los paleoconservadores y sus herederos de la *alt right* tienen plena coincidencia.

Otro de los célebres ensayos sobre la nueva derecha estadounidense de los años setenta — *¿Qué pasa con Kansas?* de Thomas Frank — nos pone sobre la pista de lo que estaba en juego en esa nueva guerrilla cultural centrada en cuestiones de moral. Frank describe los logros de la nueva derecha a la hora de atraer a los sectores populares. Con una imagen atractiva habla de una Revolución francesa «al revés», en la que los *sans culottes* se alían con

⁸ Daniel Bell se situó en la línea ideológica del neoconservadurismo al diagnosticar weberianamente la fricción entre un hedonismo consumista alejado de la moral del trabajo protestante y las necesidades productivas del capitalismo en su ya clásico libro, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1976). Bell formó parte del grupo de los nuevos sociólogos conservadores, al que pertenecían, entre otros, Irving Kristol y Norman Podhoretz. Gran parte de la — así llamada — «familia» de intelectuales neoconservadores (es el caso de los dos últimos citados) pasaron de las filas de los demócratas a los republicanos abandonando los postulados socialdemócratas tras la derrota en la Guerra de Vietnam. Los que permanecieron en el Partido Demócrata lo hicieron en torno del firmemente antisoviético y partidario de la morigeración de costumbres, Henry «Scoop» Jackson, en vez de hacerlo junto a McGovern, tildado de proabortista, prodroga y proinsumiso. Acerca de la trayectoria de estos «progresistas atacados por la realidad», tal y como los definía «autobiográficamente» el propio Kristol, y sobre su rechazo de las excesivas políticas sociales que contribuían a horadar el vínculo entre esfuerzo y recompensa, y que, incluso, estaban en el origen del abandono parental del varón en las familias pobres.

la aristocracia, los republicanos ostentadamente ricos que nada tenían en común con ellos, por odio a un enemigo compartido, el «progre».⁹ Frank argumentó sólidamente que el progresismo carecía de peso político en ese contexto, y que solo a través de su sobrerrepresentación cultural (simbólica) podían ser percibidos como la encarnación de un insoportable elitismo de clase que tuviera alguna significación en la vida cotidiana. La tesis de Frank puede resumirse en que el objetivo del desplazamiento de la nueva derecha hacia cuestiones culturales —se podría decir que cuestiones «de gusto»— radicaba en la integración de las capas trabajadoras de la población en un proyecto neoliberal que en ningún caso podría coincidir con sus intereses. El objetivo no era limitar el mercado, sino destruir los sistemas de protección, en lo que Frank llamó, nuevamente con eficacia expresiva, el «Contragolpe».¹⁰

La oposición de la auténtica América a la amenaza de la falsa (feminista, homosexual, liberal, cultural y racialmente diversa, etc.), permite componer el sano cuerpo de la nación, situando a la clase trabajadora bajo la dirección de las élites y eliminando el antagonismo. El propósito de generar un bloque nacional interclase que neutralizara el conflicto social se emparenta con las estrategias políticas de las décadas de 1920 y 1930, tanto del fascismo europeo como de la clase dominante en Estados Unidos, antes de la Gran Depresión. De hecho, la abundancia de términos como posfascismo, neofascismo, etc., que ponen en continuidad el nuevo fenómeno con los viejos fascismos, solo desorienta mientras nos mantengamos en el plano de la esencia o la sustancia. Cuando nos desplazamos al plano de la función y de las estrategias de clase, su parentesco con los viejos fascismos resulta revelador.

La racialización o etnicización del conflicto de clase en EEUU es un elemento compartido con los fascismos europeos. La conversión de la cuestión social en cuestión sexual y racial, inauguró toda una nueva época biopolítica que señalaba no solo a un exterior colonizado, sino también a los enemigos interiores de la nación. Enemigos hace tiempo

⁹ T. Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de los Estados Unidos*, Madrid, Acuarela & A. Machado Libros, 2008, pp. 32-33.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 204-211.

perfectamente insertos en la sociedad civil o con cada vez menos razones jurídicas para no ser incorporados en calidad de miembros de pleno derecho a la ciudadanía. Lo esencial en cualquier caso es la consecución de ese cuerpo nacional afirmado ante un peligro, un riesgo insalvable de supervivencia mediante la figuración de una hostilidad que lo es contra el cuerpo *in toto* de la nación, contra sus valores y su forma de vida, contra su civilización, y no contra la desigual distribución de la riqueza o la organización económica. Acudir al encuentro de ese cuerpo popular homogéneo, de dignidad superior, requiere ir a la busca de su enemigo, figurarlo. Y en tanto que este no existe, en tanto que no aparece por ninguna parte en la forma de una confrontación real, activa y patente, solo puede constituirse en enemigo biopolítico, en una amenaza por su mera existencia, una especie de contaminación o plaga. En términos de estrategia de clase es una cuestión abierta si, para conformar ese bloque nacional interclase por oposición a los elementos impuros y regenerar la nación, se deben o no transformar las instituciones liberales, apelando a una suerte de recambio de élites o basta —con una mayor economía de esfuerzos— con reinterpretarlas racialmente, como en el caso norteamericano.

Debido a que la experiencia norteamericana de la década de 1920 nos es más afín a la hora de entender a la nueva derecha que los fascismos europeos se va a tratar de mostrar cómo procede esa conversión de la cuestión social en cuestión sexual y racial. Se va a observar así como se reinterpretan racialmente las instituciones propias de la democracia liberal. No obstante, cabe señalar que esta construcción del cuerpo de la nación en términos de desconexión del antagonismo de clase, de desrealización de este, solo es posible, con una precondition. El movimiento obrero debe ser ya inocuo, debe haber sido controlado o vencido a fin de poder ser integrado en este nuevo bloque nacionalista.

De la clase al complejo sexo-raza

El nativismo norteamericano, en principio etnicista (anglosajón, anticatólico y protestante), se vuelve cada vez más racial, coincidiendo con las grandes olas migratorias de los años ochenta del siglo XIX. En esa década, los puertos

estadounidenses empezaron a descargar gentes procedentes del este y el sur de Europa, así como de China y Japón. Las instituciones liberales perduraron, pero fueron cada vez más comprendidas a la luz de la raza, de un racismo expansivo. El foráneo, ya racializado, pasó a representar una amenaza para la civilización liberal. Esta se consideraba fruto de una determinada constitución física, más que de un contrato social, el cual, en todo caso, solo los racialmente aptos eran capaces de asumir. Así se expresaba en 1927, el diputado nativista Albert Johnson, presidente de la Comisión de Inmigración del Congreso: «Nuestra capacidad para conservar nuestras queridas instituciones permanece diluida por una corriente de sangre extranjera, con todas sus erróneas interpretaciones acerca de la relación existente entre gobernados y gobernantes».¹¹ Se trataba de una interpretación popular, que estaba lejos de limitarse al mundo académico o de élite. El Presidente de la Orden Juvenil de Mecánicos Unidos la expresó así con nitidez: «Yo me enorgullezco de mi parentela. Por una de las líneas mi antepasado era alemán y por la otra era inglés. Esa es la clase de gente que nosotros podemos absorber. Pertenecían a esa raza independiente que llegó con la idea, metida en el corazón y en la mente, de las bellezas del autogobierno».¹²

En el caso de EEUU, la conformación racial de la nación formalmente democrática se retrotraía a las tempranas y conflictivas respuestas al problema negro. El periodo llamado de la Reconstrucción (1865-1877), que sigue a la guerra civil entre republicanos y confederados, contempló la reversión, en sus últimos años, de las relaciones de fuerza en favor de los antiguos terratenientes y funcionarios blancos. En la década de los noventa se introdujeron nuevas restricciones al voto negro, a pesar de la formalidad jurídica constitucional. Además, se aplicaron las llamadas leyes Jim Crow, basadas en el principio de «iguales pero separados». Se estaba así produciendo una criminalización sistemática de las personas negras a fin de garantizar el suministro de mano de obra forzada, que venía a reemplazar a la esclava recién abolida, mediante el arriendo de presos negros permitido por un vacío legal en la XIII enmienda de 1865. El hostigamiento policial venía

¹¹ C. N. Degler, *Historia de Estados Unidos. El desarrollo de una nación (1860-1985)*, Barcelona, Ariel, 1986, p. 82.

¹² *Ibidem*, pp. 80-81.

de la mano de la imaginaria racista que la legitimaba: la figura del negro delincuente, descontextualizada de toda dimensión social, cuyas dramáticas consecuencias perduran hoy en día, tiene su origen en la división del trabajo y la brutal explotación laboral.¹³

Con respecto del nuevo proletariado migrante sureuropeo y eslavo, la confrontación autóctono/extranjero resultó en una fuente de debilidad política para el movimiento obrero estadounidense, que además se añadía a la de blanco/negro. La clase trabajadora norteamericana recelaba de la extranjera; temía que su crecimiento supusiera el descenso de los salarios. La AFL, sindicato mayoritario, fue especialmente beligerante. Este sindicato de oficios fundado en 1881 con otro nombre, y solo nominalmente trade-unionista, estuvo sumido en lo que se llamó *gompersismo*. El *gompersismo* consistía en la defensa del trabajo cualificado mediante la exclusión de los advenedizos. Se trataba de mantener la escasez de la mano de obra cualificada, al fin de exigir un alza continua de los salarios, tal y como preconizaba su líder Gompers.¹⁴ Si la AFL se posicionó en 1897 a favor de la limitación de la mano de obra extranjera, lo mismo habían hecho en 1892 los Caballeros del Trabajo.¹⁵ El socialismo político norteamericano tampoco llegó a superar esta dificultad.¹⁶ Solo el sindicato revolucionario IWW y la tendencia socialista izquierdista resistieron la extensa racialización de la vida del país, rechazaron ser cómplices del cierre migratorio y permanecieron fieles al principio de unidad de clase por encima de las diferencias étnicas o raciales.¹⁷

Pese a todo, el prurito racial, abrumadoramente mayoritario, dejó el campo libre a las maniobras divisionistas

¹³ K.-Y. Taylor, *Un destello de libertad. De #Blacklivesmatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017, p. 124.

¹⁴ J. Droz (dir.), *Historia general del socialismo. De 1875 a 1918*. Barcelona, Destino, 1986, p. 80. En 1887 tan solo contaba con 200.000 miembros, pero en 1904, constituía sin duda el sindicato mayoritario. *Ibidem*. p. 659.

¹⁵ C. N. Degler, *Historia de los Estados Unidos (1860-1985)*, Barcelona, Ariel, 1986, p. 80.

¹⁶ W. P. Adams (comp.), *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 239.

¹⁷ J. Droz (dir.), *Historia general del socialismo...*, p. 670.

de la patronal. Tal y como relata J. Karabel: «Los empresarios rápidamente aprovecharon la gran animadversión que existía entre los trabajadores de orígenes étnicos y culturales diferentes. Una de las tácticas preferidas era la de contratar obreros de distintas nacionalidades, preferiblemente rivales, para trabajar en la misma planta. Allí, la dirección solía reservar los puestos cualificados para los obreros nacionales o para los «inmigrantes antiguos» y relegar a los inmigrantes nuevos a los grupos de los semicualificados y los no-cualificados. [...] La división entre los relativamente privilegiados obreros americanos y los inmigrantes «antiguos», por un lado, y los inmigrantes nuevos, sobrecargados de trabajo y peor pagados, por otro, tuvo pésimas consecuencias para el movimiento obrero. Posibilitó la formación de una aristocracia obrera de los trabajadores nacionales que, instigada y apoyada por el Estado y por segmentos de la clase capitalista, pudo influir en forma de control sobre las organizaciones obreras. Ese control — ejemplificado en la casi ininterrumpida reelección del brillante y combativo Samuel Gompers, como presidente de la American Federation of Labor desde 1886 hasta su muerte en 1924— fue duramente criticado por los socialistas».¹⁸

Como bien recuerda Hobsbawn, las élites políticas en Estados Unidos, con Theodore Roosevelt al frente, encumbraron al *cowboy* blanco y protestante, que hacía las delicias de las clases medias y altas nativas, como símbolo de la libertad y el auténtico americanismo. El héroe nativo, no asociado, de los espacios abiertos, era contrapuesto a la inmigración miserable, esclava, semita y mediterránea (potencialmente socialista), y al crecimiento descontrolado de la ciudad, ese espacio explosivo, sobrepoblado y estrecho, todo ello coincidiendo con la llegada de una fuerza de trabajo ni germana ni protestante.¹⁹ El nativismo racial, y no solo religioso o étnico, como el que afectó antes a alemanes e irlandeses, penetró de modo innegable en la acción de gobierno frente al proletariado extranjero, en forma de cierre migratorio. De hecho, la producción cultural alentaba la política anti-inmigratoria. Tanto el libro

¹⁸ J. Karabel, «Revisión del fracaso del socialismo americano» en W. Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, Madrid, Capitán Swing, 2009, p. 223.

¹⁹ H. Hobsbawn, *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, 1989, pp. 104 y 153.

de Madison Grant, *The Passing of The Great Race* de 1916, o el de su continuador, Stoddard (*The Rising Tide of Color: The Threat Against White World-Supremacy* de 1920) que fue un auténtico *best-seller*, ampliamente elogiado por el presidente Harding, animaron al restriccionismo migratorio y a combatir la degeneración. En un artículo del vicepresidente de Harding, Calvin Coolidge, fechado en febrero de 1921 y titulado «¿De quién es este país?» se respondía con claridad a esa pregunta: la nación era de los americanos nórdicos, que debían obedecer las leyes de la biología evitando la «miscegenación».²⁰

De este modo, se aplicaron nuevos controles fronterizos vinculados a la salud, y luego a la salud mental, una anomalía que porta el inmigrante, el cual deviene además psiquiatrizable. La afluencia de una masa de trabajadores descualificados había puesto en guardia a los poderes públicos. A partir de 1875 la ley federal además de establecer controles sanitarios, excluía a «indeseables» morales («cullis, prostitutas y convictos»). En 1882 se excluyó a «lunáticos e idiotas», en 1903 a «epilépticos e insanos», en 1907 a «imbéciles y débiles mentales»,²¹ en 1917 a personas con «inferioridad psicopática constitucional».²² La gran familia de indeseables se fue ampliando, sobre todo a raíz de la llegada de una gran oleada de inmigración sureuropea y de Europa oriental en la década de 1880, siempre con la tenaz cooperación del poder psiquiátrico.²³

La llamada «vuelta a la normalidad» de la era Harding (1921-1923), tras un periodo de conflictividad social y de radicalismo obrero, inauguró el control demográfico con respecto a la inmigración europea a través del cierre migratorio selectivo. Su sucesor en la presidencia, Calvin Coolidge, llevó esta política a su apogeo. Así, si la ley

²⁰ L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida. (1870-1933)*, Barcelona, Michnik Editores, 1985, pp. 279- 284.

²¹ S. L. Chorover, *Del génesis al genocidio. La sociobiología en cuestión*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1982, pp. 83-84.

²² Th. Szasz, *La fabricación de la locura*, Barcelona, Kairós, 1974, p. 267.

²³ Sobre los folclóricos, arbitrarios y contradictorios procedimientos psiquiatrizantes de la aplicación de la *Mental Examination of Immigrants* en la isla de Ellis en un pasaje por lo demás terriblemente cansado, véase S. L. Chorover, *Del génesis al genocidio. La sociobiología en cuestión*. Barcelona, Ediciones Orbis, 1982, pp. 86-88.

provisional de 1921 estableció cuotas del 3 % respecto de los grupos que ya residían en el país, en 1924 se promulgó la Ley Johnson-Lodge que redujo la cuota al 2 % según el censo no de 1920, sino de 1890, fecha en que se situaba la última gran ola migratoria procedente de Europa del sur y del este. Con esta política se pretendía excluir a esas «gentes biológicamente inferiores».²⁴

El nativismo estadounidense estaba confrontado al proletariado foráneo, lo consideraba portador de una semilla socialista potencialmente revolucionaria. No de otro modo se puede entender el vigilantismo durante la Gran Guerra, con su acusación de «espionaje alemán» a los disidentes de la participación en el conflicto bélico, en medio del mandato étnico que Theodore Roosevelt resumió sucintamente en la expresión «cien por cien americanismo». En 1919 las persecuciones del fiscal general Palmer durante el mandato del presidente Wilson siguieron esta estela, con la imputación al migrante de un ideario y prácticas antiliberales. En las redadas que van de noviembre de 1919 a enero de 1921, miles de extranjeros, de los cuales la mayoría no había cometido crimen alguno, fueron puestos bajo sospecha por sus creencias o por su origen. La Legión Americana y el Ku Klux Klan llamaron a la lucha patriótica.²⁵ El socialismo se convirtió en una intrusión extranjera destinada a infectar el cuerpo nacional, los principios y condiciones de existencia de la raza. Frente a una inflacionada amenaza revolucionaria, se opuso un racismo «liberal», esto es, se reinterpretó el conflicto social como racial, del mismo modo que en relación con la cuestión negra se había hecho del conflicto civil un conflicto sexual.²⁶

En la Europa continental —en donde se transformaron las instituciones liberales con una clara vocación revolucionaria de «recambio de élites»—, las razones de este

²⁴ *Ibidem*, p. 269.

²⁵ W. Chambers, *The Tyranny of Change. America in the Progressive Era, 1890-1920*, Nueva Jersey, Routgers University Press, 2016, p. 271.

²⁶ A propósito de ello, en relación con el mito del negro violador son reveladoras las palabras del activista negro Frederick Douglass: en 1894, los linchamientos, y así como su justificación sexual, respondían a una necesidad de aseguramiento político de la preeminencia racial, perfectamente asegurada tras la derrota infligida a la población negra después de la Reconstrucción. Angela Davis, *Mujeres, raza y clase*, Madrid, Akal, 2004, p. 187.

etnicismo/racismo de Estado residieron en una humillación de clase, en concreto de la pequeña y mediana burguesía. En cambio, en Estados Unidos el nuevo racismo radicó en un aseguramiento *preventivo* del nivel y condiciones de vida de la «clase media» política, incluyendo en esta a gran parte de la clase obrera autóctona que, debido a la particularidad de sus altos salarios, se identifica con los estratos medios de la sociedad norteamericana. Salarios en parte garantizados por una división étnica entre proletariado autóctono cualificado y proletariado descualificado «no blanco». En ambos casos se trata de motivaciones claramente vinculadas al estatus. Y en ambos, el cuerpo, la sexualidad y la raza fueron las piedras angulares sobre las que se construyó un profundo sentido de pertenencia nacional en calidad de beneficiarios principales del patrimonio común.

No obstante, cuando los fascismos comenzaron a erigirse en poderosos movimientos de masas —el proceso de «fascistización» en palabras de Poulantzas—, tanto en Italia²⁷ como en Alemania,²⁸ el movimiento obrero revolucionario ya había decaído. Así mismo, cuando el nativismo racial, nacido en Estados Unidos durante las dos últimas décadas del siglo XIX, adquirió mayor adhesión y virulencia, el radicalismo obrero también había sido ya derrotado. Los ultrachovinistas, no menos que el propio

²⁷ El éxito definitivo del fascismo viene antecedido por una debilidad interna en las filas del movimiento obrero en medio de la confrontación social inmediatamente anterior al ascenso de los fascismos. Payne recuerda que en Italia el fascismo deviene movimiento de masas después del bienio rojo (1919-1920). En septiembre de 1920 las fábricas ocupadas por los obreros son abandonadas. El fascismo que nació en 1919 en la forma de milicias formadas por las clases medias bajas (*squadristo*) es minoritario. A finales de 1920 el fascismo cuenta con 20.000 miembros, pero pasa a tener 100.000 a finales de abril de 1921 y en el mes siguiente a 187.588. S. G. Payne, *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 135.

²⁸ En el caso alemán: «Los efectivos sindicales se desmoronan tras el fracaso de la tentativa revolucionaria de 1923. Los comienzos del proceso de fascistización en 1927-1928, coincidieron con las cifras más bajas; la crisis de 1929 no habrá de cambiar gran cosa la situación. Ruina de los efectivos sindicales que precisamente no correspondían a un recrudescimiento del aspecto político de la lucha, sino tan solo a una desmovilización de la clase obrera». N. Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 198.

Theodore Roosevelt, se servían de la acusación de sabotaje y espionaje ya antes de 1917, año de la entrada de EEUU en la Gran Guerra, para exagerar el peligro de subversión interna. Y también durante su participación en el conflicto estos argumentos permitieron exigir una total conformidad a lo que se denominaba «cien por cien americanismo». La ley de espionaje de 1917, que precedió a la ley de subversión de 1918, autorizaba a arrestar a los disidentes. La persecución se dirigía a socialistas, anarquistas y en general a todos aquellos que se oponían al capitalismo y lo denunciaban como la causa de la guerra.

En la masiva e ilegal deportación que tuvo lugar en el verano de 1917, se condujo a cerca de 1200 mineros huelguistas sin agua y comida al desierto de Nuevo México; la mitad de ellos eran miembros de la anarcosindicalista IWW, un tercio de ellos mexicanos. Así mismo, en septiembre de ese mismo año se detuvo a 165 miembros de la IWW bajo la acusación de espionaje. De ellos, 101 fueron sentenciados en 1918, lo que dejó prácticamente destruida a la organización. La represión contra el Partido Socialista también tuvo efectos devastadores. Al final de la guerra, cerca de un tercio de la ejecutiva del partido estaba en prisión.²⁹ El propio pánico rojo (*red scare*) de 1919 que asoló el país por el aumento de la conflictividad laboral, carecía ya de sentido. No había ningún peligro revolucionario, el radicalismo obrero había sido desarbolado. El número total de afiliados a los dos partidos comunistas apenas llegaba a 75.000, de los cuales muchos menos eran activistas, lo que imposibilitaba cualquier perspectiva de revolución.³⁰ Es más, las huelgas de 1919 fueron ante todo de índole económica. En Seattle, la huelga de astilleros devino huelga general, paralizando la ciudad. La secretaria de prensa de Wilson afirmó que el país estaba entre el orden y la anarquía, mientras que un periódico imprimía este titular: «Reds directing Seattle Strike –To Test Chance for Revolution». En la huelga más larga de 1919, con corazón en el sector del metal, a cuya organización contribuyó la moderada AFL, la presencia en el comité de un miembro de

²⁹ J. W. Chambers, *The Tyranny of Change. America in the Progressive Era, 1890-1920*, Nueva Jersey, Routgers University Press, 2006, pp. 246-247.

³⁰ W. P. Adams (comp.), *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 263.

la IWW dio pretexto a la prensa para presentar la huelga como un primer paso a la revolución comunista, siempre inspirada por extranjeros sediciosos. Apenas se reconoció en el paro el intento (puramente reivindicativo) de lograr mejores condiciones laborales en la recalcitrante industria del metal.³¹ Tras los atentados del 1 de mayo de 1919 contra figuras políticas y empresariales prominentes, entre ellos el propio fiscal general Mitchell Palmer, que nadie reivindicó, se pusieron en marcha varias redadas a fin de arrestar y deportar a los extranjeros anticapitalistas.

La llamada «Progressive Era» (1890-1920) fue profundamente racista. Pero es precisamente tras la derrota definitiva del radicalismo obrero en los años 1917-1919, tras la «vuelta a la normalidad» iniciada por el gobierno de Harding, lejos de la agitación social, cuando el Ku Klux Klan adquirió su mayor expansión, así como una notable influencia política. Esta expansión fue simultánea, además, al recrudescimiento del cierre migratorio y a su gran apoyo social: «Entre 1924 y 1926, momento de su mayor penetración, el Klan tenía entre cuatro y ocho millones de miembros. [...] El sentimiento nativista alcanzó nuevas cotas con la Ley de Inmigración de 1924, que centraba sin miramientos sus esfuerzos restrictivos en la inmigración del sur y el este de Europa, estableciendo cupos para las diversas nacionalidades, según su peso relativo en la población nacional de 1890, antes de la última oleada de inmigración. Esta medida casi acabó con la afluencia masiva de extranjeros hasta la década de 1960».³²

Nunca hubo un auténtico peligro revolucionario en Estados Unidos al que respondiera el nativismo. No se trataba por tanto de una contrarrevolución, sino de un movimiento *preventivo*, que paradójicamente logró sus mayores niveles de adhesión una vez decayó la combatividad obrera. En este sentido, si bien hoy no hay una inminente amenaza revolucionaria a la que respondan los nuevos movimientos nacionalistas, las amenazas son, empero, tan irreales como necesarias al aseguramiento del *statu quo*. Estos movimientos tratan de bloquear la expresión de las contradicciones. La irrealidad de la amenaza

³¹ J. W. Chambers, *op. cit.*, pp. 269-270.

³² J. Jenkins, *Breve Historia de los Estados Unidos*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 269-270.

política es precisamente lo que permite transfigurar en amenazas biológicas y sexuales *para toda la población* (incluida la clase trabajadora) cualquier apertura de la cuestión social. La conversión de la sobredimensionada amenaza obrera en amenaza racial no constituye sino una desrealización del antagonismo de clase, llamada a su pleno éxito precisamente cuando la conflictividad social está en repliegue y —si se está en lo cierto en esta lectura de los hechos— *solo porque está en repliegue*.

Somos herederos de esa transmutación fantasmagórica de la lucha de clases en cuestión sexual y racial. Aquí no se puede desarrollar la larga historia de la conversión del «problema obrero» en problemas de índole moral y sexual, a fin de hacer surtir un efecto de despolitización. No obstante, estas operaciones biopolíticas que se remontan a los años cuarenta del siglo XIX,³³ difieren de las propias de las décadas de 1920 y 1930 y de los actuales posfascismos en que las primeras, a pesar de tratar de incluir parcialmente a la clase trabajadora en la sociedad normal, mantienen las barreras estatutarias mediante lo que podría denominarse un racismo de clase psiquiatrizante y eugenésico. En cambio, en el periodo de entreguerras, la integración del proletariado autóctono y blanco se quiere plena. El objetivo es la producción de un bloque social bajo el mando de las élites, que clausure el antagonismo de clase como tal, desvirtuándolo y transfigurándolo en un atentado contra la unidad, salud y fuerza de la nación, de la que también forma parte el pueblo trabajador.

En el desplazamiento de la cuestión social a la biopolítica —relativa a la raza y a la sexualidad—, la percepción de las contradicciones sociales es envuelta en un gran y nebuloso halo de irrealidad: en lugar del conflicto político patente, el oculto contubernio judeobolchevique o la interior y soterrada predisposición racial al socialismo; en lugar de la centralidad de la confrontación en torno a la riqueza, la renta directa o indirecta, el evasivo marxismo cultural, el multiculturalismo y la ideología de género «progres». Cambian los contenidos: del antisemitismo a la islamofobia, del natalismo de la nación valiosa y el asertivo chovinismo masculino a un antifeminismo

³³ Véase J. Donzelot, *La policía de las familias*, Valencia, Pre-textos, 1998.

quebradizo y victimista, del marxismo como judeobolchevismo al marxismo cultural (ambos enemigos de la nación, de la pureza de costumbres), del enemigo racial como ente físico a la raza a veces concebida solo en términos de esencialismo cultural, del peligro de degeneración fisiológica a causa del mestizaje al de anomia por carencia de límites (fronteras eficaces, muros, no solo materiales, sino culturales), en definitiva, por ausencia de referentes y de identidades fuertes... El relativo déficit de biologicismo de las nuevas derechas no es capaz de esconder las continuidades.

Incardinar las tácticas culturales, sexuales y raciales en las estrategias de clase hace inteligibles las operaciones denominadas posfascistas, con las que se trata de dar una frágil respuesta a la crisis de gobernabilidad de las poblaciones en el seno del capitalismo financiero, confiriendo un estatus compensatorio a quien no lo tiene dentro de la economía de mercado o al que se siente en riesgo de perderlo. Esto no quiere decir que las cuestiones raciales o sexuales tengan un carácter secundario con respecto de la contradicción capital-trabajo, al modo en que se suele concebir por parte de la izquierda tradicional. Toda estrategia de clase requiere medios culturales de cohesión, sin los cuales no puede ser llevada a cabo. Por eso no cabe caracterizarlos como una superestructura irrelevante: la clase no es meramente un concepto económico, sino político.

En esos términos, la reubicación de dichas cuestiones biopolíticas en el plano del antagonismo de clase es necesaria para lograr transformaciones reales y profundas, no menos que para concebir el fondo de los debates y reconducirlos al terreno en el que estos se juegan. En el caso del trumpismo asociado a la *alt right* estadounidense, se prueba un refuerzo del soberanismo, cuyo objetivo es hacer funcionar las fronteras nacionales en un sentido proteccionista de parte del capital autóctono más eficaz. A tal fin, se busca la alianza con los resentimientos de una parte significativa de la población cuyos niveles de seguridad económica han descendido, compensándoles simbólicamente con un estatus superior en las jerarquías sexuales y raciales, pero en ningún caso en las de clase.

Por todo ello cabe concluir que un feminismo y un antirracismo anticapitalistas, asentados en demandas materiales concretas, y no meramente declarativos, resultan

imprescindibles. No tanto como prevención coyuntural ante el auge de las nuevas derechas, sino en el ciclo largo de oposición al capitalismo financiero en favor de la reproducción social, esto es, en un terreno de conflicto no mistificado. De otro modo, se hará de su falso reflejo, de la fantasmal amenaza securitaria e identitaria como emergencia nacional, el caladero de nuevos e imprevisibles monstruos políticos.

8. Crisis del empleo y derechización social: hacia una crítica antifascista del trabajo

Álvaro Briales

El trabajo, base fundamental de todo orden social, es y será siempre necesario.

Cartel de la Italia fascista¹

Nuestra Europa se fundará en el derecho al trabajo.

Matteo Salvini y Viktor Orbán²

Tenemos el nivel de empleo más alto, y a más americanos trabajando, que nunca antes en la Historia.

Donald Trump³

Bien entrado ya el siglo XXI, son incontables las obras que señalan el «colapso», la «decadencia» o el estado «terminal» del capitalismo contemporáneo.⁴ Como sabemos, este declive no se ha producido de un modo repentino, sino que teniendo su punto de inflexión en la crisis de 1973, se ha materializado de múltiples formas, con vaivenes acelerados, arreglos parciales y muy distintas expresiones en función de la posición de cada territorio en el mapa del poder actual.

¹ Imagen de Luisa Passerini, «Work Ideology and Consensus under Italian Fascism», *History Workshop Journal*, Vol. 8, núm. 1, pp. 82-108, 1979.

² Tuit de Matteo Salvini, 28 de agosto de 2018.

³ Discurso del 5 de agosto de 2018.

⁴ Véase, por ejemplo, Robert Kurz, *El colapso de la modernización*, Buenos Aires, Marat, 2016; Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017; Corsino Vela, *Capitalismo terminal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

Tras la crisis global de 2008, estas tendencias se acentuaron; a día de hoy no parece viable un nuevo «pacto» social que consiga equilibrar la inestabilidad del mundo actual.

Entre los distintos planos desde los que se puede analizar la relación entre esta larga crisis y los procesos de derechización social en el siglo XXI, aquí nos vamos a centrar en el plano de la crisis del trabajo asalariado. Si entendemos que esta crisis ha alterado profundamente las bases de la sociedad del siglo XX, entonces resulta necesario actualizar también las concepciones heredadas de la izquierda del siglo XX. De forma más concreta, sostenemos que aquellas propuestas «obreristas» basadas en la centralidad social del trabajo y en los trabajadores como sujeto político central se enfrentan con límites profundos. Nuestro argumento principal es el siguiente: si la crisis del empleo en el siglo XXI es históricamente irreversible, las soluciones obreristas corren el riesgo de ahondar en un «callejón sin salida» de consecuencias potencialmente derechizantes.

Con el propósito de desarrollar este argumento comenzamos definiendo lo que entendemos por obrerismo, evitando así algunas confusiones típicas al respecto de su crítica. A continuación, desarrollamos tres dimensiones de la crisis del empleo —dimensión económica, de sentido y sindical— y a través de ellas tratamos de mostrar algunos límites del obrerismo y su relación con los procesos de derechización en el presente.⁵ Finalmente, para salir de ese «callejón», proponemos desarrollar una «crítica antifascista del trabajo», que apunte a un horizonte poscapitalista, más allá de «la sociedad del trabajo».⁶

Derechización y obrerismo en el siglo XXI

Entendemos aquí el obrerismo como aquella perspectiva que sostiene la *necesaria* centralidad y superioridad del trabajo como actividad social, definido el trabajo como

⁵ Dado el carácter sintético del texto, su intención es abordar estas claves generales en el contexto de los países occidentales, haciendo algunas pequeñas anotaciones sobre la especificidad del caso español.

⁶ Kathi Weeks, *The Problem with Work. Feminism, Marxism, Antiwork Politics and Postwork Imaginaries*, Londres, Duke University Press [de próxima publicación en castellano por Traficantes de Sueños].

rasgo central de la naturaleza humana y fuente transhistórica de la riqueza material. A partir de esta definición, podemos distinguir dos variantes generales del obrerismo. El obrerismo de izquierdas, o marxista tradicional, es aquel que sostiene que los trabajadores industriales, o la clase obrera, son *necesariamente* los sujetos centrales en la sociedad y en su transformación política. El obrerismo de derechas afirma el trabajo como rasgo de la naturaleza humana, al tiempo que omite o niega el conflicto entre clases, presentando el «interés nacional» como funcional al «interés de clase», a partir de una concepción etnicista, organicista o corporativista del Estado nación.⁷ Si se prefiere un término más expresivo, entendemos el obrerismo como «trabajocentrismo».⁸

A partir de estas definiciones generales, queremos prevenirnos sobre al menos cuatro posibles confusiones derivadas de las concepciones del obrerismo en el *marxismo tradicional*,⁹ así como en otras corrientes todavía no suficientemente problematizadas de la cultura de la izquierda: 1) la crítica del obrerismo no es una crítica al análisis de clase en general, sino una crítica de la *necesaria* centralidad del análisis de clase en cualquier circunstancia; 2) por lo mismo, la crítica del trabajo asalariado no es una crítica a quien trabaja, ni a la identidad de clase, sino una concepción que apunta a la superación de la centralidad del trabajo en el capitalismo, más que a su afirmación; 3) la crítica del obrerismo no es una crítica de la política

⁷ Para el caso español, véase Salvador Cayuela, *Por la grandeza de la patria: la biopolítica en la España de Franco, 1939-1975*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 45-90; Josefa Ruiz, *Trabajo y franquismo*, Granada, Comares, 2000.

⁸ De este modo, el obrerismo de izquierdas proviene básicamente de la tradición y legado de los principales partidos comunistas del siglo XX. En el sentido que manejamos, no entendemos como obreristas aquellas tradiciones que aun reivindicándose como *obreras*, entienden que el trabajo proletario no debe ser afirmado sino superado. En el actual debate en el Reino de España, seguramente el caso más conocido de obrerismo de izquierdas sea la obra *La trampa de la diversidad*, de Daniel Bernabé. El obrerismo de derechas no ha sido muy desarrollado en el caso español debido al claro elitismo de Vox. Lo encontramos, en cambio, de forma mucho más explícita en el discurso de Salvini en Italia, en el Lepenismo en Francia o en la AfD alemana.

⁹ Moishe Postone, *Marx reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007.

de clase ni una minusvaloración de la importancia de los conflictos de clase, sino una crítica de la *necesaria* centralidad de esa política tal y como se ha dado en el marxismo tradicional, con su subordinación u omisión de otros ejes de clasificación social; 4) la crítica del obrerismo no es una crítica de «lo obrero», sino una crítica de la identificación directa de los conceptos de clase y trabajo,¹⁰ y un cuestionamiento de que el factor más importante en la definición de la clase sea *necesariamente* la relación con el trabajo, y no otras propiedades pertinentes dependientes del contexto político particular.

Aclaradas estas posibles confusiones, nos preguntamos entonces por los riesgos políticos derivados de insistir en el trabajocentrismo en el contexto del siglo XXI. Si por derechización social entendemos los procesos de expansión del apoyo y consentimiento al orden capitalista y a su desigual distribución de la riqueza y el poder, nuestra hipótesis es que, bajo las condiciones de la crisis del empleo en el siglo XXI, la afirmación obrerista del trabajo es un factor que contribuye a alimentar las condiciones de tal derechización social. O siguiendo la hipótesis de la obra *Arbeit macht frei*, «en el fascismo se intensifica el carácter central que el trabajo humano posee bajo el capitalismo como mediador social y generador de valor».¹¹ En otras palabras, la idea que sostenemos es que la afirmación obrerista del trabajo es una condición necesaria —pero no suficiente— de la derechización, siempre teniendo en cuenta que no hablamos de una simple relación directa entre obrerismo y derechización, sino de un proceso complejo. Se sigue de esta hipótesis que las alternativas posobreristas pueden contribuir a una política antifascista mejor adaptada a las condiciones del presente.

Los callejones sin salida del obrerismo

Para desarrollar la anterior hipótesis, en este apartado vamos a tratar brevemente tres dimensiones de la crisis del empleo en el siglo XXI: la crisis económica del empleo,

¹⁰ K. Weeks, *The Problem with Work...*, cap. 1.

¹¹ Alejandro Andreassi, *Arbeit Macht Frei: el trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004, p. 9.

la crisis del sentido del empleo y la crisis del sindicalismo laboral. A través de estos tres planos, vamos a señalar algunas posibles consecuencias contraproducentes del trabajocentrismo en el contexto actual, para así abordar críticamente su superación.

La crisis económica del empleo

Tras la salida ultraneoliberal de la crisis de 2008, se está poniendo cada vez más de relieve la incapacidad estructural del sistema para producir un volumen de empleo acorde al actual grado de asalarización de la población. Esta crisis del empleo se expresa a nivel global en distintos planos: 1) el aumento de la proporción de empleo en el sector servicios y el declive del empleo del sector industrial; 2) el aumento del volumen y proporción de empleo precario, y la multiplicación de figuras flexibles, atípicas o parciales, así como de estrategias de economía informal, alegal o ilegal; 3) el aumento de la población desempleada, superflua o sobrante para el capital, que es expulsada del empleo pero sigue necesitando renta para sobrevivir. No obstante, a pesar de esta crisis del empleo, la necesidad del salario para la reproducción de la vida sigue siendo fundamental, debido a la creciente mercantilización de la riqueza social, al endeudamiento y a la financiarización de las economías domésticas.¹² En síntesis, podemos hablar de una tendencia no lineal pero creciente a una «sobreproducción de fuerza de trabajo»,¹³ esto es, una sociedad donde crece la dependencia del salario para acceder a la riqueza, mientras cada vez hay menos y peores puestos de trabajo.¹⁴

¹² Isidro López y Emmanuel Rodríguez, *Fin de ciclo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

¹³ Corsino Vela, *La sociedad implosiva*, Bilbao, Muturreko Burutazioak, 2015, pp. 173-174.

¹⁴ En los datos del caso español, tenemos aproximadamente 4,4 millones de asalariados con contratos temporales (de los cuales, un 60 % tienen una duración menor a seis meses). Hay 3,3 millones de desempleados de los cuales solo uno de cada cuatro cobra alguna prestación. La jornada laboral media se sitúa en las 38 horas (si bien varía entre las 25 y las 45 horas, según sectores), mientras un tercio de los asalariados no alcanza el salario mínimo y la mitad se sitúa por debajo de los 15.000 euros brutos al año (datos del 4º trimestre de 2018, según la Encuesta de Población Activa; y de la Agencia Tributaria, 2017).

En vez de apuntar a la superación del trabajo asalariado como vía principal de acceso al consumo, las propuestas obreristas afirman el objetivo de «recuperar» el empleo perdido, subrayando la importancia de factores como las deslocalizaciones —«X país nos quita los trabajos»—, la desregulación promovida por la globalización económica o la pérdida del poder del Estado en la política económica. Y en efecto, tales explicaciones captan una verdad parcial de los efectos reales del neoliberalismo en el empleo. El obrerismo de derechas llama así a refundar Europa en torno al «derecho al trabajo» —como dicen Salvini y Orbán—, o se presenta de un modo mesiánico y redentor, como en el caso de Trump, quien afirmó ser «el mayor creador de empleo que Dios haya visto», al tiempo que añadía «tenemos más americanos trabajando que en ningún momento de la historia. Nunca nadie lo hubiera creído».

Sin embargo, ni las extremas derechas ni ninguna otra opción que se mueva en las coordenadas centradas en el empleo están en condiciones de resolver materialmente la crisis del empleo. Ninguna de estas perspectivas plantea soluciones sustanciales respecto de los problemas del ahorro neto de empleo que resulta del crecimiento constante de la productividad, el desempleo tecnológico, la rentabilidad decreciente de la inversión en actividades productivas, la distribución polarizada del tiempo de trabajo entre hiperexplotados y desempleados o la intensificación del mecanismo de la competencia. Sin problematizar la tendencia estructural a la escasez de empleo, las extremas derechas no tienen otra salida que gobernar políticamente la creciente precariedad generalizada: por ejemplo, confundiendo la creación de empleo con la creación de puestos de trabajo, luchando por generar ventajas competitivas en el campo tecnológico o comercial, mediante el «reparto del desempleo» a través de la expansión del precariado y de la población sobrante para el capital, y multiplicando las segmentaciones de los mercados laborales según clase, raza, sexo o edad, para adaptarlas en función de las fluctuantes necesidades del mercado.

El sentido de los lemas *America First* (Trump), *Prima gli italianni* (Salvini), o *Los españoles primero* no se dirige así tanto a garantizar empleo en condiciones a la mayoría de los nacionales como a dinamizar la guerra entre pobres. Por un lado, la afirmación de lo femenino-patriarcal, o el control de fronteras, se dirige a disciplinar a esos

segmentos para que acepten una restricción del empleo o un acceso al mismo en situación de desventaja. Por otro lado, proporciona algunas pequeñas ventajas a los trabajadores varones nacionales respecto de otros grupos, pero únicamente en la medida en que se conformen con un trozo marginal de la riqueza social en comparación con la riqueza que concentran las élites globales.

La crisis de sentido del empleo

Además de las dificultades de las políticas económicas para crear empleos suficientemente remunerados, el contenido de buena parte de los empleos en la economía neoliberal actual satisface cada vez menos el sentido que las clases trabajadoras esperan encontrar en la actividad a la que dedican buena parte de sus vidas. Así, por ejemplo, según una encuesta mencionada por David Harvey,¹⁵ el 70 % de los trabajadores a tiempo completo en Estados Unidos odian ir a trabajar o propagan el descontento en el trabajo. En la misma línea y de acuerdo con la original investigación de David Graeber sobre la utilidad que los empleados perciben subjetivamente respecto de su propio empleo, «algo más del 50 % de toda la fuerza laboral estaría ocupada en trabajos de mierda, en el sentido más amplio del término».¹⁶ Y si pensamos no solo en el sinsentido de millones de empleos del sector servicios, sino además en los efectos de la intensa presión temporal y la competitividad en la mayor parte de sectores, nos vemos obligados a reconocer una fuerte crisis del sentido del empleo.

En este contexto, aquellas visiones para las cuales el trabajo debe ser la actividad central de la vida y la fuente principal de satisfacción se topan con otro límite profundo. Otra de las contradicciones principales de los posfascismos reside en que su concepción del trabajo como actividad central se da en unas circunstancias en las que la mayoría de trabajadores perciben su empleo como un trabajo «de mierda» sin ninguna utilidad sustancial más allá de ser el medio de obtención del salario.

¹⁵ David Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid y Quito, Traficantes de Sueños e IAEN, 2014, pp. 263-264.

¹⁶ Trabajos que Graeber clasifica entre lo que denomina lacayos, esbirros, parcheadores, marca-casillas y supervisores. David Graeber, *Trabajos de mierda: una teoría*, Barcelona, Ariel, 2018, p. 101.

Para contrarrestar esta contradicción, la solución posfascista encuentra una de sus bazas fundamentales en la afirmación de una particular ética del trabajo basada en el reconocimiento de la figura del «trabajador nacional» o, en las versiones más neoliberales, del «emprendedor nacional». En esa visión, la actividad remunerada constituye la base de la contribución a la riqueza y prosperidad de la nación. Mediante la idealización de la patria y del trabajo, las extremas derechas tratan de suplir esos déficits mediante una hiperinflación simbólica de la figura del trabajador autóctono como héroe nacional. Investir de «honor» al trabajador nacional tiene el efecto de mitigar parcialmente las consecuencias materiales de la precariedad, activando el orgullo del trabajador varón, así como su modelo familiar asociado. En paralelo, el utilitarismo neofascista representa todo no-trabajo como pasividad y degradación, en las figuras del «vago», el «vividor» y todos aquellos que «no pagan impuestos» o «no han cotizado en su vida», aquellos que al no contribuir monetariamente al Estado carecerían de cualquier tipo de valor social.

Como ya ocurrió en el pasado, tras las derrotas del movimiento obrero en los fascismos históricos, una de las vías para gobernar políticamente a la clase trabajadora es ofrecer una suerte de intercambio que podría caricaturizarse así: «Si te olvidas de la lucha de clases, tendrás el honor de ser el sujeto central de la nación». Podemos hacer la analogía con la definición del «Estado nazi como un Estado del trabajo». ¹⁷ O, en las palabras de Hitler, «ningún alemán podrá ser admitido en la comunidad del pueblo [*Volksgemeinschaft*] sin pasar por el Frente Obrero Alemán». ¹⁸ Si bien lógicamente no podemos hacer un paralelismo directo con el presente, creemos pertinente indagar en el modo en que las nuevas derechas intensifican la concepción moderna del trabajo y de los trabajadores para tratar de reforzarse sobre lo que son las bases constituyentes del capitalismo. ¹⁹

¹⁷ Emmanuel Faye, *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*, Madrid, Akal, 2018, p. 140.

¹⁸ Véase *El triunfo de la voluntad*, 1934, película de propaganda nazi de Leni Riefenstahl.

¹⁹ Para profundizar en esta cuestión, véase Joaquín Pérez Rey y Adoración Guamán, «Derecho del trabajo del enemigo: aproximaciones histórico-comparadas al discurso laboral neofascista» en *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, 2019.

Con todas sus variantes, la asociación entre patria y trabajo ha sido común en el obrerismo estalinista tal y como típicamente se representó en el estajanovismo; así como en la versión del gran Estado socialdemócrata o fordista y, sin duda también, en el Estado neoliberal, si bien bajo esa imposible figura del trabajador-empresario que sintetiza el emprendedor. Conviene, por tanto, recordar que la idealización del trabajador nacional no es exclusiva de los Estados fascistas. Se trata más bien de una suerte de mística colectiva que los regímenes autoritarios tienden a intensificar partiendo de la base subyacente a todos los obrerismos estadocéntricos.

En síntesis, con estas claves podría comprenderse mejor cómo aquellos sectores populares despolitizados pueden llegar a consentir activamente su dominación, al inflar una determinada ética del trabajo mientras luchan de facto contra sus propios intereses de clase. En palabras de Thomas Frank, en relación con el éxito social del neoconservadurismo estadounidense, se trata de entender a los «fornidos patriotas proletarios jurando lealtad a la bandera mientras renuncian a sus propias oportunidades en la vida; pequeños granjeros votando con orgullo para que les echen de sus propias tierras; abnegados padres de familia asegurándose de que sus hijos nunca puedan permitirse ir a la universidad, ni tener una atención médica decente; tipos de clase obrera en ciudades del Medio Oeste celebrando la victoria aplastante de un candidato cuyas políticas acabarán con su modo de vida, transformarán su región en un “cinturón industrial” y asestarán a la gente como ellos golpes de los que nunca se repondrán».²⁰

La crisis del sindicalismo laboral

Por último, podemos mencionar un par de ideas significativas sobre la relación entre la crisis del empleo, la crisis del sindicalismo y el proceso de derechización.

El tejido productivo actual viene caracterizado por procesos de trabajo hiperfragmentados, el aumento de la contratación temporal, la subcontratación masiva, una rotación

²⁰ Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Madrid, Antonio Machado, 2008, p. 36.

y movilidad laboral crecientes, desempleo tecnológico, deslocalizaciones y un marco de negociación colectiva muy debilitado tras sucesivas reformas laborales. Todo ello ha derivado, lógicamente, en el declive de la conflictividad laboral y del poder de negociación de las clases trabajadoras, centradas sobre todo en resistir y defender las condiciones laborales mínimas existentes —lo cual no es poco—.

En estas circunstancias, las extremas derechas más obreristas —no es el caso español, pero sí el de Italia o Francia— han afirmado al trabajador nacional y, en especial, a los trabajadores manuales, víctimas de la globalización y depositarios de los valores de honestidad y esfuerzo. En paralelo al declive del neoliberalismo progresista²¹ y al vacío político dejado por las diversas formas de desencanto en las distintas izquierdas, es posible que las nuevas derechas recojan apoyos significativos de sectores populares,²² a menudo en regiones donde los valores tradicionales del obrerismo de izquierdas estaban relativamente arraigados.²³

Para prevenir ese trasvase de apoyos electorales y sociales del viejo obrerismo de izquierdas al actual obrerismo

²¹ Nancy Fraser, «El fin del neoliberalismo “progresista”», *Sin Permiso*, 12 de enero de 2017.

²² Si el obrerismo marxista concebía al fascismo esencialmente como un régimen de control de la clase obrera y a la clase obrera como el sujeto político predestinado a derrocar el capitalismo, entonces la clase obrera estaría de algún modo «vacunada» contra el fascismo. Si bien nuestro enfoque no implica de ningún modo afirmar que la clase obrera tenga condiciones especiales para derechizarse, también sostenemos que no existen motivos a priori que impliquen que la clase obrera, por el solo hecho de serlo, tenga que organizarse *necesariamente* contra el fascismo: puede hacerlo, y así ha ocurrido en distintas circunstancias históricas, pero también cabe la posibilidad de que encuentre grandes dificultades para ello, como mostró Sergio Bologna en *Nazismo y clase obrera*, Madrid, Akal, 1999. Inclusive, importantes sectores obreros puedan aliarse con las extremas derechas, aun cuando históricamente no hayan sido la clase predominante de las bases fascistas. Véase, a este respecto, Robert Paxton, *Anatomía del fascismo*, Madrid, Capitán Swing, 2019 [2006], pp. 94-96.

²³ Un par de artículos útiles son los de Guillermo Fernández, «Marine, la candidata de los obreros», *Ctxt*, 21 de abril de 2017; o el de Steven Forti, «El caballo de troya de la extrema derecha», *Ctxt*, 3 de julio de 2019. Y sobre todo el libro ya mencionado de Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Madrid, Antonio Machado, 2008.

de derechas o a un renovado *rojipardismo*,²⁴ cabría tomar, a nuestro juicio, determinadas precauciones, especialmente a la hora de realizar una defensa del empleo *en general*. De este modo, si bien no cabe duda de la importancia de seguir defendiendo los derechos laborales donde estos siguen siendo efectivos, también es preciso valorar que, desde el punto de vista de la construcción de una sociedad poscapitalista, muchos sectores de la actual economía deberían observar una radical transformación e incluso, en algunos casos, tendrían que desaparecer. En este sentido, hay una diferencia política sustancial entre una defensa acrítica de cualquier empleo en cualquier circunstancia —algo que puede apropiarse fácilmente la derecha— y una defensa del derecho a unas condiciones de vida dignas en cualquier circunstancia.

Sintéticamente, podemos ilustrar este argumento a partir de tres ejemplos de sectores laborales típicamente atravesados por estas contradicciones: la defensa del actual modelo del taxi en el contexto de la necesidad de reducir el uso del coche en las ciudades; la defensa de la minería del carbón dada la crisis ecológica y la necesidad de avanzar hacia energías renovables; y la defensa de la construcción de barcos para fines militares. Es comprensible que estas actividades deban reducirse o, en un futuro, eliminarse, pero es bien distinto optar por defender los empleos de esos sectores como fines en sí mismos que optar por defender el derecho *en general* de esos trabajadores a acceder a una riqueza garantizada, independientemente de que su sector sea viable, o incluso deseable. En un marco de defensa acrítica de cualquier tipo de empleo, el obrerismo puede presentarse como salvaguarda de «los trabajadores nacionales», tal y como han hecho Le Pen o Trump con sus críticas a la deslocalización de sus respectivos sectores productivos nacionales. Sin embargo, desde la defensa más amplia del derecho a unas condiciones *de vida* dignas, debe quedar abierta la posibilidad de la crítica al empleo. Para ello se han de buscar alternativas de transición que pasen, o no, por el empleo, pero que siempre garanticen alternativas dignas, sin que por ello se produzca ninguna minusvaloración de las personas concretas que han realizado tales actividades. Dicho en otras palabras, solo conseguiremos desactivar el obrerismo de

²⁴ Ángel Ferrero, «Una historia exprés del rojipardismo (I y II)», *El Salto*, 8 y 16 de diciembre de 2018.

derechas en la medida que se garanticen las condiciones de vida en general, independientemente de la disponibilidad o no de puestos de trabajo.

Por último, en relación con la cuestión sindical, es importante que la crítica de izquierdas se dirija al trabajo por su *contenido*, y no a las personas que realizan tales trabajos. Existe un riesgo político importante cuando se confunde la crítica del carbón o de la construcción de barcos militares con la crítica de los mineros o de los trabajadores de los astilleros. Mientras esos trabajadores no dispongan de alternativas de vida factibles, la crítica de tales empleos no es sostenible.²⁵ De ese modo, en vez de un sindicalismo obrerista que afirme el «derecho al trabajo» en abstracto —el cual podría ser cooptado en el marco de la defensa posfascista del trabajador varón nacional—, el sindicalismo crítico debería afirmar, sobre todo, el derecho a la vida digna. Si el trabajo nunca ha sido un fin en sí mismo, el sindicalismo habrá de ser cauto en sus argumentos en defensa del empleo, al menos si no quiere reproducir directa o indirectamente el paradigma de la *necesaria* centralidad del trabajo y los trabajadores, un paradigma ahora susceptible de ser reapropiado para otros fines.

Salir del callejón: hacia una crítica antifascista del trabajo

Al volver sobre la hipótesis inicial de la relación entre la afirmación de la centralidad del trabajo asalariado y los procesos de derechización, la pregunta que resulta podría resumirse así ¿en qué consiste concretamente una crítica «antifascista» del trabajo? La respuesta supone básicamente descentrar el trabajo como actividad principal de la vida y fuente exclusiva de acceso a la renta y la riqueza. En la misma línea, esto implica desplazar la figura del

²⁵ Merece la pena destacar el debate en Cádiz respecto a los astilleros, el empleo y la industria militar en los años 2015 y 2016. Desde nuestro punto de vista, el alcalde de Cádiz, *Kichi*, no realizó una defensa obrerista del empleo en general, sino una defensa de las condiciones de vida de las personas que no tienen por el momento otra alternativa factible más que trabajar en los astilleros. Asumiendo la contradicción, muestra el problema práctico desde la izquierda sin esencializar el trabajo.

trabajador —o del emprendedor— nacional, al tiempo que se promueven formas de sindicalismo social orientadas preferentemente a un acceso a la riqueza progresivamente autónomo del empleo. Con el fin de desactivar las condiciones de la derechización social en el terreno del empleo podemos mencionar algunas alternativas en los distintos planos analizados.

Desde el punto de vista económico, frente al mantra de la creación de empleo, las propuestas críticas pueden profundizar en medidas como la reducción de jornada sin reducción de salario o como la renta básica universal. Con el fin de desactivar las condiciones de la guerra entre pobres debida a la escasez de empleo y prestaciones, se trataría de construir sectores laborales con empleos que no estén sujetos ni a la competencia sistemática, ni al criterio del beneficio como objetivo exclusivo: empleos arraigados en territorios en los que resulte posible una relativa autonomía social, como cooperativas políticamente orientadas o actividades asalariadas con un propósito social o colectivo. Desde el punto de vista de la crisis del sentido del empleo, sería necesario avanzar también en el reconocimiento de todas aquellas actividades que son de utilidad social y tienen sentido en sí mismas, por su propio contenido, independientemente de su carácter remunerado. Y desde el punto de vista sindical, se trataría de reorganizar las líneas de lucha para, por un lado, defender las condiciones laborales en aquellos sectores que puedan readaptarse pensando en un horizonte poscapitalista y, por otro, plantear mecanismos de transición a fin de sustituir aquellos sectores potencialmente perjudiciales u obsoletos de cara a una futura reorganización del trabajo. El sindicalismo podría orientarse también a ampliar la lucha laboral hacia la idea del «sindicalismo social», centrada en la reproducción de la vida en su conjunto —derecho a la vivienda, a la movilidad, a la alimentación, etc.—; un sindicalismo por tanto más anclado al territorio que en la empresa; más preocupado por la riqueza que por el salario. Y si bien muchas de estas medidas no parecen explícitamente antifascistas, serán de facto antifascistas en la medida en que ayuden a superar la concepción y la práctica del trabajo como «el más ineludible de los deberes».²⁶

²⁶ Discurso de la Victoria, Francisco Franco, 1939.

9. Vox y el dilema de las derechas

Pablo Carmona Pascual

¡OS LLAMARÁN FACHAS! Con esta cantinela arengó Santiago Abascal en octubre de 2018 a las diez mil personas que llenaron el mitin organizado por Vox en el pabellón de Vista Alegre de Madrid. Hasta ese momento, casi nadie había calibrado el crecimiento de esta nueva fuerza política. Tanto es así, que pocos meses antes, Vox quedó sistemáticamente fuera de todas las quinielas electorales.

Tras el mitin llegaron las elecciones al Parlamento andaluz. El 2 de diciembre de 2018, se confirmó la irrupción de Vox en el panorama electoral. Once por ciento de los votos, similar resultado al que obtendrían pocos meses después en las elecciones generales de abril de 2019, con 24 diputados —el 10,26 % de los votos.

Vox se convertía así en la noticia de portada de todos los telediarios. Su presidente Santiago Abascal se elevaba al nivel del resto de líderes políticos del país. Como el propio Abascal machacó en su discurso de Vista Alegre: llegaban «los fachas».

Algunos se apresuraron a situar a Vox como heredero directo de la extinta Fuerza Nueva de Blas Piñar. Otros vieron vínculos con la primera fase de Alianza Popular y los «Siete Magníficos», tal y como se conocía a los padrinos de las siete organizaciones reunidas en Alianza Popular. A día de hoy, sin embargo, Vox no puede definirse sin atender a la genealogía del Partido Popular de los años de Aznar y su posterior fase neocon. Vox es de hecho algo más parecido a una evolución del PP de los últimos años de Aznar que una versión española del Frente Nacional francés o de la Liga Norte de Salvini.

La cuestión en relación con Vox es, en un sentido profundo, si esta es una empresa destinada a marcar y reorganizar el rumbo de la derecha liberal-conservadora realmente existente —encuadrada en el Partido Popular— o a fijar una fuerza autónoma capaz de romper definitivamente con esa trayectoria, así como con sus nichos electorales y sus posiciones políticas. De hecho, el gran reto de Vox está en ver si sus protagonistas y algunos de sus aliados son capaces de conquistar su autonomía, un espacio social propio y ensanchar su presencia electoral aprovechando el nuevo contexto de crisis y el ascenso de los Orbán, Salvini o Le Pen.

Queda mucho por ver acerca de la próxima evolución de Vox. El paréntesis marcado por la repetición electoral que se produjo en 2019 dio la oportunidad de ensayar cierto desmarque discursivo, incluidos guiños sociales. Sin embargo, no se debe olvidar que su programa político sigue más pegado a la tópica liberal de la parasitación del Estado de la economía privada, de los recortes de derechos y de los servicios públicos que a cualquier otra cosa. Al tiempo que tampoco se puede dejar de recordar que en las elecciones del 10 de noviembre de 2019 superaron el 15 % de los votos, con 3,6 millones de papeletas, espolcados por su feroz ataque al Estado de las autonomías y un redoblado discurso racista y antiinmigración, dejando abiertas no pocas incógnitas para el futuro.

Sea como sea, para comprender Vox sigue siendo necesario hacer un repaso profundo del papel de la derecha española de los últimos quince años y en concreto de la dura resaca del aznarismo. ¿En qué medida puede Vox construir un bloque propio más allá de los nichos electorales clásicos de la derecha? ¿Puede su crecimiento electoral ir acompañado de cierta capacidad de organización de base más popular? En definitiva, ¿cuáles son las perspectivas de futuro de este partido?

Spanish Neocon: la revuelta neoconservadora

El plan de Aznar antes de perder las elecciones del año 2004 —donde preveía una victoria clara del Partido Popular—, consistía en retirarse a la Fundación de Estudios

y Análisis Sociales (FAES)¹ y dirigir desde allí un profundo cambio de la vieja derecha española, en sintonía con los postulados neoconservadores americanos e ingleses. Desde principios de la década de 1990, la influencia de los *think tanks* anglosajones ha resultado determinante en la elaboración de unas líneas de acción nuevas para el Partido Popular.

Este nuevo proyecto elaborado por el equipo FAES tenía además que entrar en colaboración con diversos actores sociales y políticos. Uno de los encuentros más importantes de esta ronda de contactos fue el que se produjo entre FAES y los jóvenes economistas del Partido Popular bajo la férula de Rodrigo Rato y Cristóbal Montoro. Para los representantes de FAES, el programa económico del Partido Popular estaba demasiado marcado por la patronal española y sus problemas, este era el caso por ejemplo de la insistencia en la bajada de las cotizaciones sociales. Para el equipo de FAES, con Gabriel Elorriaga al frente, el centro del discurso situado en los intereses de la patronal y las empresas se debía desplazar a la gestión del Estado y el papel de las clases medias. En este sentido, escribía Enrique de Diego: «Las recetas de FAES pasan por el saneamiento presupuestario, preservar el saldo de la Seguridad Social y, en la medida de lo posible, ir a la bajada de impuestos para incrementar la capacidad de ahorro, inversión y consumo de los ciudadanos y así crear empleo».² Se trataba así de enfrentar la ideología de las clases medias con la necesidad del gasto público. En nuestra historia reciente, este fue uno de los primeros ensayos discursivos dirigido a empoderar a ciertos sectores de clase media contra el intocable Estado social.

No hace falta profundizar mucho para ver lo que había detrás de estas líneas: básicamente era la escuela neoliberal de los años ochenta en Reino Unido y Estados Unidos. El propio gabinete de presidencia de Aznar — con Carlos Aragonés al frente— era un buen ejemplo de

¹ Hasta 2002, FAES es la Fundación Popular Iberoamericana de Análisis y Estudios Sociales. En el año 2002 esta Fundación, la Fundación Cánovas del Castillo y otras tres fundaciones del Partido Popular se integraron en una sola estructura, la actual FAES.

² Enrique de Diego, *Pretorianos, de dónde vienen y adónde van los fontaneros de la Moncloa*, Madrid, Martínez Roca, 2003, pp. 248-249.

esta posición. Sin embargo, costó más de una legislatura encontrar dentro del Partido Popular una fórmula de renovación congruente con el nuevo paradigma económico que los neoliberales traían bajo el brazo. De hecho, no fue hasta finales de la segunda legislatura de Aznar cuando —de manera un tanto brusca—, se fraguó el giro atlantista que fijó el norte político en dirección al Atlántico y a las tradiciones neoconservadoras de los gobiernos anglosajones nacidos a finales de los años setenta.³

El apoyo a la guerra de Iraq constituyó el gran intento de incorporar nuevos ingredientes al debate político, aun cuando la intervención militar —sobre todo si era de la mano de Estados Unidos— no supusiera una buena entrada. De hecho, el giro militarista del gobierno Aznar abrió el paso a la recomposición del voto al PSOE y a la propia caída del gobierno, todo ello tras el ensayo de *fake news* gubernamental sobre la autoría de los atentados del 11M. El farol de Aznar, al atribuir la responsabilidad a ETA, resultó demasiado burdo.

Tras la derrota, en octubre de 2004, el Partido Popular celebró su XV congreso. Lo más sonado fue el discurso de José María Ruiz Gallardón —entonces alcalde de Madrid—, que llamó a la autocrítica y a no separarse del sentir de la sociedad. Aquel discurso, que se interpretó en algunos sectores como un golpe bajo al partido, dio curso a la batalla por el modelo de renovación popular. Lejos sin embargo de aceptar las tesis de Gallardón, toda una generación de la derecha española, principalmente vinculada a FAES, tomó al gobierno de Zapatero como oportunidad para experimentar un nuevo modelo de oposición más «movimentista». La derecha debía salir de los despachos y los escaños, ser más agresiva: el objetivo era reconstruir la derecha española y al Partido Popular desde nuevas bases.

³ Desde Alianza Popular las influencias neoconservadoras siempre estuvieron presentes; sin embargo nunca se produjo un verdadero encuentro con el bloque de Reagan y Thatcher. De hecho, en la década de los ochenta, la influencia del neoconservadurismo francés marcó con más fuerza el rumbo de los populares. En aquellos años, Thatcher mostró en varias ocasiones su decepción con Alianza Popular, por ejemplo con respecto de su posición abstencionista en relación con la OTAN. A su tiempo, el propio Fraga cargó en varias ocasiones contra la alianza de Aznar con George Bush en materia de política exterior.

Desde esta perspectiva, no había que aceptar ni una mínima autocrítica a la labor hecha por el gobierno anterior, ni en lo que se refiere a la guerra de Iraq, ni en lo relativo al 11M. A su criterio, y siempre de cara al público, lo sucedido en los atentados era una conspiración separatista y una maniobra de Estado para que ETA saliera indemne. Las movilizaciones previas a las elecciones constituyeron en realidad un golpe de Estado destinado a quebrantar la voluntad popular y tumbar el gobierno de Jose María Aznar.

En este giro del discurso de los populares participaron medios de comunicación como Libertad Digital o Intereconomía, periódicos como El Mundo y —como no podía ser de otro modo— TeleMadrid, todavía bajo el mando de Esperanza Aguirre. Los medios se encargaron de agitar el debate, de animar las protestas de calle, como fue el caso del movimiento conspiranoico denominado Peones Negros, y capitaneado por el periodista Luis del Pino. Visto con cierta distancia, parece increíble que estas tesis tuviesen predicamento, pero lo cierto es que lograron armar el suficiente revuelo como para esconder el KO técnico de la derecha y, lo que es más importante, mantener Madrid con una sólida mayoría del PP que resultaría fundamental como base de operaciones.

Pero ¿qué significaba la llegada del neoconservadurismo a España? Para levantar la ola neoconservadora local resultaron necesarios multitud de elementos. El punto de partida era la inspiración atlantista de Aznar y de la FAES en sus últimos cuatro años de gobierno, empeñados en dotar de un nuevo sentido moral a la derecha española en línea con los sectores republicanos más radicalizados de Estados Unidos, los denominados neocon. A pesar de que el motivo principal de la invasión de Iraq —con la excusa de unas armas de destrucción masiva que no existían— era el control del petróleo, el discurso neocon se armó en torno a la defensa de los valores de Occidente, la lucha antiterrorista y la islamofobia.

En paralelo, y por primera vez en democracia, la derecha supo construir una tupida red de grupos y asociaciones con claros componentes de agitación y potencia de movilización política. Valgan aquí al caso la Asociación de Víctimas del terrorismo (AVT) de Francisco José Alcaraz, el movimiento de Peones Negros de Luis del Pino, la Asociación Nacional por la Libertad Lingüística, Galicia

Bilingüe o la Fundación en Defensa de la Nación Española (DENAES) de Santiago Abascal y Javier Ortega Smith. También se deberían mencionar blogs como HazteOír de Ignacio Arsuaga —vinculado a la secta ultracatólica de origen mejicano El Yunque—, donde participaban Rocío Monasterio e Iván Espinosa de los Monteros. Además, esta nueva derecha contaba con comunicadores de cierta relevancia pública como Federico Jiménez Losantos, César Vidal o Carlos Dávila, todos ellos de la mano de medios de comunicación como la COPE, Intereconomía, Libertad Digital, La Gaceta o EsRadio y, por supuesto, Telemadrid. En el ámbito religioso, el empuje vino de movimientos ultracatólicos como la Conferencia Episcopal de Rouco Varela, el Opus Dei, los Legionarios de Cristo o los Kikos. Por último se debe mencionar el papel que jugaron los *think tanks* encargados de la generación de discurso político, como la Fundación FAES, la Fundación DENAES, el Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) de Rafael Bardají, la Fundación Burke o la Fundación Juan de Mariana.⁴

Las movilizaciones contra el gobierno Zapatero, muchas de ellas masivas, también representaron un fenómeno novedoso en nuestra historia reciente. Tras muchos años de construcción en la retaguardia, los sectores neoconservadores habían logrado armar un frente sólido y con capacidad de movilización. La primera cuestión en liza fue la defensa de una particular teoría de la conspiración en la que, en un complot extravagante, se hacía operar a Al-Qaeda al lado de ETA para atentar el 11M. A esta le siguieron las campañas contra el matrimonio homosexual, contra el aborto y la defensa de la unidad de España frente a los nacionalismos catalanes y vasco. También surgieron con fuerza temas como la oposición a la Ley de Memoria Histórica o a la asignatura de Educación para la Ciudadanía, así como a la Ley Orgánica de Educación. La combinación de obispos, políticos, organizaciones ultracatólicas y medios de comunicación llevó adelante una buena cantidad de eventos callejeros y mediáticos.

La iniciativa de estas movilizaciones produjo fuertes tensiones dentro del Partido Popular, al tiempo que muchos de sus líderes se sumaban sin complejos a las propuestas

⁴ Pablo Carmona, Almudena Sánchez y Beatriz García, *Spanish Neokon, la revuelta de la derecha española*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012, pp. 62-63.

más extremas. Así, por ejemplo, en 2009 Alberto Ruiz Gallardón, Mariano Rajoy, Soraya Sáez de Santamaría y Dolores de Cospedal se negaron a asistir a una manifestación antiabortista. Con su negativa querían apaciguar la deriva callejera que buena parte de su partido estaba animando.

Básicamente, el Partido Popular se estaba rompiendo entre la vieja derecha «responsable» y quienes apostaban por la nueva coalición neoconservadora de movimientos, partidos y *think tanks*. El momento cumbre de este enfrentamiento se produjo en Madrid durante los años en los que Alberto Ruiz Gallardón —en el espectro moderado— y Esperanza Aguirre —en el neocon— gobernaron el Ayuntamiento y la Comunidad haciéndose oposición mutua, representando a escala regional esta misma disputa ideológica. En 2008 finalmente, a caballo del XVIII Congreso del Partido Popular de Madrid, Esperanza Aguirre resolvió la suerte de la organización madrileña con una contundente victoria —obtuvo un 96 % de los votos—, flanqueada por Ignacio González y Francisco Granados. El ala neoconservadora del Partido Popular se hizo así con los mandos del gran feudo del PP.

Que a poco más de 10 años de aquella victoria todos los integrantes destacados del gobierno de Aguirre hayan sido imputados o condenados no resulta tampoco baladí. La economía del ladrillo sirvió también para construir un aparato político, una suerte de refugio tras la derrota de Aznar. En esta confortable guarida hecha de alcaldías y clientelas se cobijaron las nuevas generaciones neoconservadoras. Ciertamente los tribunales se llevaron por delante dos generaciones enteras. La primera, el Clan de Valladolid de Aznar: doce de sus catorce ministros de 2002 han sido imputados en los tribunales. La segunda, la de sus sucesores del Clan Becerril de Javier Fernández-Lasquetty y Lucía Figar, encargados de la privatización y desmantelamiento de la sanidad y la educación públicas madrileñas. No obstante, una tercera generación, no sabemos por cuanto tiempo, quedó intacta. Pablo Casado, Jose Luis Martínez Almeida o Isabel Díaz Ayuso, por juventud, estaban en aquellos momentos en fase de formación con puestos políticos menores o viviendo a costa del entramado de entidades con financiación pública que se construyó en el periodo.⁵

⁵ Para un estudio detallado véase *ibídem*, pp. 185-200.

Sea como sea, hacia 2008, el entramado neocon tenía fuerza suficiente como para abordar la dirección estatal del Partido Popular. El entramado-refugio, que había tenido en Madrid su principal punto de apoyo, siempre de la mano de las cajas B, había servido de incubadora. De otro lado, Esperanza Aguirre se había consolidado como referente principal del bloque neocon. Era la única figura capaz de oponerse al aparato de Mariano Rajoy.

El XVI Congreso del Partido Popular, celebrado en Valencia en junio de 2008, parecía el lugar destinado a escenificar la batalla de la derecha española. De forma sorprendente, sin embargo, Aguirre decidió no presentarse; Mariano Rajoy salió así elegido con más del 80 % de los votos. En ese congreso, en el que toda la derecha neocon había puesto sus expectativas, se abrió definitivamente el cisma que enfrentaría al ala neoconservadora y al aparato genovés de la vieja tradición de Estado. Valga aquí como ejemplo, que la posterior legislatura de Mariano Rajoy, apodado por Federico Jiménez Losantos como «Maricomplejines», fue definida por Pedro J. Ramírez y muchos sectores del propio PP como «la tercera legislatura de Zapatero».

Cerrada la fase de Jose María Aznar y demostrada la fuerza y el posicionamiento de los movimientos neocon, comenzaron a alzarse voces que daban por perdido al Partido Popular. La idea de formar un nuevo partido empezó a tomar forma. El objetivo consistía en construir una opción electoral capaz de cobijar a todas aquellas personas implicadas en la oposición a Zapatero en la calle y entre las que el nuevo discurso conservador había ya prendido.

Para muchos, la llegada de Rajoy al gobierno en 2011 fue una señal de alarma; el inicio del *Procés* en 2012, una oportunidad. O se lograba escorar a la derecha al Partido Popular o se tendría que competir contra él. Sin duda, en esta apuesta por generar una nueva formación política había dos visiones: una destinada a generar una nueva fuerza con vocación autónoma y, la segunda, a utilizar esta herramienta electoral externa para lograr un cambio interno en el PP.

La renovación dentro del Partido Popular dependía además de militantes poco cualificados. Mientras que la generación de Aznar y el Clan de Valladolid lucharon por dar una nueva línea ideológica al Partido Popular y

se construyeron a la contra de un PSOE hegemónico, las nuevas generaciones del denominado Clan Becerril, criados en el CUNEF (Centro Universitario de Estudios Financieros) —y supuestos sucesores de Aznar—, eran «políticos profesionales nacidos en un partido consolidado; su objetivo (casi único) era ocupar puestos del poder».⁶ Estas nuevas generaciones crecidas a la sombra del poder y demasiado acostumbradas a los despachos, se convertían para muchos en el retrato perfecto de una organización que había perdido mordiente. A los ojos de algunos sectores activos de la derecha española, había llegado la hora de lanzar una nueva opción política.

Vox: la política es la guerra

En aquellos años de reacción neocon, Santiago Abascal presidía una de las fundaciones más activas de la nueva derecha, la Fundación DENAES (Defensa de la Nación Española). Criado en las filas populares como asesor, concejal, procurador provincial y luego enchufado en DENAES por la Comunidad de Madrid, Abascal no dejaba de ser uno entre tantos hijos del Partido Popular. Su figura, sin embargo, no pertenecía ni a los jóvenes aznaristas, más apegados al sillón que a la calle, ni tampoco a la joven escuadra aguirrista tocada por la corrupción. Su perfil era mucho más duro, activista y callejero, propio de un militante activo del Partido Popular de Euskadi en los años de plomo de ETA. Por este motivo, en sus entrevistas recuerda una y otra vez que —a pesar de vivir del partido—, no dudó en irse al paro e incluso ser desahuciado de su casa.⁷ Sin duda, Abascal respondía a otro tipo de figura, más agresiva y tosca, formada en las movilizaciones neocon y en el españolismo vasco.

⁶ Enrique de Diego, *Pretorianos...*, pp. 286-287.

⁷ En su perfil público, Santiago Abascal siempre ha querido situarse como activista, remarcando su papel en el País Vasco, su renuncia a los privilegios salariales que le ofrecía el Partido Popular y también como emprendedor afectado por la crisis y que le llevó a ser desahuciado de su casa. Trataba así de remarcar, frente a las clásicas figuras profesionales o funcionariales tan propias de la derecha, una condición más activista, callejera y ciudadana, lo que además ha sido una de sus más importantes fortalezas ante su electorado.

«Es probable [decía] que algunos ciudadanos quieran políticos que huelan a Nenuco, pero otros quieren que los haya con más testosterona».⁸ Con este tipo de declaraciones suele definirse el estilo de Vox, una apuesta comunicativa que no renuncia al lenguaje políticamente incorrecto y que no ha dudado en saltarse el gran tabú que tradicionalmente acordonó a «la derechita cobarde» — como gustan definir al PP—. En Vox no se renuncia a cierta imaginaria franquista o machista.

No obstante, la mayor parte del corpus ideológico, teórico y programático de Vox se compone de reivindicaciones que los movimientos neocon ya defendieron contra los gobiernos de Zapatero. De hecho, la aparición de Vox hunde sus raíces en el Congreso del PP de Valencia del año 2008, donde Mariano Rajoy fue definido por muchos miembros del PP como un «traidor» y donde también se comenzaron a dar los primeros pasos hacia una nueva propuesta política. En palabras de Abascal: «[La creación de Vox] se debió a un proceso de maduración muy largo por parte de algunas personas que, al menos para mí, comienza en el congreso de Valencia del Partido Popular, cuando Mariano Rajoy, tras una primera legislatura de oposición a José Luis Rodríguez Zapatero basada en la defensa de lo que siempre había caracterizado al PP, de forma firme y contundente, de la noche a la mañana da un gran viraje y cambia al partido. Es entonces cuando comienza una oposición timorata, acomplejada».⁹

En aquel congreso de Valencia, el grueso de la discusión dentro del PP se centró en la apertura al diálogo con las fuerzas nacionalistas y a la posibilidad o no de abrir canales de negociación con ETA. Mientras que la ponencia política caminaba hacia posiciones de cierta «apertura», las tesis defendidas por María San Gil, desde el Partido Popular del País Vasco, fueron mucho más duras. El enfrentamiento entre estas dos posiciones terminó con la salida de la presidenta del PP vasco.

Durante los primeros años de gobierno, los ataques a Rajoy desde medios como Libertad Digital fueron constantes. La cuestión del independentismo se convirtió

⁸ Santiago Abascal, *Hay un camino a la derecha*, Barcelona, Stella Maris, 2015, p. 37.

⁹ *Ibidem*, pp. 62-63

también en central. Alrededor de estas dos cuestiones se empezaron a coordinar diversas iniciativas dirigidas a reunir a aquellos sectores desencantados con el PP. En el verano de 2012, se presentó así la Plataforma Reconversión con figuras como Alejo Vidal-Quadras, Santiago Abascal y José Antonio Ortega Lara. La Plataforma nació con el lanzamiento de un manifiesto dirigido a promover un nuevo pacto constitucional. En el centro de la propuesta estaba la modificación del Estado de las Autonomías, lo que traducido a términos prácticos significaba adelgazar el Estado eliminando las Comunidades Autónomas y la reforma del sistema electoral con el fin de limitar el peso a los grupos nacionalistas. Este primer movimiento tuvo el apoyo de más de 26.000 firmantes. Fue el primer paso hacia la creación de una nueva plataforma política.

Pero aún tendrían que pasar algunos meses para que naciese la nueva formación. El bautizo se celebró entre octubre y noviembre de 2013, cuando el gobierno de Mariano Rajoy decidió acatar la sentencia emitida por el Tribunal de Estrasburgo que dejaba sin efecto la conocida Doctrina Parot.¹⁰ El cambio de doctrina ordenado por Estrasburgo animó una campaña de las asociaciones de víctimas del terrorismo y los medios neocon, que llamaban al gobierno de Rajoy a incumplir la sentencia. Rajoy, en cambio, terminó aplicándola. Como consecuencia, en noviembre de 2013 quedaron en libertad 56 miembros de ETA. Acto seguido, el 17 de diciembre de ese mismo año, se inscribió en el registro de partidos una nueva formación política, Vox.

Para Vox los años que van desde 2013 a 2017 fueron poco fructíferos. Algunos debates internos hicieron que su primer presidente Alejo Vidal-Quadras dejase la formación. Tras su dimisión, Santiago Abascal se hizo con las riendas. En este periodo tampoco logró grandes avances electorales, en las generales de diciembre de 2015 cosechó poco más de 57.700 votos en toda España. A dos años del lanzamiento del partido, no se había logrado encontrar

¹⁰ Según esta doctrina, que recaía especialmente sobre los presos de ETA, los días de redención de la pena de cárcel conseguidos a través de trabajos o cursos se restaban del total de días a los que cada preso hubiese sido condenado y no sobre los días máximos que según la ley española se podía permanecer en prisión.

ese electorado que buscaba la renovación del centro-derecha español, mucho menos un nuevo electorado de extrema derecha. Un año después, en la repetición electoral de junio de 2016, Vox volvió a sufrir una contundente decepción, sus resultados se cifraron en solo 46.781 votos.

El escaso impacto electoral obligó a los líderes del partido a buscar un hueco mediático con acciones imaginativas. En 2016, Santiago Abascal y Javier Ortega Smith, junto con un grupo de militares de Vox, se lanzaron al mar con el objetivo de llevarse por delante uno de los arrecifes artificiales que el gobierno de Gibraltar puso en aguas internacionales a fin de evitar que los pesqueros españoles faenaran en aquel enclave. En 2017, tras una expedición a nado desde la costa española, Javier Ortega Smith se coló en Gibraltar para desplegar una gigantesca bandera de España en el peñón. Por el momento Vox no pasaba de ser un colectivo que se ganaba la simpatía de algunos sectores de la derecha con vocación patriótica.

Considerado desde su éxito posterior, la pregunta que cabe hacerse es ¿cuáles han sido los factores que han convertido a Vox en una fuerza política relevante? ¿Qué ha hecho posible que un partido que no tenía 50.000 votos en 2016 recibiese en las segundas generales de 2019 más de 3,6 millones de papeletas? ¿Estamos asistiendo al principio del declive del Partido Popular o al nacimiento de una formación de derechas más transversal y radicalizada?

La respuesta solo puede ser compleja, en cualquier caso se pueden discernir algunos elementos. El primero tiene que ver con la debilidad del Partido Popular, debida a la explosión de las últimas tramas de corrupción y a la larga secuencia de condenas: Gürtel, Púnica, el caso del robo de cremas de Cristina Cifuentes, los títulos universitarios falsos, etc. El segundo está en la capacidad de Vox para encabezar una agenda contrarrevolucionaria que resultaba incómoda para el PP de Mariano Rajoy, pero que les ha permitido imponerse mediáticamente con un discurso irreverente. Con sus exabruptos y sus guiños a la España franquista, Vox ha logrado una enorme atención mediática, haciendo girar a toda la izquierda sobre sí misma.

Según Manuel Mariscal, jefe de comunicación del partido, el objetivo de Vox es dejar de hablar lo que llaman «politiqués» (el lenguaje de los políticos). Esto significa

que los mensajes de Vox no se colocan en los medios porque dan la mejor solución a los problemas del momento, tampoco porque usen con mayor precisión el lenguaje de lo políticamente correcto. Muy al contrario, dentro de la tradición neoconservadora, se trata de salir al espacio público tomando ideas o movimientos relevantes para aparecer como los únicos que van a la contra y hablan claro. En este sentido, la guerra cultural acerca de si Vox es o no extrema derecha les ha dado resultado. Vox aparece como la formación de la mano dura contra el independentismo catalán; que lucha contra la nueva ola feminista y los movimientos LGTBI; el partido que no se apiada de los refugiados, ni le tiembla el pulso a la hora de hablar de armas de fuego, expulsiones o recortes de derechos contra la denominada inmigración ilegal. Vox es la derecha que no acepta los presupuestos de la revolución democrática que supuso el 15M, ni la evidencia del cambio climático, ni ninguna propuesta sobre la memoria histórica. Vox tiene como objetivo enarbolar la bandera de la lucha contra la cultura progresista que —a su criterio—, el Partido Popular de Rajoy también habría asumido.

La España de las banderas

El 1 de octubre de 2017 se produjo el segundo referéndum de independencia en Cataluña, uno de los movimientos de desobediencia civil pacífica mejor orquestados de toda la democracia. Este movimiento vino acompañado de su correspondiente respuesta represiva. Vox hizo una buena lectura de la coyuntura: la respuesta represiva abría la puerta a una radicalización. La mayor parte de los partidos políticos y medios de comunicación legitimaron la vía represiva y agitaron a la opinión pública para poder actuar con más contundencia, apostando por un proceso que garantizase los máximos castigos posibles, la inhabilitación civil de los líderes catalanes e incluso el estado de excepción. Las aguas se agitaban a favor de Vox, sin competidores reales en esta orientación.

Este fue el papel que jugó Javier Ortega Smith, en tanto parte acusadora en el macrojuicio del *Procés*. El pleito estratégico justificó el paso de los ocho abogados iniciales con los que contaba el partido —las llamadas «togas por

España» — hasta los 32 actuales. En un ambiente de endurecimiento de posiciones, en un clima de reacción, quien jugase la carta más dura podría salir muy beneficiado. La banalización de las imágenes del 1 de octubre —cientos de heridos en las calles, urnas secuestradas y movilizaciones masivas reprimidas— dejaban una conclusión clara: Vox tenía un hueco.

Ortega Smith, madrileño de orígenes falangistas y ex-miembro de cuerpos especiales del ejército, ha acabado siendo secretario general de Vox y portavoz del partido en el Ayuntamiento de Madrid. Le acompañan Iván Espinosa de los Monteros y Rocío Monasterio. La pareja Espinosa de los Monteros está vinculada con la organización ultracatólica El Yunque, impulsora de HazteOír, uno de los blogs encargados de lanzar el combate contra el movimiento feminista o —en sus propios términos— la «ideología de género». Junto con Abascal, estas tres figuras son la cara pública del partido.

Tras los momentos álgidos del *Procés*, en algunas partes de España se revitalizó cierto impulso patriótico. Colgar banderas en los balcones se convirtió en un signo de afirmación y a la vez de rechazo al independentismo. Mientras el resto de partidos —los entonces llamados constitucionalistas—, se disputaban su presencia mediática en el clásico teatrillo de declaraciones a prensa, la Fundación DENAES de Abascal y Ortega Smith tomó la iniciativa callejera convocando una multitudinaria manifestación el 7 de octubre de 2017. Esta gran demostración de fuerza puso a Vox a la cabeza de la movilización. Al mismo tiempo, colocó al resto de fuerzas políticas a remolque del nuevo partido que —dos años después— conduciría a la foto del conocido trío de Colón, donde Partido Popular y Ciudadanos se retrataron junto a Vox en un acto de similares características.

Aunque la movilización reclamaba defender la Constitución, implicaba dos importantes vías de modificación de la misma. La primera consistía en la eliminación del sistema de Comunidades Autónomas; la segunda apuntaba a una reforma electoral que adoptase modelos de circunscripción única, además de representación unicameral. Sin duda, esta es la propuesta de Vox que va más lejos, entrando de lleno en el sistema de repartos de poder y contrapesos territoriales que heredamos de la Transición.

Se trata, de fondo, de una propuesta de recentralización del Estado que tendría su base en los sistemas municipales y que —a efectos de nuestro análisis— no solo camina contra el poder de los nacionalismos catalán y vasco, sino también contra el sistema de baronías y oligarquías regionales que han conformado históricamente a los partidos de derechas de nuestro país. Pensemos, por ejemplo, en las constructoras y su papel en las tramas de corrupción de muchas figuras políticas a nivel local y regional, por ejemplo en zonas como Madrid, Valencia o Andalucía.

La singularidad de Vox a la hora de defender lo que se denomina la *unidad de España*, suma ingredientes de agitación callejera y un programa político que va más allá del mantenimiento del *statu quo*. En la fase neocon posterior al gobierno de Aznar, en las tertulias y debates de opinión se normalizaron posiciones derechistas de personajes como Eduardo Inda, director del digital OK Diario, o Francisco Maruhenda, a la postre director de La Razón. En esta nueva fase, se han consolidado las movilizaciones por la unidad de España a iniciativa de la Fundación DENAES/Vox y las polémicas por los autobuses homófobos y antifeministas de HazteOír. La derecha neocon, ahora con partido propio, se ha hecho, en definitiva, un importante hueco mediático y político.

Ante un Partido Popular hundido por la corrupción y un Ciudadanos fuera de juego, incapaz de seguir el ritmo impuesto por las reivindicaciones de Vox, el vacío abierto por la derecha fue ocupado por el enfrentamiento de toda la izquierda contra los eslóganes y acciones de Vox. De alguna manera, el cordón sanitario interpuesto contra Vox resultó un arma de doble filo. Ciertamente dio algún protagonismo a los actores más dañados por su programa, claramente LGTBIfóbo, antifeminista y racista, pero curiosamente no logró matizar que estos efectos se producían dentro de un partido que no defendía nada distinto de lo que en muchas ocasiones defendió o practicó el Partido Popular.

A partir de su protagonismo mediático gracias a la cuestión catalana, Vox ha empezado a tratar de marcar la agenda pública, pero sin despegarse del todo de sus raíces políticas en la derecha española. Como explica uno de sus fundadores, Jose Antonio Ortega Lara —personaje icónico en la España de los años noventa tras su secuestro

de 532 días—, frente el «clima de nepotismo y corrupción a gran escala», Vox propone una conocida trilogía conservadora «vida, libertad y propiedad».¹¹ Además de los muchos incendios controlados encaminados a buscar la polémica y las guerras culturales, desde la defensa de los toros, la caza, las imágenes de sus líderes montando a caballo o la acusación de que las Trece Rosas eran unas asesinas, Vox ha presentado un programa político que en poco se diferencia del Partido Popular. De hecho, muchas de las medidas que han intentado vender como una supuesta radicalización por la derecha, son medidas que ya han sido impulsadas en otros momentos por el Partido Popular, Ciudadanos e incluso por el PSOE.

Si tomamos como ejemplos cuestiones centrales de política fiscal o económica, Vox no deja de ser un partido neoliberal al uso. Deja la iniciativa económica a los mercados. Abre las puertas de los servicios públicos al beneficio privado. Reduce los impuestos. Y reserva al Estado el papel de gendarme moral de la sociedad. En el fondo, se trata de un programa calcado, salvo en lo que se refiere al Estado de las autonomías, al del Partido Popular y sus neocon.

A por ellas. Ideología de género, multiculturalismo y políticas securitarias

En el año 2016, la militante de Vox Alicia Rubio publicó el libro *Cuando nos prohibieron ser mujeres y os persiguieron por ser hombres. Para entender cómo nos afecta la ideología de género*. En este libro, la autora afirma que vivimos en un nuevo paradigma en el que «se trata de acabar con las diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres. ¿Cómo? Promocionando un nuevo ideal de mujer (la lesbiana) y de hombre (el homosexual) [...] tengo la sensación de que a nosotros nos diezmaron y redujeron con el SIDA y con la droga. A esta generación le ha tocado bregar con las consecuencias de la ideología de género, mucho más efectiva y silente en eliminar población».¹²

¹¹ José Antonio Ortega Lara, «La España por venir» en Gonzalo Altozano y Julio Llorente, *La España Viva. Conversaciones con doce dirigentes de Vox*, Madrid, Calma, 2018, pp. 7-12.

¹² Alicia Rubio, «A nuestra generación la diezmaron con la heroína» en *ibidem*, pp. 162-163.

El discurso sobre la ideología de género, en reacción al movimiento feminista y de derechos LGTBI de los últimos años, trata de enmarcar la lucha por estos nuevos derechos en un plano hegemónico y de poder. Su presupuesto consiste en una supuesta opresión del conjunto del sistema social por sus lobbys. De algún modo, la vuelta a los valores tradicionales (léase patriarcales), ya sea en materia reproductiva o de relaciones de poder y desigualdad como las violencias machistas, tendrían que ver con espectros más amplios y abstractos, estarían insertos dentro de un orden moral mayor y no tanto con discriminaciones y relaciones de poder inscritas en la normatividad heteropatriarcal.

Como sucedía con el PP de Ana Botella, cuando declaró que no se podían juntar peras y manzanas para dar manzanas —particular metáfora de la crítica al matrimonio homosexual—, de fondo está la vieja lucha de la derecha contra todo tipo de diversidad sexual o afectiva más allá de la familia tradicional. De ahí que quieran eliminar el matrimonio homosexual, cualquier supuesto de derecho al aborto o descafeinar y ningunear la realidad de las violencias machistas. La lucha por controlar y decidir sobre el cuerpo y las vidas de las mujeres, en un momento de auge del movimiento feminista, ha supuesto que electoralmente la mayoría de las mujeres den la espalda a Vox. De hecho, más del 65 % de los votantes de Vox en las elecciones andaluzas y cerca de un 70 % en las generales fueron varones.

Pero lo fundamental es que estos motivos no son nuevos. Recordemos por ejemplo los recursos de inconstitucionalidad presentados por el PP contra la reforma de la Ley del aborto en 2010 —de Zapatero— o contra el matrimonio homosexual en 2012, iniciativas que dividieron a los populares. Recordemos también las manifestaciones que convocaron de la mano de las redes neoconservadoras que hoy impulsan Vox y la Conferencia episcopal. También deberíamos recordar la dimisión de Alberto Ruiz Gallardón en 2014 tras las fuertes movilizaciones feministas por la nueva propuesta de Ley del aborto. Estas protestas llevaron al Presidente Rajoy a dar marcha atrás en el proyecto de ley y a desautorizar a su ministro.

La singularidad de la apuesta de Vox está en haber abierto una vía electoral que se apoya en exclusiva en los nuevos sectores antifeministas que —sin pertenecer estrictamente a Vox— han crecido en la sociedad civil. Este

es el caso de algunas organizaciones de hombres divorciados, abogadas como Yobana Carril —que logró cierta relevancia al denunciar que la Ley Integral de Violencia de Género encubre numerosos abusos de mujeres sobre los hombres, con denuncias falsas— o de youtubers como el conocido Un Hombre Blanco Hetero que cuenta con cientos de miles de seguidores.

En momentos de gran crecimiento del movimiento feminista, la apuesta contra la denominada ideología de género —lo que Monasterio llama la «colectivización de las mujeres»— es social y electoralmente muy arriesgada, aun cuando los réditos a nivel de guerras culturales mediáticas están sin duda garantizados. Estas escaramuzas han mantenido en el candelerero a Vox, tanto en campaña como en los pactos poselectorales, si bien su alcance ha resultado muy limitado. Por un lado, se trata de un programa antifeminista que —con matices— puede ser aceptado por el Partido Popular. Por otro, sin embargo, se basa en reivindicaciones materialmente insostenibles. Mientras la experiencia de las violencias machistas sufridas por las mujeres es aplastantemente mayoritaria, los sujetos víctima en los que se apoya Vox son estadísticamente testimoniales, como muestra el caso por ejemplo de las víctimas de denuncias falsas según los datos de la Fiscalía General del Estado.¹³

Vox se topa con menos resistencias en el campo de la inmigración o, como ellos dicen, del «multiculturalismo». Se trata de otro de los temas clásicos que han tomado de los neoconservadores de Aznar. De hecho, uno de los principales fichajes de aquella ola neocon ha sido el conocido Rafael Bardají, responsable del *think tank* neocon GEES (Grupo de Estudios Estratégicos). Bardají tuvo fuerte influencia en Eduardo Serra, cuando era Ministro de Defensa. Del GEES ha sido también estrecho colaborador Ignacio Cossidó, influyente político, director general de la Policía Nacional y portavoz del Partido Popular en el senado a lo largo de los últimos años.

Siguiendo la tónica neoconservadora, Vox asegura que existe una amenaza sobre el mundo occidental y sus valores que se expresa en dos grandes fuerzas: la inmigración y

¹³ Según los datos de la Fiscalía General del Estado, el dato de condenas por este tipo de delitos estaría en torno al 0,01 % de los casos tipificados en esta rúbrica.

el Islam. En este sencillo marco del choque de civilizaciones se justifican gran parte de sus medidas securitarias y racistas. La inseguridad ciudadana, la pérdida de valores en Occidente o la falta del principio de autoridad en nuestra sociedad, por ejemplo en la escuela, tendrían que ver con la rendición ante los valores de otras culturas y el debilitamiento de nuestras tradiciones. De esta manera, lo español debe ir siempre primero. Para ello —a su criterio— no se debe ceder a políticas humanitarias «buenistas», que no hacen sino dañar lo esencial de la nación española y su cultura. El multiculturalismo que, en sus palabras, se abre paso gracias a los grupos de izquierdas, sería el mayor enemigo de nuestra sociedad. En esta dirección, escribe Monasterio:

Somos críticos con una tolerancia mal entendida que pasa por renunciar a la defensa de nuestro valores y que está degenerando en una sumisión a otros con una concepción del mundo radicalmente distinta a la nuestra. Han manipulado la concepción cristiana del libre albedrío y misericordia hasta convertirla en una pulsión suicida.¹⁴

Para Vox, gracias al multiculturalismo impulsado por la cultura progre dominante se está intentando construir individuos manejables y maleables, carentes de raíces. Estas raíces no serían otras que la cultura española que, en el más puro estilo tradicionalista, tendría que ver con el pasado glorioso español que forjó la Reconquista, la «gran empresa imperial» contra el islam y en favor de la «unidad cristiana peninsular».¹⁵

Si se lee el programa electoral de Vox y sus *100 medidas para España*, se puede ver claramente el olor racista y antiinmigración que desprende. Hasta la fecha ningún partido había elaborado un discurso con tal nivel de racismo. Pero lo más grave, y que también tiene consecuencias electorales claras, es que la mayor parte de las medidas que propone Vox han sido ya ejecutadas por gobiernos del Partido Popular y del PSOE.

¹⁴ Rocío Monasterio, «Mi realidad familiar y la empresarial vigorizan mi discurso», en Gonzalo Altozano y Julio Llorente, *La España Viva...*, pp. 84-85.

¹⁵ Santiago Abascal y Gustavo Bueno, *En defensa de España, razones para el patriotismo español*, Madrid, DENAES, 2008, pp. 14-15.

Vox propone, por ejemplo, que se ejecute la búsqueda y expulsión sistemática de todos los inmigrantes irregulares. Pero lo cierto es que el programa de Vox no hace más que sistematizar políticas de «caza de inmigrantes» que ya se llevan a cabo. Así ha sucedido, por ejemplo, con la conocida Circular 1/2010 que emitió el ministro Alfredo Pérez Rubalcaba durante el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y que ordenaba intensificar las identificaciones con la finalidad de expulsar a los migrantes en situación irregular. Las redadas por perfil étnico se han convertido desde entonces en algo absolutamente normalizado. Entre 2008 y 2011, los gobiernos socialistas expulsaron a decenas de miles de migrantes, concretamente más de 338.000 inmigrantes recibieron orden de expulsión. Junto a los Centros de Internamiento para Extranjeros y los vuelos regulares de deportación, esta circular dio cumplimiento a la Directiva de Retorno aprobada en junio de 2008 con los votos favorables del PSOE y del Partido Popular. La Directiva pretendía expulsar a más de 8 millones de personas de la Unión Europea.

Otra de las grandes medidas de Vox, como retirar derechos a los inmigrantes ilegales, tampoco son novedosas. El Partido Popular en sus años de mandato eliminó el derecho de asociación, sindicación y reunión de este colectivo, además de ordenar su exclusión del sistema sanitario. Esta última medida, con matices de mejora, sigue aún hoy vigente con el gobierno del PSOE. Solo las sentencias del Tribunal Constitucional, los recursos legales, las denuncias y la movilización de numerosos colectivos sociales y movimientos de inmigrantes han revertido parcialmente la situación.

Por último, la medida más novedosa del programa de Vox en materia migratoria, pasa por desactivar los sistemas de regularización por arraigo. Ciertamente, esta medida excede lo dicho y hecho por los gobiernos anteriores, pero tampoco se puede afirmar que sea totalmente novedosa. A lo largo de 2019, múltiples organizaciones vienen denunciando que la vía de regularización por arraigo se está cerrando en nuestro país por medio de multitud de trabas administrativas. Esta situación ha llevado a lanzar la campaña #sincitanohayderecho que denuncia la sistemática imposibilidad de tener citas para acceder o renovar los papeles de residencia y trabajo. Por la puerta del cierre administrativo, se está cumpliendo con un alto grado de efectividad la propuesta de Vox.

Con el programa en la mano y las experiencias de gobierno de los últimos años, es difícil defender una línea argumental que sitúe a Vox fuera del sistema de partidos convencional, fuera del marco de nuestra democracia. Toda la izquierda ha jugado a esta separación táctica de que dentro de las tres derechas existe una ultramontana, que puede llevar a la derecha civilizada por el mal camino. Se le han hecho manifestaciones y denuncias, todas ellas justificadas, pero con un particular reverso oscuro. De un lado, han servido para que Vox logre relevancia mediática, lo que en muchos momentos es su único punto fuerte. Su fórmula es clara: consiste en teñir viejas reivindicaciones de la derecha neocon, las políticas neoliberales, al tiempo que muchas políticas de Estado —como el racismo institucional—, con un lenguaje neofranquista destinado a tener un fuerte impacto mediático y cultural. De otra parte, el cerco a Vox ha servido a la izquierda tradicional, sobre todo al PSOE, para disciplinar y acuartelar el voto de las izquierdas en torno a una suerte de «frentepopulismo» pogresista. El Partido Socialista Obrero Español, ha sacado de nuevo al dóberman de Felipe González¹⁶ recuperando así —aunque sea de manera precaria— las riendas del gobierno contra una derecha extrema y corrupta.

Las elecciones del 10 de noviembre de 2019. Pablo Casado, el aznarismo y Los Aristogatos

En el verano de 2018, cuando Vox empezaba a aparecer en los sondeos, el Partido Popular lanzó su propio proceso de renovación. Buena parte de la organización hizo una nueva lectura de la situación. Si su competidor principal por la derecha era el nuevo partido de Abascal, si su programa y sus formas de hacer nacían a la contra de una supuesta moderación de Mariano Rajoy y Soraya Sáez de Santamaría y si buena parte de quienes apoyaban a Vox participaron de la operación neocon dentro del propio Partido Popular, parecía lógico que recuperando una orientación más aznarista y aprovechando el desplazamiento a

¹⁶ En la campaña electoral de 1996 el PSOE recurrió a un vídeo electoral donde aparecía un agresivo dóberman lanzando dentelladas al espectador. Con ello se quería simbolizar el retorno de la derecha heredera del franquismo.

la derecha del conjunto de la política española, se pudiese evitar el auge de Vox.

De acuerdo con esta lectura de los populares, a Vox le resultaría cada vez más difícil marcar una línea propia y aparecer con cierta independencia del Partido Popular. A la altura de 2020, tras las elecciones de 2019, ya es un hecho que el partido de Abascal, a pesar de haber tensado todas las negociaciones con los populares, nunca se ha atrevido a romper la cuerda. La pregunta ahora es: ¿puede Vox tener un espacio propio tras la consolidación de Casado al frente del Partido Popular? ¿Puede Vox reforzar su autonomía a la sombra de los gobiernos populares? Es cierto que en un primer momento la constitución del bloque de la derecha —con PP y Ciudadanos a la cabeza—, desplazó a Vox a un papel un tanto secundario. Tan es así que se dieron algunas señales desde sus propias filas mediáticas para que Abascal no estirase demasiado las negociaciones de investidura y le pusiera las cosas más fáciles al PP. En el caso madrileño, esta situación se escenificó durante el bloqueo que, en las negociaciones de investidura, protagonizaron Rocío Monasterio e Iván Espinosa de los Monteros. Esta posición les costó el ataque de Federico Jiménez Losantos, gran valedor de la formación verde, y que por estas exquisiteces políticas les adjudicó el sobrenombre de «Los aristogatos». Pero estos episodios no pasaron de la anécdota.

En 2017-2018, el mayor problema de Vox estaba en no lograr desmarcarse de su labor de agitador de la derecha. En primera instancia, a la hora de emanciparse del PP de Mariano Rajoy contó con la simpatía de Aznar, así como de muchos de sus nostálgicos. Pero los populares de Casado eran distintos. Su matriz política era la misma que la de Vox, ambos apostaban por políticas similares. La indiferenciación respecto de los populares de Casado paralizó el crecimiento de Vox en las elecciones de abril y mayo de 2019, algo de lo que los responsables del partido de Abascal tomaron buena nota. Si se quería que Vox ensanchara su campo de juego debía dejar de ceñirse a los compromisos de Estado y extremar aún más sus posiciones, a fin de aparecer como una alternativa autónoma, distinta tanto de Ciudadanos como —muy especialmente— del PP.

Frente a este movimiento de Vox, el PP respondió con sus propias armas. El 3 de septiembre de 2019, el gobierno

del PP de Madrid emitió una orden de precinto del chalet de Rocío Monasterio e Iván Espinosa de los Monteros desatando la primera de las muchas irregularidades cometidas por la pareja como promotores y profesionales de la arquitectura. El tiempo de la condescendencia del PP hacia Vox se había terminado. Los de Vox debían ser introducidos en la atmósfera de la corrupción y la falta de ética.

Por su parte, Santiago Abascal había dado ya antes algunos pasos en la construcción de ese hueco propio y autónomo sumándose a la onda ultraconservadora europea. Así lo hizo en enero de 2017, participando en la cumbre de Coblenza (Alemania), donde partidos como Alternativa para Alemania, el Frente Nacional, el Partido por la Libertad o La Liga Norte se unieron para impulsar su grupo parlamentario europeo, el llamado «Europa de las naciones y las libertades».

Sin embargo, no fue hasta las elecciones generales de noviembre de 2019 cuando Vox apostó en serio por esta transformación. El telón de fondo de la sentencia condenatoria del Procés abrió, como se ha visto, un marco positivo para Vox. En un contexto en el que el denominado bloque constitucionalista competía por ver quién era más duro en relación con las movilizaciones en Cataluña, las propuestas de Vox despuntaron. Propuestas como decretar el estado de excepción o suspender y eliminar el Estado de las autonomías resonaban en el contexto de derechización de la interpretación del conflicto catalán, y han sido pieza clave para entender el aumento del voto a Vox en las dos Castillas y en el arco sur peninsular.

En esta campaña, además, Vox ensayó más decididamente su perfil social, vinculado a la cuestión de la inmigración y las políticas racistas. Probó un discurso que vinculaba la inmigración a la falta de derechos de los españoles: vivienda, sanidad y servicios sociales. Abascal daba así unos cuantos pasos más hacia un discurso más proteccionista en economía, haciendo algunos guiños a las personas con menos recursos, esbozando cierta idea de un Estado protector de los derechos sociales. Todo ello sin dejar de repetir machaconamente sus críticas contra el feminismo y la ideología de género.

El resultado electoral fue sin duda positivo.¹⁷ Principalmente mediado por la caída de Ciudadanos antes que por una penetración más transversal en el electorado, Vox sigue nutriéndose de un electorado masculino (en un 70 %), de mediana edad, de renta media-alta y situado en el arco político de la derecha. Características ya consolidadas, pero existen también algunas tendencias un tanto novedosas, sobre todo en el ámbito del discurso, que merecen ser analizadas.

En este sentido, es especialmente reseñable la consolidación de Vox como fuerza antiinmigración en zonas de Alicante, Murcia o Almería y en general en la mitad sur del país. Este proceso de crecimiento se reconoce también en el borde metropolitano de ciudades como Madrid, donde por primera vez se extiende un cinturón de color verde entre las provincias de Toledo y Madrid. Priman aquí factores como el desencanche de viejas élites locales que estuvieron vinculadas al sistema clientelar del PP antes de la crisis inmobiliaria, pero también la gobernanza racista de la mano de obra rural migrante, vinculada a las explotaciones agrícolas. La derechización de la política, la defensa de la caza o los discursos machistas y antiinmigrantes han tenido especial calado en estas zonas.

Tras las elecciones del 10 de noviembre de 2019 se han abierto además nuevos interrogantes. ¿En qué medida Vox podrá seguir avanzando electoral y socialmente? ¿Qué papel podrían jugar sus líneas de intervención ante una nueva crisis? Las negociaciones de gobierno de Pedro Sánchez han ofrecido las primeras respuestas. La primera y más importante es que el PP no puede seguirle el paso a Vox por miedo a perder su electorado más moderado. La responsabilidad de Estado ha llevado a Pablo Casado a enfrentarse con Aznar y Aguirre. A pesar de las soflamas de los últimos años, Casado ha hecho un llamamiento final a la moderación.

La imposibilidad del PP —como partido sistémico— para salirse de la política de Estado es, de hecho, la gran oportunidad de Vox, al menos en dos nichos

¹⁷ El 10 de noviembre Vox logró desbancar a Ciudadanos. En la lucha por el voto con el PP, el partido de Abascal subió con mayor fuerza. Aunque los populares obtuvieron el 20,8 % de los votos frente al 15,09 % de Vox.

fundamentales: la defensa de ciertos postulados antisistema como la ruptura con el Estado de las autonomías y la vuelta a la soberanía nacional frente a la Unión Europea. Su potencial de crecimiento está en la elevada desafección política de muchos sectores sociales. Su respuesta, sencilla e ideológica, es la nueva política patriótica.

Algunos dirigentes de Vox han señalado que el nicho electoral de su partido quedó colmado tras las elecciones de noviembre de 2019, pero en momentos políticos de tanta inestabilidad nada se puede dar por cerrado. Sin duda Vox ha logrado abrir brecha con posiciones anticonstitucionalistas en el reparto territorial. El Estado de excepción y la disolución del Estado de las autonomías le han dado un perfil propio, más allá de las propuestas del resto de formaciones. También han engrazado mejor sus discursos racistas y xenófobos. En otros aspectos de su programa, sin embargo, como son sus tesis sobre la ideología de género y sobre la violencia intrafamiliar, han quedado fuera de juego y sin margen de maniobra ante un movimiento feminista que ha logrado, al menos por el momento, desarmar sus principales líneas discursivas. Tampoco ha logrado superar todavía determinados nichos electorales, más allá de la derecha rural o de las zonas más ricas y de clases medias-altas de las ciudades.

La gran incógnita a futuro pasa por saber como se comportarán estos electorados ante una nueva crisis, y en qué medida una depuración de un discurso más social, como el ensayado en la campaña de noviembre de 2019, con bases ultranacionalitas, racistas y machistas, podría funcionar. También queda en el aire la capacidad que pueda tener el partido de Abascal de tomar formas nacional-sindicales, esto es, de hacer crecer y organizar, con ayuda de los recursos que se consigan desde las instituciones, una fuerza social asentada en locales, sedes y organizaciones de base.

De esa construcción por abajo de movimientos alineados con Vox dependerá su impacto a futuro en algunas cuestiones clave. Así nos aventuramos a imaginar el impacto de Vox en movimientos por la defensa del territorio frente al nuevo extractivismo minero —sobre todo aquel vinculado a las economías defendidas por un nuevo progresismo verde—, o en la segregación de luchas sociales netamente españolas ante un nuevo ciclo de desahucios

derivado de una nueva crisis financiera. Estas luchas son, en efecto, susceptibles de articular dentro de sí una línea racista y xenófoba; son un campo de pruebas posible para un discurso basado en los «derechos sociales de los españoles». Por ahora todas estas cuestiones son simples balbuceos, pero ante una nueva crisis, el campo de juego puede volver a abrirse. A falta de resolver la incógnita catalana, con Ciudadanos al borde de la desaparición, con el PP en el redil de la responsabilidad de Estado y con Unidas Podemos —única fuerza parlamentaria que podría articular cierto discurso crítico— comprometida en las labores de gobierno, Vox dispone de un amplio margen de protagonismo que todavía no sabemos en qué medida sabrá capitalizar.

Sobre l*s autor*s

Nuria Alabao

Es periodista y doctora en Antropología Social y Cultural. Especializada en feminismo y extrema derecha y sus intersecciones. Editora de la sección de Feminismos de *Ctxt*. Ha participado en obras colectivas relativas a las nuevas derechas como *Neofascismo. La Bestia neoliberal* (Siglo XXI, 2019) y *Un feminismo del 99%* (Lengua de Trapo, 2018). Es coautora de *Usos del tiempo y gestión comunitaria* (Ajuntament de Barcelona, 2016)

Álvaro Briales

Álvaro Briales es investigador en sociología, escribió su tesis doctoral sobre las transformaciones relacionadas con el paro masivo en España durante la crisis de 2007-2013. Sus intereses se centran en el desempleo, el trabajo, las temporalidades sociales, feminismo y género, la psicología social y el psicoanálisis. Participa en distintos movimientos sociales madrileños. Coordina el Aula Virtual de Nociones Comunes y el eje de autoformación de la Fundación de los Comunes. Ha colaborado como profesor precario de sociología en la Universitat Oberta de Catalunya y actualmente en la Universidad Autónoma de Madrid.

Pablo Carmona Pascual

Pablo Carmona es Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid. Participó en el Observatorio Metropolitano de Madrid y es miembro de la Fundación de los Comunes. Ha investigado sobre la Transición Española, los movimientos de derechas y los movimientos sociales. En este campo es coautor con Beatriz García y Almudena Sánchez de *Spanish Neocons. La revuelta neoconservadora de la derecha española* (Traficantes de Sueños, 2012). También forma parte de colectivos como el Centro Social La Villana y La Plataforma de Afectados por la Hipoteca de Vallekas.

Brais Fernández

Brais Fernández forma parte de la redacción de *Viento Sur*, del Colectivo Editorial Sylone y es militante de Anticapitalistas.

Steven Forti

Steven Forti es profesor asociado en Historia Contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona e investigador del Instituto de Historia Contemporánea de la Universidade Nova de Lisboa. Colaborador de *Ctxt*, es autor de *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* (USC, 2014). Su último libro, escrito junto a Francisco Veiga, Carlos González Villa, Alfredo Sasso, Jelena Prokopljevic y Ramon Moles es *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols* (Alianza, 2019).

Isidro López Hernández

Isidro López es antropólogo y sociólogo, miembro del Instituto por la Democracia y el Municipalismo, y del ya extinto Observatorio Metropolitano. Colaborador de distintos medios de prensa, es autor con Emmanuel Rodríguez de *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano* (Traficantes de Sueños, 2010).

Marisa Pérez Colina

Politóloga, traductora y militante política. Miembro de la Fundación de los Comunes.

Samuel Pulido

Samuel Pulido es licenciado en Derecho, con Posgrado en Políticas Europeas. Ha trabajado para diversos organismos en las áreas de comercio internacional, cooperación al desarrollo y migraciones. También colabora con varios medios digitales.

Emmanuel Rodríguez López

Emmanuel Rodríguez es editor en Traficantes de Sueños e integrante de la Fundación de los Comunes. Es además doctor en Historia, y licenciado en Sociología y Geografía e Historia. Es autor entre otros libros de *La política contra el Estado. Sobre la política de parte* (Traficantes de Sueños, 2018), *Por qué fracasó la democracia en España* (Traficantes de Sueños, 2015) y con Isidro López, *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios* (Traficantes de Sueños, 2010).

María Fernanda Rodríguez López

Es licenciada en filosofía, militante en distintos movimientos sociales e integrante de la Fundación de los Comunes. Su campo de especialización se ha desarrollado en el análisis de la historia de la sexualidad y de la familia burguesa.

